



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA
RESIDENCIA EN PSICOTERAPIA PARA ADOLESCENTES

**EL FILICIDIO EMOCIONAL. Y DE CÓMO LA FALTA DE LIBIDO
NARCISISTA PRODUJO UN ESTADO MELANCÓLICO.**

REPORTE DE EXPERIENCIA PROFESIONAL
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRA EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:
ANA SUSANA ALARCÓN QUIROZ

Directora de Tesis:
UNAM, Facultad de Psicología Dra. María Luisa Rodríguez Hurtado

Comité tutorial:
UNAM, Facultad de Psicología Dra. Eva María Esparza Meza
UNAM, Escuela Nacional Preparatoria, Plantel 7 Dra. Wendy de las Mercedes Lara Olguín
UNAM Facultad de Psicología Mtra. Ana Lourdes Téllez-Rojo
UNAM Facultad de Psicología Mtra. Rosa María Ramírez de Garay



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

LOS LADOS FUERTES

Ellos te arruinaron, tu mamá y papá
Tal vez no era su intención, pero lo hicieron
Sobre ti derramaron sus defectos
Y agregaron unos más sólo para ti.
A ellos mismos les hicieron daño
Unos tontos de sombreros y abrigos antiguos.
Severos, por momentos sentimentales,
Y cuando no, se lanzaban contra la garganta del otro.
El hombre para el hombre siembra miseria
Tan profunda como un arrecife en la costa.
Sal tan pronto como puedas,
Y más vale que no tengas descendencia.

Larkin*

* Larkin, P. (1974). This be the verse, en *High Windows*, Faber and faber, 30.

Agradecimientos

Al finalizar este trabajo, no me queda sino agradecer a todas las personas que estuvieron conmigo a lo largo de este camino, camino que no empezó hace dos años al iniciar la maestría, y no termina al concluirlo. Es más bien un camino que durará toda mi vida, y que inició con el inicio mismo de ésta. Camino que hoy me hace ser psicoterapeuta y reafirmar mi pasión por la psicoterapia.

*Llegando al final de este trabajo que reúne mi desempeño como maestrante, es menester mirar atrás para darle crédito a todas esas manos que me tendieron su apoyo, reconocer el valor de todas esas palabras de aliento que me impulsaron a iniciar esta nueva etapa, palabras que me animaron a continuar y terminar exitosamente. **A todos ustedes, gracias.***

*Quiero agradecer a mi familia que siempre estuvo ahí, específicamente a mi **mamá y papá**. A ellos por creer que nada es imposible, por confiar en mí y asegurar que lo lograría, por no ponerme límites y motivarme a alcanzar nuevas metas, gracias por su amor incondicional y estar a mi lado a lo largo de este camino. Gracias a mi **hermano** que, aunque a la distancia, ha estado conmigo siempre, su confianza y orgullo me son innegables.*

*Asimismo, agradezco a mi **familia** entera, no podría mencionar a cada uno porque somos muchos, y mucho se siente el apoyo de todos, el apoyo y ánimo que me dan siempre, así como la confianza y orgullo son invaluable.*

*Gracias a **Moy** por su amor y compañía, por estar a mi lado en esta etapa, motivarme e impulsarme siempre, gracias por cambiar mi vida y compartir la tuya conmigo. Hago una mención especial a mis amigas, su ayuda e interés constante me permitieron hoy estar finalizando este trabajo, con su compañía hicieron más ameno este camino. **Diana, Estefani, Lissete, Reina**, para ustedes es mi amistad.*

*Agradezco especialmente a la **UNAM**, mi alma máter, desde que ingresé no me he podido apartar de este lugar, es la cuna de mi formación profesional, de mi pasión y dedicación por la psicología y el psicoanálisis. Gracias a la Facultad de psicología por abrirme un mundo de posibilidades, por abrirme las puertas y permitirme conocer ese mundo interno que llamamos inconsciente, el cual ha forjado mi vida profesional y laboral. De igual manera, agradezco a **Conacyt** por confiar en los jóvenes, por creer en el trabajo y dedicación de quienes queremos seguir preparándonos académicamente, gracias por su apoyo durante estos dos años.*

*Gracias a todos mis profesores, de quienes me llevo un pedacito de su experiencia y conocimiento, experiencia que podemos compartir ahora como colegas. Gracias infinitas a la **Dra. María Luisa Rodríguez Hartado** por todas las horas de su tiempo supervisando mi trabajo, gracias por esa ayuda, orientación y consejos que me*

resultaron de un apoyo incomparable, gracias por guiarme y acompañar juntas a Lucía, y al resto de mis pacientes. Gracias por compartirme de su entrega y dedicación en la labor profesional, gracias por la enseñanza y paciencia en esta, nuestra profesión.

*Gracias a mi comité tutorial, gracias a la **Dra. Eva** por volver a estar junto a mí en este nuevo proceso, gracias por tus palabras y consejos para hacer de éste un mejor trabajo. Gracias **Dra. Wendy** por tu ayuda, llegaste a mi vida y me alumbraste el camino. Agradezco por sus consejos y conocimientos compartidos.*

*Finalmente, agradezco las palabras, anécdotas, experiencias y confianza de todos mis **pacientes**, quienes, sin saberlo, me enseñaron también, me permitieron formarme como terapeuta, y esforzarme en ser mejor por y para ustedes. Gracias por permitirme entrar a sus vidas, por dejarme escucharlos y devolverles algo que necesitaban, gracias por enseñarme a ser terapeuta para ustedes; sin ustedes, este trabajo simplemente no existiría.*

Índice

| | |
|--------------------------------------------------------|-----------|
| Resumen | 7 |
| Abstract | 8 |
| Introducción | 9 |
| Capítulo 1. Narcisismo | 12 |
| 1.1 Definición de narcisismo | 12 |
| 1.2 Narcisismo primario | 14 |
| 1.3 Narcisismo secundario | 14 |
| 1.4 Otras conceptualizaciones sobre el narcisismo | 15 |
| 1.5 El narcisismo y las instancias psíquicas | 19 |
| 1.6 El ideal del yo desde el narcisismo | 20 |
| 1.7 Concepto de sí desde el narcisismo | 23 |
| 1.8 El narcisismo y el falso self | 24 |
| Capítulo 2. Relaciones intrafamiliares | 27 |
| 2.1 La dinámica familiar | 27 |
| 2.2 Las relaciones fraternas | 29 |
| 2.3 Tipos de familias | 30 |
| 2.4 Los vínculos de apego | 31 |
| 2.4.1 Los vínculos de apego con la madre | 32 |
| 2.4.2 Los vínculos de apego con el padre | 34 |
| 2.5 Ambiente familiar hostil | 37 |
| 2.5.1 El abandono dentro del ambiente familiar hostil | 41 |
| 2.5.2 Lo ominoso dentro de un ambiente familiar hostil | 42 |
| 2.6 Función materna | 43 |
| 2.6.1 Fallas en la función materna | 46 |
| 2.6.2 Violencia primaria y violencia secundaria | 55 |
| Capítulo 3. Melancolía | 58 |
| 3.1 Los destinos de la pulsión en la melancolía | 61 |
| 3.2 La pérdida de objeto en la melancolía | 62 |
| 3.3 El yo y el superyó en la melancolía | 65 |
| Capítulo 4. Método | 68 |

| | |
|------------------------------------------------------------------------|------------|
| 4.1 Planteamiento del problema | 68 |
| 4.2 Definición de categorías | 68 |
| 4.3 Objetivos | 70 |
| 4.4 Tipo de estudio | 71 |
| 4.5 Instrumentos | 72 |
| 4.6 Participante | 72 |
| 4.7 Escenario | 72 |
| 4.8 Consideraciones éticas | 72 |
| Capítulo 5. Historial clínico | 74 |
| Capítulo 6. Discusión | 83 |
| 6.1 Sobre un ambiente familiar hostil, y la carencia narcisista | 83 |
| 6.2 Sobre un ambiente familiar hostil, y un estado melancólico | 90 |
| 6.3 Sobre una madre violenta, y la carencia narcisista | 101 |
| 6.4 Sobre una madre violenta, y un estado melancólico | 108 |
| 6.5 Alcances y limitaciones del proceso psicoterapéutico | 116 |
| Capítulo 7. Análisis transferencial y contratransferencial | 121 |
| Capítulo 8. Conclusiones | 127 |
| Referencias bibliográficas | 131 |

Resumen

Se espera que los padres doten a sus hijos de amor incondicional, que los miren y contemplen como lo perfectos que son, pues al final nacen para completar el propio narcisismo de los padres. Sin embargo, no todos los casos son así, hay bebés que carecen de nutrición emocional por parte de sus padres, hijos que desde su nacimiento parecen imperfectos ante la mirada de mamá o papá, y para quienes no se espera mejor futuro que el que sus padres pudieron haber tenido. El futuro para estos hijos no estará sino lleno de un profundo dolor, pudiendo llevar a esos hijos a experimentar estados melancólicos a lo largo de su desarrollo. Ese es justamente el caso que aquí se presenta, la historia de Lucía, una adolescente que tuvo que transitar por todo el vaivén de cambios propios de su edad, y afrontar a la vez la soledad y el abandono de una familia que no la nutrió emocionalmente desde su infancia, y lo que es más, afrontar el vínculo con una madre que no transmitía amor, sino odio hacia su hija, el resultado no fue más que dejarse envolver por la melancolía y la desesperanza. Dada su situación, Lucía no tuvo más remedio que buscar ayuda en una clínica de atención psicológica, y es una de las finalidades del presente trabajo, presentar el trabajo psicoterapéutico que se hizo con una chica adolescente que vivía un estado melancólico, señalar los alcances, pero también las limitaciones, así como los aspectos transferenciales y contratransferenciales que surgieron a lo largo del proceso terapéutico.

Palabras clave: narcisismo, melancolía, violencia materna, relaciones intrafamiliares, vínculo materno, inconsciente.

Abstract

Parents are expected to provide their children with unconditional love, to look at them as perfect as they are, because at the end they were born to complete the own narcissism of the parents. However, not all the cases are like this, there are babies that doesn't get an emotional nurturing from their parents, offspring that since they were born seems imperfect from their mother's or father's sight, and who doesn't expect to have a better future than the one their parents could ever have. The future for these kids will be full of a deep pain, which could lead them to suffer from melancholic states through their growth. This is exactly the case presented here, the story of Lucía, a teenager who had to go through the changes proper of her age, and at the same time to face the loneliness and neglecting of a family that didn't nurture her emotionally from her childhood, even more to face the bond with a mother who doesn't transmit love, but hate to her daughter, the result is not other than letting sink herself in melancholy and hopelessness. According to the situation, Lucía didn't have other choice than look for help in a psychological care clinic, and that is one of the purposes of this work, to present the psychotherapeutic job made with a teenage girl who lived in a melancholic state, to point the progress, but also the limiting, as well as transfer and countertransferencial aspects that emerged throughout the therapeutic process.

Key words: narcissism, melancholy, maternal violence, intrafamily relations, maternal bond, unconscious.

Introducción

Al escuchar el título del presente trabajo seguramente surge extrañeza en los rostros, y es que ¿cómo podemos imaginar que un padre dé muerte a sus hijos? Estamos acostumbrados a escuchar historias tiernas de amor incondicional entre padres e hijos, pero nos salta a la vista leer o escuchar historias en las que ocurre lo contrario, casos de filicidio emocional en que se asesina a los hijos (de manera metafórica) por infinidad de razones, historias que no hablan de apego, sino de violencia y rechazo hacia los niños, de filicidio.

De estos casos solo nos podremos enterar si echamos un vistazo a la historia de los padres y la dinámica que se vive en esa casa.

Al hablar de filicidio emocional, se hace referencia a una muerte sentimental, a un asesinato en vida, a esos hijos que viven pero están muertos por dentro por no tener el bagaje necesario del que nutren los padres. Hijos que no gozaron de esa mirada de perfección y grandeza con que la mayoría de los padres mira a sus recién nacidos, hijos que son la excepción a la regla de lo que Freud (1914) dijo en un momento "*His majesty the baby*" (p. 88), hijos que no representan una extensión de los padres, para quienes no se desea algo mejor de lo que a ellos les tocó, por ende, que no gozan del narcisismo, y yo diría hasta egoísmo, necesarios para vivir.

Después de leer la literatura referente al vínculo entre un bebé y sus padres, me queda claro que, al nacer, los niños vienen condicionados a ser la continuidad de los padres, ser una extensión de ellos, y por ello, gozar de todo lo que carecieron los padres.

No obstante, hay hijos que no nacen vistos bajo una mirada de grandeza, hijos que parecen no haber sido deseados, incluso, hijos de quienes no se espera más que algunos chispazos de alegría, pero que carecen de esperanza por parte de los padres. El yo de esos hijos será, inevitablemente frágil, endeble para afrontar las desilusiones de la vida, pues crecieron pensando que eran una desilusión en sí mismos.

No es de sorprender que esos hijos más que aferrarse a la vida, se dejen envolver por la muerte, que no esperen nada, que crean que ya todo está perdido, y que no hay razones para vivir.

Por ende, me parece que, para evitar que un hijo tenga desgano hacia la vida es crucial el papel que desempeñen los padres, ambos dan al recién nacido un sostén que le garantiza satisfacción y goce. Pero ¿qué pasa cuando más que amor, hay odio en el vínculo materno, cuando unos padres no pueden admirar y contemplar a su hijo, sino que lo rechazan y son violentos con él?

Seguramente el desarrollo de ese niño estará plagado de tristeza, de rabia, de impotencia, etc.

Una madre que no mima, que no acaricia, que no ve en sus hijos la perfección lo está matando de alguna manera, el niño aprende que no hay quién atienda sus necesidades, que no existe ese amor incondicional del que se habla, sino que él se lo tiene que ganar, pero que haga lo que haga nunca lo va a conseguir, que lo único que puede obtener de ellos es odio y rechazo, que siempre estará de por medio un *pero* para los padres, algo que le impida llegar a la grandeza, y eso necesariamente ha de doler.

El no poder reencontrarse con ese objeto de sus inicios, saber que no se goza del amor que le puede dar una madre, que perdió algo y no saber si lo va a recuperar no aporta sino un profundo dolor, lo cual puede llevar a severos casos melancólicos, en los que la idea de no ser suficiente para merecer ese amor aplaste la autoestima, la idea de que todo lo que hace está mal, e imposibilite el seguir con esperanzas por vivir.

El no ser un hijo perfecto ante la mirada de los padres, específicamente hacia la madre, ha de traer serias consecuencias, una de ellas es un narcisismo escaso para desarrollarse, o padecer de un estado melancólico sufriente, esta es una situación que viven muchos adolescentes, y personas en general, pero es precisamente el caso que aquí se presenta, una chica que está herida

profundamente debido a la relación que mantuvo con su madre, porque es malo separarse abruptamente de ella, pero también lo es el no separarse nunca.

En este trabajo se presenta a una chica que enfrenta el amor ambivalente y se culpa por ello, por haber sido arrastrada por su madre, hasta quedar hecha pedazos, y ahora intentar reconstruirse cuando ya todo lo sentía perdido.

Y aunque el futuro no es alentador para quienes vivieron estos rechazos y denigraciones, siempre hay algo que se pueda rescatar, aunque sea en lo más profundo, queda un yo vacío pero ávido de crecimiento.

Esa es justamente la función de la psicoterapia, derribar esos fantasmas que culpan, que humillan y denigran al yo, para finalmente recuperar el narcisismo que le fue robado y hallar esperanzas por vivir.

Al finalizar el presente trabajo, no tuve más que concluir que la función del terapeuta va más allá de la escucha activa, tiene entre sus funciones ser el sostén que requiere cada paciente, por ejemplo, ser una madre suficientemente buena, una madre que le fue negada.

Ser una madre que escucha, que contiene, que guía... fueron algunas las tareas que hicieron posible el trabajo terapéutico que se presenta a continuación; no obstante, al ocupar un lugar que debía ser de la propia madre, en la relación transferencial se depositaron todas esas ambivalencias que eran propias del vínculo madre-hija, lo cual veremos a lo largo del trabajo.

Capítulo 1. Narcisismo

En sentido literal, entendemos por narcisismo al amor que tenemos hacia uno mismo; no obstante, es mucho más complejo, y ahora lo veremos.

1.1 Definición de narcisismo

Freud (1914) en *Introducción del narcisismo* afirma que:

El narcisismo es la condición por la cual una persona da a su propio cuerpo el trato que le daría a un objeto sexual, es decir, lo contempla, lo mira, lo acaricia, etc. en pro de la pulsión de autoconservación inherente en todo ser vivo (p. 71).

Además de ser producto de la autoconservación, el narcisismo lo podemos entender como un complemento libidinoso al egoísmo (Hornstein, 2000). Por su parte, Laplanche y Pontalis (2004) definen al narcisismo como una alusión al mito de narciso, es decir, amar la imagen de uno mismo, amarla tanto en constitución yoica, como en su esquema corporal; y afirman que el amor de la persona por su imagen surge a raíz de la mirada del otro.

Freud, en *Introducción del narcisismo* (1914) afirma que el amor de los padres fomenta en gran medida el narcisismo del hijo, bajo la frase “*His majesty, the baby*” (p. 88).

El niño tendrá la enmienda de hacer lo que sus padres no pudieron lograr, de cumplir los sueños irrealizados de sus progenitores, será un gran hombre en compensación para el padre, o se casará con un príncipe, como deseo añorado de la madre; es decir, el narcisismo con que los padres invisten a su bebé, no es otra cosa que su propio narcisismo que ha vuelto a nacer. Por ende, la madre tiene en sus manos el investir libidinalmente a su hijo, además de brindar cuidado, debe cumplir con funciones sexualizantes y narcisizantes (Hornstein, 2000).

En este sentido, el niño se inscribe desde el deseo materno desplazado, llegando a convertirse en la consumación de todo lo deseante de su historia

inconsciente, pero se debe diferenciar de esta fantasía en su realidad psíquica para poder identificarse y entonces sí construir su propio narcisismo (Hornstein, 2000).

Piera Aulagnier (citada en Hornstein, 2006) postula que existe en la madre un “*deseo de hijo*” (p. 56) proveniente del pasado, y se enfrentará con el bebé real del futuro, el hijo nunca será el bebé fantaseado, pero sí gozará de nuevos deseos para su futuro.

Robles (2012) comparte esta noción, y además agrega, que “*en las mujeres ha de existir ese deseo de hijo tanto como existió en su momento el deseo de un pene, para así hacer de la maternidad una grata experiencia tanto para la madre como para el recién nacido*” (p. 123).

Esto es, el narcisismo es producto de la historia de la persona, tanto del destino de su libido, como de las identificaciones que haya hecho en su primera infancia y los vínculos que enlace, se suman también sus logros y sus proyectos (Hornstein, 2000). De ahí la importancia de la historia familiar de los padres para decantar en los métodos de crianza con sus hijos y dotarlos así del narcisismo necesario para vivir, lo veremos más claramente en el siguiente capítulo.

De acuerdo con Denis (2016) podemos hallar vestigios de un buen narcisismo cuando hay integridad en la persona, dominio y posesión de sí misma, cuando se siente digna de la posición y posesión que tiene, y se alegra por los progresos de su yo. Este autor enlista los siguientes afectos como característicos de un narcisismo óptimo:

- *Exaltación*: afecto narcisista por excelencia, supone una extensión del yo.
- *Alegría*: aparece como respuesta ante la plenitud con uno mismo, es una pulsión que ensancha al yo.
- *Triunfo*: se refiere a una toma de poder propia sobre un objeto difícil, se acompaña de júbilo por un alcanzar victorioso. En este sentido, el narcisismo puede ser muy acusador, se espera el triunfo o la muerte.

- *Sentimiento oceánico*: es una forma de exaltación del yo que se extiende sobre las masas o el universo, es una sensación de engrandecimiento que se sobrepone a todos.

1.2 Narcisismo primario

Freud (1914), diferenció entre narcisismo primario y narcisismo secundario:

El *primario* se refiere a la carga libidinal, que en sus inicios es autoerótica y recibe el nombre de libido yoica, teniendo satisfacción tanto en uno mismo como en la mujer que le cuida, de ahí que se caracterice por sentimientos de omnipotencia y perfección (p. 96).

En otro texto, Freud (1915) lo explica mejor, dice que “*al comienzo de la vida estamos investidos por pulsiones, y somos capaces de satisfacer algunas con nuestro propio cuerpo, es ese un estado narcisista y una satisfacción autoerótica*” (p. 129). No obstante, también hay pulsiones que no pueden ser satisfechas por la persona misma, sino que requieren de un objeto para su descarga, estas pulsiones son las sexuales principalmente, por lo que el propio cuerpo deja de ser suficiente para la satisfacción.

1.3 Narcisismo secundario

A partir de la interacción con los demás se da origen al narcisismo *secundario*, en ese momento, el yo ya tiene un gran reservorio libidinal, por lo que puede comenzar a dirigirse hacia los objetos externos, principalmente hacia los otros que lo cuidan, la cual se llama libido de objeto, para luego retornar nuevamente al yo (Freud, 1914). Por ende, debe haber un equilibrio entre las inversiones narcisistas hacia uno mismo y las inversiones objetales, y debe quedar un reservorio en el yo, para dar como resultado la propia estima (Denis, 2016; Hornstein, 2000).

Al recibir satisfacción del objeto, éste es incorporado al yo, y se descubre que puede ser también portador de displacer, cuando recibimos placer de él lo queremos incorporar, podemos decir que lo amamos; en caso contrario, cuando el objeto es fuente de displacer, nos aferramos a la distancia ante él, lo odiamos y lo

perseguimos con fines destructivos, aunque eso signifique privarnos de la satisfacción de que gozábamos (Freud, 1915).

En el narcisismo secundario se demanda placer narcisista de otros objetos, primero en el ámbito familiar, luego en el medio escolar, con los amigos, el medio social, e incluso en la esfera profesional (Hornstein, 2000). Freud (1914) asegura que *“de no dotar de libido a nuestros objetos, caeríamos enfermos”* (p. 82), toda la libido caería sobre el yo, sobrepasando los límites del egoísmo, por ende, es necesario amar y darle a los objetos parte de nuestro reservorio libidinal.

Los objetos que se eligen para ser depositarios de libido narcisista, luego de haber sido autoerótica, deben dar un balance narcisista, portar vitalidad al yo, dar seguridad, protección, compensar deficiencias, y neutralizar la angustia ante el temor de perder el amor del superyó (Hornstein, 2000).

Para poder dotar de libido al objeto es necesario identificarlo como independiente y no como una continuidad del yo, es necesario renunciar a la fantasía narcisista en la que el yo y el objeto son uno mismo (Hornstein, 2000).

Es decir, el narcisismo secundario derrumba la omnipotencia que caracterizó a la etapa previa, haciendo frente a la realidad, la libido regresa luego de haberse depositado en los objetos, pero no viene vacía, trae consigo las representaciones de los objetos en quienes estuvo depositada; sino trajera esas representaciones sería capaz de producir angustia, llegando incluso a la despersonalización (Denis, 2016), pues el yo quedaría a la espera de saber cómo se representa ante la mirada de los demás.

1.4 Otras conceptualizaciones sobre el narcisismo

Luego de ver la cantidad de personas que presentan dificultades en cuanto a defender su valía, varios autores han abordado el tema del narcisismo desde su postura, Hornstein (2000) por ejemplo, diferenció entre otros dos tipos de narcisismo, los cuales no son excluyentes, sino que una persona puede pasar entre uno u otro a lo largo de su vida.

Para este autor existe el “*narcisismo expansivo y el retraído*” (p. 152), en el narcisismo *expansivo* se establecen ciertos vínculos que figurarán como una compensación a la fragilidad del sentimiento de sí; mientras que el narcisismo *retraído* consiste en un distanciamiento del objeto y se niega la dependencia hacia él, esto con el fin de evitar la fusión-confusión del yo ante el peligro de devaluar al yo, estas personalidades aspiran a alcanzar la autonomía y la diferenciación, hay una renuncia pulsional, que más que displacer genera orgullo narcisista, por lo que, si hay desprecio del objeto, no logra resquebrajar el sentimiento de sí.

Hornstein (2000) también habla de un narcisismo positivo y uno negativo,

... el narcisismo *positivo* se opone a la libido objetal, buscando la completud solo en la libido yoica; a diferencia de un narcisismo *negativo*, el cual tiende a eliminar la libido yoica y quedar en manos de la libido objetal, se inclina hacia la pulsión de muerte, dando como resultado un vacío psíquico y la desinvertidura del yo (p. 143).

Hablemos de un caso particular, la enfermedad. Cuando una persona está afligida por un dolor orgánico, retira la libido de sus objetos y las concentra en todo lo que tenga que ver con su aflicción, “*mientras sufre, deja de amar, y recuperará esas investiduras libidinales hasta que sane*” (Freud, 1914, p. 80).

Otro ejemplo, en los trastornos depresivos, el reservorio narcisista será el encargado de alimentar el concepto de sí, para evitar que colapse, de ahí la importancia de nutrirlo desde el inicio (Hornstein, 2006).

El narcisismo depende directamente de la escena edípica, es en la escena primaria en la que se inicia el proceso identificatorio a partir del cual comenzará a gestionarse el narcisismo; el niño contempla al padre como agente de displacer por ser deseado por la madre, por lo cual, para el niño se compensa esta desventaja al recibir la mirada tierna de la madre, su investimento recíproco le causará placer; en

tanto que el padre rechaza al niño, pero a la vez le garantiza un futuro alejado de una simbiosis materna (Hornstein, 2000).¹

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando hay fallas en el narcisismo? es una pregunta que debemos responder, al hacerlo, nos veremos enfrentados ante una herida de nuestro propio amor. Denis (2016) afirma que *“una herida de ese tipo puede desencadenar en angustia, depresión o agresividad, entre otras”* (p. 56); una herida narcisista puede ser la pérdida de una persona amada, su ausencia permanece como fantasma que oprime al yo, se siente desbordado y desequilibrado narcisísticamente, dando como resultado un vivenciar melancólico.²

Hornstein (2000) apunta que lo característico de las heridas narcisistas es la vulnerabilidad de la autoestima, *“las personas heridas se vuelven particularmente sensibles a los fracasos y desilusiones, dependen del reconocimiento de los demás, permanecen aburridos la mayor parte del tiempo, han perdido su vitalidad, y si hay soledad, la viven como algo devastador”* (p. 126).

Tras una herida narcisista es frecuente encontrar una sensación de vergüenza en el enfermo, pero no tanto como propia, sino como producto de la

¹ En la fase edípica se fusionan los deseos de los padres, pero también sus identificaciones y realidades, por parte del padre se juega el papel que lo paterno ha tenido en su cadena generacional, así como el deseo que ocupa para la madre, y que le transmite al niño (Hornstein, 2000).

La madre es fundante del narcisismo de su hijo, tiene a su cargo la estructura psíquica del infante, decodificando sus necesidades y devolviéndolas en vivencias satisfactorias, pero si por alguna razón (generalmente su propia angustia o su historia parental) demora en cumplir esas necesidades, o lo hace sin el menor signo de amor, la tarea que tenía a su cargo fracasará, y tendremos a un adulto desprovisto del narcisismo indispensable originario, de ese amor propio necesario para vivir (Hornstein, 2006).

² También un fracaso vivido como pérdida o humillación dará como resultado una herida al narcisismo, creará despersonalización y una sensación de extrañeza ante la percepción que uno mismo tiene de sí, se anulará la idea de omnipotencia que se tenía de uno, y dará al yo una sensación de inferioridad (Denis, 2016).

mirada de los demás; en caso contrario, aparece una constante culpa, que sí es interna, y es producto de reproches del superyó al yo (Denis, 2016).

El sufrimiento es lo que vive la persona que ha perdido a su objeto, o por lo menos siente su rechazo, por lo que debe enfrentar la desinversión, lo cual es un riesgo, porque ante el sufrimiento el yo puede empobrecer sus relaciones, tornarse frío e indiferente al grado de dejarse dominar por la pulsión de muerte (Hornstein, 2000).

Denis (2016) habla de un fenómeno que puede ser la contraparte de una herida al narcisismo, esto es la “*rabia narcisista*” (p. 74), que se desencadena para intentar restablecer la integridad de omnipotencia perdida tras una mella al narcisismo, la impulsa una idea de venganza desencadenada tras la sensación de desprecio o de ridiculización; una persona presa de rabia narcisista negará que en realidad se trata de su susceptibilidad expuesta, y afirmará que no es proporcional comparada con el incidente que vivió.

En síntesis, Hornstein (2000) menciona que “*las principales heridas narcisistas están determinadas por la imposibilidad de reencontrarse con los objetos amados perdidos en la infancia, dichos objetos están demasiado idealizados, por lo que es imposible reencontrarlos*” (p. 131); otro factor determinante para herir al yo es la dificultad para hacerse querer por sus ideales, que aparecen como muy exigentes comparados con la realidad, así como por enfermedades o cambios corporales indeseados.

Es menester hablar de heridas no sólo a nivel psíquico, sino también de aquellas que tienen un representante físico, específicamente en la piel. El *cutting* como se ha llamado es un fenómeno que caracteriza la vida de muchos adolescentes, principalmente, lo cual nos lleva a plantearnos algunas preguntas como ¿qué lleva a una persona a herirse físicamente? o ¿cuánto dolor puede haber en un adolescente que sólo encuentre voz a través de heridas corporales?

La razón la desconocen los propios adolescentes, algunos intentan sofocar una angustia insoportable, y saben que cortar sus brazos, piernas o muñecas les

alivia por momentos, se lastima el cuerpo que estuvo en contacto primero con la madre y en el que se inscribieron intercambios tiernos y sensibles, pero también sobreexcitables y traumáticos (Kuras de Mauer y May, 2015).

Al ser el centro de intercambio placentero con la madre, el cuerpo pone de manifiesto tanto la historia libidinal como las carencias narcisistas de que fue objeto y le imposibilitan construir una nueva imagen corporal que sí sea satisfactoria; el sí mismo queda recalado al cortarse el propio cuerpo, es uno mismo quien actúa, y esto causa cierto placer sadomasoquista autoerótico, de ahí que alivie por momentos; y digo *por momentos* porque ese placer es transitorio, en breve se ve rebasado por angustia, convirtiendo el cutting en un ir y venir de angustia y alivio (Kuras de Mauer y May, 2015).

1.5 El narcisismo y las instancias psíquicas

Denis (2016) señala que el narcisismo concierne por completo al Yo³, y existe para su preservación. La energía sexual psíquica, *libido*, se origina en el yo, y sólo más tarde se dirigirá hacia los objetos externos, dejando así de ser autoerótica; dicho así, el narcisismo queda intermedio entre el amor autoerótico y el amor hacia los objetos, “*cuanto más libido se dirija a los objetos más se empobrecerá la libido del yo, y viceversa*” (p. 27).

Como es de suponer, esto puede dar como resultado un conflicto entre la energía destinada a los objetos, y la poca que pueda quedar para sí mismo. Por ejemplo, para Freud (1914) “*el enamoramiento es el grado máximo que alcanza la libido objetal, una persona enamorada empobrece su yo en beneficio del objeto, a expensas de la libido yoica destina la mayoría en pro de invertir a ese objeto amado*” (p. 85).

El superyó, esta instancia que ha sido acreedora al término de *instancia moral*, es la encargada de velar para que se cumpla la satisfacción narcisista en el yo ideal, por ende, el superyó es el encargado de juzgar, criticar y conocer todas

³ El yo se construye, principalmente, a partir de los otros primordiales, y de los cuidados maternos, y no constituye al yo únicamente, sino que el amor materno también es motor de la vida pulsional (Hornstein, 2006).

nuestras intenciones, en pro de alcanzar el yo ideal; de hecho, nuestra autoestima dependerá, en gran medida, de ese enjuiciamiento que nos haga el superyó (Denis, 2016).

Podría decirse que entre más estricto es el superyó, más disminuirá la autoestima, el yo temerá perder su amor (Hornstein, 2000) y los ideales se presentarán como inalcanzables o imperfectos. Hornstein (2000) apunta que:

Para formarse el yo, debe haber en la persona amor por sí misma, el cual parte del reservorio libidinal con que se haya dotado el narcisismo, no obstante, hay ocasiones en que el yo renuncia a lo pulsional y queda en manos del superyó, con lo cual espera ser amado por éste como recompensa por su sacrificio (p. 146).

Por su parte, *“el yo se irá desarrollando hasta recobrar el narcisismo primario de que fue dotado al inicio, y que ahora ha perdido al buscar su propio ideal y al dotar a sus objetos de una parte de su libido”* (Freud, 1914, p. 92).

Como vemos, el yo se ha empobrecido debido a dotar de su libido a otros objetos, pero más por investir a su yo ideal, recuperará dicha energía psíquica una vez que se cumpla su ideal.

1.6 El ideal del yo desde el narcisismo

Para una madre, su hijo es una parte de sí misma, por ende, de su propio amor, su hijo representa el objeto al que puede brindar, desde su narcisismo, todo su amor objetal; esto es, como lo decía Freud (1914):

Los padres reproducen en sus hijos su propio narcisismo, sobreestimándolos, olvidando sus defectos y dotándolos de perfecciones, creen que su hijo gozará de mejor suerte que ellos, será el centro de la creación, y es así como empieza a formarse el yo ideal, luego se le sumará la aportación de los maestros y otras figuras del exterior (p. 88).

El ideal del yo comenzará a formarse con el deseo materno, le sigue el del padre u otras figuras significativas, y más tarde será el propio deseo de lo que se quiere llegar a ser, esto es, recobrar la perfección infantil (Hornstein, 2006).

Hornstein (2000) señala que las aspiraciones del yo de lo que debe ser, de su ideal, así como de lo que no debe hacer (superyó) están delimitadas por las propias aspiraciones parentales, en este sentido, *“el yo se moverá en busca de la ansiada recompensa, y evitará el castigo, el cual traerá consigo la pérdida de amor, tanto parental como superyoica”* (p. 151); podemos resumir entonces que el ideal del yo es una subestructura dentro del superyó.

Por temor a perder el amor del objeto primordial, dicha amenaza está siempre latente, por lo cual el niño incorpora los valores y prohibiciones de sus padres y se encamina a buscar el ideal que primero ellos pusieron sobre él, para tal tarea invierte a su yo desde el reservorio del ideal (Hornstein, 2000).

Todas las personas establecemos un *Yo ideal*, sobre el cual medimos nuestro yo real, Freud (1914) señala que *“a ese yo ideal es a quien se dirige ahora el amor de sí mismo que fue tan característico en la infancia”* (p. 91). Por ello, no deja de ser un ideal perfeccionista, como cuando la persona era pequeña, y ella misma era su propio ideal.

La idealización envuelve al objeto y lo engrandece hasta la perfección, en el ideal, es el yo mismo el que goza de semejante admiración; por lo que, *“la formación del ideal aumenta las exigencias hacia el yo, en busca de medirlo con nuestro ideal”* (Freud, 1914, p. 91).

El ideal del yo es el depositario de la omnipotencia narcisista original, así como de las identificaciones narcisistas con los padres y con otras figuras admiradas, el yo goza de autoestima cuanto más se aproxima a ese ideal (Hornstein, 2000).

El niño proyecta su ideal en otros modelos, no sólo en la madre que le devolvió la mirada de ser ideal, las pequeñas gratificaciones al alcanzar el ideal lo

impulsan a buscar nuevas satisfacciones, todo en busca de recuperar la plenitud narcisista originaria (Hornstein, 2000).⁴

Hornstein (2000) entiende el ideal del yo como una “misión rescate” en busca de recuperar el narcisismo primario, época en que ya se era su propio ideal, ahora el yo no es el ideal, pero puede llegar a serlo, este ideal es el camino por el cual se dirige para alcanzarlo, se presenta como la esperanza de recobrar la perfección perdida, pero si en la memoria no se representa como un ser que haya alcanzado la perfección vista por los padres, ese yo no buscará recobrarla, pues no habrá esperanzas en un investimento a futuro, por ende, es necesario recalcar que debe haber dicho investimento de perfección que impulse las acciones del yo, y que fomente a *eros* (p. 153).

También puede presentarse este fenómeno en algunos adultos:

En la infancia, comienza a producirse un desencanto de la idealización que se tiene de los objetos, paulatinamente dejan de ser perfectos y se les retira la libido con que se habían dotado, si esto no sucede, dará como resultado personas *hambrientas de ideal*, pues vivirán una compulsión a idealizar a todos los objetos, pero no teniendo uno al que quieran seguir (Hornstein, 2006, p. 64).

De nuevo, al relacionar el ideal del yo con el enamoramiento, Freud (1914) nos dice que *“el yo ideal puede hallarse en el objeto amado, siendo éste un ideal sexual, es sustituto del ideal buscado que no se ha alcanzado, el yo amará al objeto en quien encuentre lo que le falta para ser el ideal”* (p. 97).

En un amor correspondido, tanto la libido narcisista como la libido objetal se fortalecen y complementan mutuamente, caso contrario ocurre en el enamoramiento no correspondido, el cual disminuye la estima de sí (Hornstein, 2000).

⁴ Hornstein también señala que tener identificaciones con objetos idealizados potenciará la estima de sí, el yo se encaminará a la misma idealización, no obstante, el yo debe aceptar la diferencia entre el objeto idealizado y lo que él es, entre lo que se representa y lo que en verdad puede llegar a ser.

Cuando no alcanzamos ese ideal, la libido se transforma en culpa, culpa que puede empequeñecer, o incluso oprimir al yo; y trae como vestigio la *“culpa vivida ante el temor de ser castigado por los padres”* (Freud, 1914, p. 98), ahora el temor es ante la posibilidad de no alcanzar ese ideal con el que tanto nos medimos. Si no se alcanza el ideal, el superyó castigará al yo con la misma fuerza con que los padres castigaban al niño cuando no seguía sus normas; pero si lo alcanza, el yo siente que ha conquistado, reafirma su orgullo y se enaltece el sentimiento de sí (Hornstein, 2000).

Es decir, las satisfacciones a lo largo de la vida deben ser *suficientes* para evitar esa culpa, y regular la autoestima, pero también deben ser *escasas* para no desistir en la búsqueda de alcanzar dicho ideal (Hornstein, 2000).

1.7 Concepto de sí desde el narcisismo

Como podemos ver, el concepto que cada uno tenga de sí mismo dependerá, en suma, de lo que nuestra instancia autocrítica (superyó) nos dicte, de las críticas provenientes del exterior, principalmente de los padres, y de la identificación que hayamos hecho con ellos y otros de nuestros objetos amados. Para Freud (1914), *“el concepto de sí depende directamente de la libido narcisista”* (p. 95).

Freud (1914) enlaza el concepto de sí con el amor, el sentir que somos amados realza nuestro autoconcepto, lo vivimos como satisfacción en la elección narcisista de objeto, mientras que no sentirnos amados nos empobrece; un factor que viene a rebajar nuestro sentimiento de sí es la sensación de inferioridad e impotencia frente a los otros.

En contraparte, la representación de un cuerpo saludable y satisfactorio de acuerdo al ideal del yo elevará el sentimiento de sí (Hornstein, 2000).

Janin (2009) menciona que si un hijo no cumple con el ideal impuesto por sus padres es visto por ellos como un atacante, como alguien que defraudó sus expectativas, y esto puede desencadenar en violencia por parte de los adultos, quienes no pueden aceptar al hijo real diferente del imaginario.

Para Hornstein (2000), el concepto de sí es inestable por ser un intercambio constante con los otros, “*está conformado tanto por las representaciones que cada uno haga de sí mismo, como de las relaciones que se haga con los objetos*” (p. 149); el sentimiento de estima de sí es resultado de la realización de nuestros ideales, las satisfacciones libidinales y los logros alcanzados.⁵

En síntesis, la presencia de los padres y el amor con que doten a su hijo es fundante del yo de éste, ya que el ideal que impulse al yo, así como el amor propio de que goza la persona tienen como base la relación que se establezca con los padres, y a su vez, la historia de ellos con su propio desarrollo parental; en otras palabras, el yo, el ideal y el superyó son herederos de vínculos de admiración que el niño tenía con sus padres (Hornstein, 2000) y los que determinarán su desarrollo posterior, así como el frente que le hagan a diversas situaciones.

1.8 El narcisismo y el falso self

Tras el nacimiento de un niño, la familia, en especial, los cuidadores, desempeñan un papel fundamental en su desarrollo; de ahí, pueden potenciar el desarrollo de su *verdadero self* o, en caso contrario, el desarrollo de un *falso self*.

Cuando los padres potencian su desarrollo, el niño logra el desarrollo de sí mismo, y esto se llama *verdadero self*; mientras que, cuando el ambiente no se ocupa como debería, cuando hay vacío y carencias, el niño debe protegerse de ese ambiente hostil bajo una máscara de *falso self* (Bareiro, 2011).

La idea de falso self surge a raíz de proteger y preservar al verdadero self debido a que no hubo un ambiente suficientemente bueno, es decir, que las necesidades del niño no fueron cubiertas por la madre o que hubo exceso de control e imposición sobre él (Bareiro, 2011); es decir, “*el falso self se desarrolla en los inicios de la relación madre-hijo*” (Winnicott, 1965, p. 172).

⁵ Otro factor que lo hace fluctuar es el acorde entre las exigencias del superyó y lo alcanzado por el yo, siendo punitivas sus objeciones ante el mínimo fracaso. La rebaja en el sentimiento de sí viene dada por un superyó severo, y un yo que se ha empobrecido debido a un exceso de conrainvestiduras (Hornstein, 2000).

El falso self surge como protección para evitar que el niño se pierda a sí mismo, pues no siente que haya alguien que lo sostenga, por ende, el propio self se protege de esa decepción (Bareiro, 2011).

El self verdadero requiere de la devoción materna para su surgimiento, y mientras éste goza de espontaneidad, el falso self se desarrolla porque la madre fue incapaz de responder a las señales de su hijo e impuso las suyas, así que el niño tiende a la sumisión, deja de ser, y se convierte en una copia de su madre (Winnicott, 1965).

Es decir, el falso self, surge para evitar la desintegración del verdadero, lo cual desencadena una vida insípida, siempre bajo la máscara de no ser, de ser como *debe ser*, ante el temor de perderse en un ambiente peligroso (Bareiro, 2011).

Por su parte, Winnicott (1965) menciona que:

“vivir bajo la máscara de un falso self es indudablemente desencadenador de angustia, y una angustia inconcebible es la experiencia de no sentirse siendo, lo cual se intensifica porque no sienten conexión con su cuerpo; en caso contrario, tienen la sensación de derrumbe sin la posibilidad de ser rescatados” (p. 175).⁶

Winnicott (citado en Adrián Lara, 2015) decía que el falso self puede ser tan funcional que incluso un terapeuta no puede darse cuenta que está tratando con el falso self de su paciente, ya que puede funcionar tanto como el *verdadero self* y establecerse como el real.

Como dice Bareiro (2011) *“en una personalidad puede haber pinceladas de un falso self en un verdadero sí mismo, y a la inversa, en un verdadero self, hay ciertos tintes de uno falso”* (p. 49); sin embargo, cuando en la personalidad predomina el falso self caemos en lo patológico.

⁶ El falso self siempre estará buscando la posibilidad de que aflore el verdadero, sin embargo, puede ser tan rígida su defensa que impida el crecimiento de la persona durante su etapa académica (Winnicott, 1965).

Finalmente, hablando de la clínica, un terapeuta que se enfrenta con un falso self, difícilmente podrá hablar del verdadero frente a su paciente, en caso de que el verdadero self aparezca en sesión, el paciente mostrará una notoria dependencia hacia su terapeuta, pues el paciente se habrá separado de algo que lo había cobijado todos estos años, por lo que será tarea del analista hacerse cargo de la función del falso self (Winnicott, 1965).

Capítulo 2. Relaciones intrafamiliares

La familia es el eje central en la vida de la mayoría de las personas, desde quienes se desarrollan en ambientes cálidos y seguros, hasta quienes viven separaciones o abusos por parte de sus miembros.

Es en la familia donde se brindan las pautas de relación con que sus miembros saldrán al mundo y reflejarán lo que hayan aprendido dentro de su hogar, es decir, es un preámbulo de la manera en que socializaremos al salir del hogar, el comportamiento de los padres funge como modelo de comportamiento de sus hijos en sus futuras relaciones interpersonales.

2.1 La dinámica familiar

Minuchin define a la familia como un contexto natural para crecer y recibir auxilio, en el que se definen pautas de interacción, la familia enseña qué se espera recibir de los otros, delimita lo que se puede y no hacer, da un sentimiento de pertenencia a sus miembros, que aunque diferentes entre todos, cada uno sabe cuál es su papel; en síntesis, *“la familia es una entidad cambiante, que sufre cuando uno de sus miembros se aleja, por lo que, debe afrontar crisis, etapas de crecimiento y desestructuración, y buscar un nuevo equilibrio”* (Minuchin y Fishman, 1993, p. 27).

Para Barón y Hernández (2013) *“la familia es donde se realizan las primeras socializaciones, su función será crear un ambiente armónico que brinde apoyo y seguridad a sus integrantes”* (p. 175).

Bedoya y Giraldo (2010) destacan que el vínculo que establecen los niños con sus padres es definitivo para su desarrollo psicológico, su desempeño social y su futuro rol como padres y madres; en casa, los niños no sólo aprenden a relacionarse con otros, sino también, aprenden cómo ser padres y madres de acuerdo a lo que ellos mismos experimenten con sus progenitores.

En tanto que para Moguillansky (2003) *“la familia es el lugar predilecto para estudiar los vínculos, es escenario para la filiación (“his majesty the baby”), para la igualdad (la fraternidad), pero también para la desilusión (derribar la fantasía de completud narcisista que brinda cada entorno familiar)”* (p. 157).

Dentro de la familia el concepto de sí de cada uno de sus miembros sufre actualizaciones debido a la interacción constante, todo empieza desde que dos personas deciden unirse y formar una familia, cada uno aportará reglas de comportamiento de su pasado, y se espera que lleguen a un acuerdo de convivencia entre ambos, el cual finalmente será el que hereden a sus hijos; cada uno de los cónyuges deberá ser flexible para permitir el crecimiento de sí mismos, y luego el de sus hijos, pertenecer a un ambiente familiar donde priman las reglas de sólo uno de los cónyuges hará que el otro desee deshacer el sistema familiar (Minuchin y Fishman, 1993)⁷.

El niño hereda las relaciones libidinales que establecieron sus padres con sus propios progenitores, pero también lo que viven actualmente con el otro como padre o madre (Hornstein, 2000). Un ejemplo de esto aparece cuando revisamos el historial familiar de padres o madres abusivos, en ellos encontramos una historia de desarrollo sufrida, en la que no fueron reconocidos ni sostenidos adecuadamente, también tuvieron dificultades en la constancia objetal.

Heredia (2005) por ejemplo, cree que *“lo más importante para fomentar el desarrollo de los hijos es la disponibilidad emocional de los padres, es decir, la capacidad de darles una sensación de bienestar y elevar su autoestima”* (p. 66); entendamos por *disponibilidad emocional* todas las emociones positivas, como la alegría, la sorpresa y el interés por el otro, que deberán tener los cuidadores de los niños para servir como incentivos de su propia estima.

Dentro del sistema familiar, los padres adoptan pautas de comportamiento que deben modificar con la llegada de los hijos, y adaptarse a sus nuevas necesidades, de ahí que el sistema familiar deba ser cambiante ante cada nueva etapa; por ejemplo con la llegada de un hijo, lo cual puede significar la alianza o la

⁷ La relación entre los padres es fundamental para el crecimiento de los hijos, los padres fungen como modelo de relaciones amorosas, de los padres aprenden maneras de expresar afecto, de acercarse a un compañero, de superar conflictos, de comunicar sus necesidades, aprenden a respetar o desafiar a la autoridad, así como qué conductas son recompensadas y cuáles castigadas; si hay fallas en este modelo, repercutirá sobre todos sus miembros.

división entre los padres al ser éste un aliado contra el otro (Minuchin y Fishman, 1993).

2.2 Las relaciones fraternas

Hablemos ahora del papel que desempeñan los hermanos, Luis Kancyper (2002) habla de "*El complejo fraterno*" (p. 8) para hacer alusión a todos los sentimientos, tanto amorosos como hostiles del niño hacia sus hermanos, este complejo tiene un papel estructurante y fundador de la vida anímica del hijo, la relación que establezca con sus hermanos podrá sustituir fallas parentales, ayudar al niño a elaborar el complejo de edipo (una niña, por ejemplo, puede sustituir con su hermano al padre que no se ocupa de ella), desarrollar su narcisismo (al recibir de ellos la mirada de grandeza que falta en la madre o, en caso contrario, derribar las fantasías narcisistas de ser el único) o como defensa hacia sus angustias.⁸

Para Moguillansky (2003) el complejo fraterno es tan importante porque es constituyente, da un valor identificante a sus miembros, marca un parteaguas de cómo serán las relaciones fuera de la familia con base en los vínculos establecidos entre los hermanos, se elaboran nuevas significaciones a la vez que se pierden algunas anteriores, y es el reflejo de cómo será el sujeto frente a un grupo (p. 159).

El grupo de hermanos deberá ser el primer grupo de iguales al que pertenezca una persona, con quienes juegue, se apoye, y también se defienda, de quienes aprenda cómo hacer amigos o, al menos, interactuar con otros y ser reconocido; la relación que hayan establecido entre los hermanos cobrará mayor sentido cuando se adentren en grupos sociales fuera de la familia, por ejemplo en ámbitos escolares (Minuchin y Fishman, 1993).

⁸ El cómo reciban los hermanos al recién nacido será fundamental para el desarrollo de éste, ya sea que se sienta bienvenido e integrado, o excluido y rechazado dentro de su ambiente familiar.

Kancyper (2002) continúa diciendo, que si bien la mayoría de los padres fomenta una relación amorosa entre sus hijos, también hay rivalidades edípicas entre ellos que no se pueden evitar, hay padres que promueven competencias hostiles entre sus hijos, “*dividen para reinar*” (p. 12), evitan que se unan y puedan construir lazos fraternos entre ellos.

Con los hermanos se reactivan las rivalidades paternas que pueden externarse bajo sentimientos hostiles o fantasías fraticidas, no reprimen dicho rechazo debido a la creencia de que ese otro es su rival o intruso. En síntesis, las relaciones entre hermanos pueden estar basadas en la fantasía de “*salvar a los padres o, salvarse de los padres*” (Moguillansky, 2003, p. 157).

Al hablar de la relación que se establece entre hermanos, es necesario mencionar el orden de nacimiento, el cual será esencial en el desarrollo y en los procesos identificatorios, puesto que el rechazo puede ser tanto para el hermano menor como hacia el mayor, el nacimiento de un segundo hijo hiere el narcisismo del primogénito, este segundo hijo al nacer se enfrenta con la sensación de que su lugar ya está ocupado, por lo que debe buscar nuevos territorios que conquistar. El primogénito, al tener la idea de fusión con sus progenitores, mantiene la fantasía de ser guía para las generaciones subsecuentes, y a la vez, la de inmortalizar a sus predecesores como el legítimo heredero (Kancyper, 2002).

2.3 Tipos de familias

Dicho lo anterior y con base en la interacción que ejerce cada familia con sus integrantes, pueden presentarse distintos tipos de familias, pueden ser *familias de tres generaciones, familias cambiantes, familias huéspedes, familias psicósomáticas, familias acordeón o familias con un fantasma*, entre otras (Minuchin y Fishman, 1993).

Para los fines del presente trabajo hago mención únicamente de estos dos últimos tipos de familias que proponen Minuchin y Fishman (1993).

Las “*familias acordeón*” (p. 146) se caracterizan por tener a uno de los progenitores alejado por largos periodos de tiempo, quien se queda en el hogar

debe asumir las funciones de ambos padres, los niños de estas familias tienden a separar al progenitor *bueno* que se mantiene en casa, y al *malo* que abandona, quien a su regreso puede no ser bien recibido, pues deben formar una *nueva* familia con ese miembro.

Por su parte, las “*familias con un fantasma*” (p. 146) son aquellas que han sufrido la muerte o deserción de alguno de sus miembros, su ausencia causa un desequilibrio, sus miembros deben reajustar y asumir las funciones que correspondían al miembro ausente, lo que a veces causa dolor y/o rencor, los miembros de estas familias pueden ver sus problemas como causas del abandono y culpar por ello a quien se fue.

2.4 Los vínculos de apego

La llegada de un bebé a un sistema familiar desencadena distintas reacciones para todos quienes componen el hogar, tratándose de los padres, el cómo se relacionen con su hijo tendrá como antecedente su propia historia parental.

El vínculo es un proceso complejo, gradual y cambiante (Heredia, 2005). Al ser un proceso, no podemos hablar únicamente de apego, sino de vínculos que se irán formando a lo largo de nuestra vida, es un proceso que nunca termina; sucede que no siempre hay un vínculo afectivo sano, y es que para lograrlo, tanto los padres como los hijos, primeramente deben librar ciertos obstáculos y satisfacer las necesidades del otro.

Desde el nacimiento, los niños buscan forjar una relación de proximidad con la madre, o la persona que los cuide, y se muestran ansiosos cuando dicha figura es inaccesible, se espera que esta persona los dote de habilidades sociales para desenvolverse en el mundo, lo cual se logra a través de una mirada, una sonrisa, una caricia o una vocalización que dé seguridad al niño e impulse así el desarrollo de su personalidad (Heredia, 2005).

2.4.1 Los vínculos de apego con la madre

Dice Bowlby (1993b) que:

La figura de la madre es sumamente importante para el desarrollo físico y emocional del infante, es quien le brindará confianza y seguridad, por lo que asegurar el vínculo entre una madre y su hijo es fundamental desde los primeros días del recién nacido (p. 182).

Al observar el comportamiento de los bebés y notar las respuestas que emanan de ellos frente a sus madres o la figura materna, nos damos cuenta que pueden discriminar entre su voz, alterarse si los dejan (no así si se van otras personas), sonreír con más frecuencia hacia ella, buscarla incesantemente y mantener los ojos fijos en su figura (Bowlby, 1993b).

Puede haber un progenitor que procure y atienda las necesidades de su hijo más que el otro, generalmente la madre es quien ocupa este papel (Bowlby, 1985), aunque también hay familias en las que es el padre quien forma un vínculo más estrecho con sus hijos⁹.

Bowlby (1993a) identificó algunas características esenciales para establecer un vínculo de apego entre el bebé y sus figuras principales, algunas de ellas son:

su respuesta ante el llanto del bebé, saber identificar sus necesidades y darles sostén, tener contacto ocular y devolver una mirada tierna, permitir la exploración lejos de ella pero estar ahí a su regreso, hacerle saber al niño que estará ahí siempre que la necesite, entre otras (p. 47).

Y señalaba que las cosas empiezan a salir mal cuando la madre no puede reconocer las señales de su hijo o da lo que no necesita, el niño evitará conductas

⁹ Bowlby, nos dice que independientemente del progenitor que lo haga en mayor medida, un apego sano con él dará la sensación al niño de pertenencia y reconocimiento dentro de ese hogar, se forjará la idea de que sus figuras de apego están disponibles para él y para atender sus necesidades, pero siempre separadas de sí mismo.

exploratorias lejos de su madre, pues se sentirá inseguro de hacerlo, y manifestará una profunda alarma ante un extraño (Bowlby, 1993a).

Además de la figura materna, la imagen paterna y los hermanos, si los hay, son otros vínculos de apego que forma el niño, pero entre más inseguro sea el apego que formen con la figura principal, más inhibidos estarán para formar lazos con otras personas (Bowlby, 1993a).

Dependiendo de la manera en que se forme el vínculo con los padres la persona se forjará la idea de quién es, de su valor y del lugar que ocupa para ellos, esto, a nivel psíquico, resulta sumamente estructurante; por ejemplo, si la interacción no favorece el vínculo, el lazo afectivo estará marcado por la frustración y la culpa de los padres ante sus hijos (Bedoya y Giraldo, 2010).

Es decir, cuando el niño logra entablar una relación estrecha con quien lo cuida se potenciará su sentimiento de seguridad, pues se instala en su psique la idea de que alguien está disponible para él, lo protege y lo consuela; si dicha figura no es sensible a sus señales, o incluso permanece ausente la mayor parte del tiempo, el niño desarrollará una sensación de inseguridad, tensión y ansiedad ante una separación (Heredia, 2005).

Cuando la madre no logró generar en su hijo un sentimiento de confianza, al crecer, él se sentirá inseguro de poder controlar su vida, no confiará en sí mismo ni en los demás, minimizará cualquier logro que haya obtenido con sus propios méritos, vivirá temeroso, no esperará nada del mundo, no podrá gozar con los pequeños placeres de la vida y no creerá que haya mejores personas porque sólo conoció el modo de ser de su mamá (Friday, 1989). La falta de confianza en los hijos, no es otra cosa que la propia inseguridad de la madre transmitida a ellos.

En el caso de las mujeres, la relación simbiótica insatisfactoria o ininterrumpida que establezca una madre con su hija dará como resultado a chicas inseguras, desinteresadas por entablar relaciones con otros, teniendo la certeza de que la única persona que nunca la abandonará será su mamá, a quien le pertenecen

sus éxitos y fracasos, incluso hay madres que preguntan a sus hijas “¿Cómo pudiste hacerme eso?” (Friday, 1989, p. 86).

Por su parte, “una madre que no se separa de sus hijos, que invade su autonomía y su creatividad imponiendo sus propios deseos, será un ser parasitario en una vida ajena, vivirá a través de su hijo y necesitará ser imprescindible para sentirse segura” (Adrián Lara, 2015, p. 39). Al respecto, la hostilidad que envuelve el maltrato de los padres imposibilitará la separación de los hijos (Janin, 2009).

Teóricamente, la separación de la madre debe darse entre los tres o tres años y medio, una madre que se niega a separarse de sus hijos luego de esa edad es probable que mantenga una relación inseparable con su propia madre, por lo que ve en ellos, específicamente en una hija, la nueva atadura simbiótica que tendrá después de su madre, ante el temor de perder a su madre se ha garantizado compañía junto a su hija que suplantarán ese lazo, con esto también se asegura sobrevivir; una relación simbiótica carece de amor, es sólo necesidad o un deseo de conexión, y eso es lo que buscan estas madres (Friday, 1989).

Dice Friday (1989) que, a pesar de tener encima los deseos maternos, los hijos no se separan de ello, buscan en algún momento satisfacer finalmente a su madre, tienen la fantasía infantil que si actúan correctamente ella los premiará, dejan de hacer algo porque su madre no lo habría permitido, y toman sus decisiones basadas en lo que habría hecho su madre.

2.4.2 Los vínculos de apego con el padre

Hemos hablado del vínculo de apego que puede formar un niño principalmente con su madre, pero eventualmente surgirá la pregunta de ¿qué ocurre con el padre? Y aunque se privilegia el papel de ella, lo cierto es que él también tiene un papel fundamental en el desarrollo del bebé, el padre es quien debe ir rompiendo paulatinamente el vínculo que su hijo ejerce con la madre, de lo contrario habría una dependencia excesiva de ella (Heredia, 2005).

Aunque se protagonice el rol de la madre en el desarrollo de los niños, tener una buena relación con el padre es de igual manera crucial para garantizar el

desarrollo emocional del hijo, si bien se prima hablar de la relación madre-hijo, lo cierto es que el padre está detrás de toda relación, aparece como telón de fondo, que no por eso pierde relevancia.

El padre es quien significa el vínculo madre-hijo, el padre es el otro y el representante de los otros, y es quien deberá separar al hijo del cuerpo de la madre (Hornstein, 2000).

De hecho, Moguillansky (2003) cree que *“debe ser el padre quien dé la pauta a la madre de saberse separada de su hijo, introyectando en ella la noción de ser independiente de éste”* (p. 162).

El padre debe imponer su ley y separar al hijo de la madre, lo cual le sirve también a él para encontrarse con su hijo, que hasta este momento ha sido únicamente hijo de la madre, es un corte necesario (Morel, 2012). Friday (1989) incluso cree que los hijos que ven en sus madres a seres independientes de ellos tendrán un mejor lazo y querrán pasar más tiempo en su compañía, pues es su decisión y no una imposición.

Para Freud (1931) *“la relación intensa con la madre debe irse necesariamente a pique, justamente por ser la primera, y por ello, la más intensa”* (p. 236).

Y de no darse la separación de la madre en ese primer momento, cuando la avalancha adolescente invada a los hijos no hallarán manera de enfrentar tantos cambios por ellos mismos, ya que desde sus primeros años hubo una madre que los absorbió al grado de no darles independencia.

Por ende, en la adolescencia, cuando los hijos intenten separarse de sus padres, no lograrán hacerlo pues no conocen otra forma de interactuar que no sea simbiotizados con ella.

Respecto a la etapa adolescente, dice Janin (2010) que en estos años, los hijos anhelan separarse de sus padres, desean deshacerse de todo lo que los ata a ellos, o lo que sienten que represente la presencia de mamá o papá; sin embargo, si todo ellos son representación materna o paterna, al intentar expulsarlo de sí,

“quedarán vacíos, a la deriva” (p. 241), de ahí que la separación entre una madre, principalmente, y su hijo, deba darse en los primeros años con la ayuda de un tercero.

Al ingresar el padre a la relación madre-hijo, da una sensación de triangularidad en la que él también tiene voz y voto, funge como otro que provoca separación, pero también deseo por parte de la madre, por lo que da realidad tanto a uno como a otro, al hijo por erradicar la fantasía de que él es el único para la madre, y a ella para saberse diferente de su hijo, y que no es más una extensión suya (Simeone, 2015).

No por ser quien haga el corte, el padre debe ser violento o intrusivo, sino que debe fomentar en su hijo una independencia y una seguridad plena aun cuando no se encuentre cerca de su madre. La figura del padre es tan importante que, por ejemplo, en el caso de las niñas, dice Freud (1931) que *“el cambio de la ligazón de la madre hacia el objeto-padre es la necesidad fundamental para desarrollar en la niña su feminidad e introducirla en su vida sexual”* (p. 239).

El padre es quien dice *no*, quien pone límites del odio hacia la madre y quien hace valer la ley, no obstante, es el primer objeto integrador entre el amor y el odio, entre pulsiones violentas y amorosas entre el niño y su madre, por ende, debe cumplir una función que limita, pero a la vez protege; una madre que no permita la entrada en escena al padre mantendrá una relación narcisista con su hijo, del cual difícilmente podrán deslindarse (Simeone, 2015).

La representación que el niño tenga de su padre, tendrá también influencia del discurso que la madre haga de él. Por otro lado, un padre al relacionarse con sus hijos tendrá de base la relación que él mismo estableció con su figura paterna, él también deseó la muerte de su padre, por lo que ahora es posible que se relacione con su hijo bajo un profundo deseo de muerte, dicho deseo podrá ser reprimido con el anhelo de que su hijo llegue a ser lo que él no fue (Hornstein, 2000).

Finalmente, además de los progenitores, los niños se interesarán en otras personas que sean significativas para ellos, de acuerdo con Heredia (2005), un niño

que establezca una relación más estrecha con sus figuras primarias, tendrá un mayor número de relaciones significativas en etapas posteriores, ya que gozará de una confianza básica; ocurrirá lo contrario cuando no haya en su historia una interacción cariñosa durante sus primeros años que sirva como marco de referencia al relacionarse con otros en un futuro.

2.5 Ambiente familiar hostil

Si bien se esperaría que la familia brinde contención y sea el lugar de refugio de todas las personas, la realidad es otra, y lo es para muchos hijos que llegan a ambientes familiares donde no reina la armonía y las muestras de afecto. En caso contrario, son miembros de una familia hostil, donde lo que reina es el rechazo, el abandono, la anulación, y en casos como el que se presenta a continuación, el odio.

Lo que resalta en mayor medida es cuando se trata del odio de una madre hacia su hija, donde más que una unión amorosa, se ha desarrollado una competencia, en la que la una no quiere a la otra.

Dentro del hogar, se ponen en juego distintas interacciones entre sus miembros, así como hay alianzas, también figuran rechazos, y hasta violencia entre ellos, lo cual claramente va en contra de un ambiente seguro y cálido para sus miembros, de tal manera que llamaremos *ambiente familiar hostil* a estos hogares que no brindan contención y seguridad a sus miembros, principalmente a sus hijos, ambientes en los que prevalezca el distanciamiento y el rechazo.

Son varias las razones por las que un ambiente familiar es hostil, fracase y no dé la contención necesaria a sus miembros, entre las que destacan se encuentran: el desempleo o la pobreza extrema, o empleo de alguno de los progenitores en un lugar alejado al hogar, enfermedad crónica o muerte de alguno de los padres, inestabilidad temperamental de al menos alguno de ellos, deserción de uno o ambos padres, y descuido o falta de vigilancia paterna (Bowlby, 1985).

Como vemos, la ausencia, por la razón que sea, de uno de los padres, resulta determinante para dar amor u hostilidad al núcleo familiar.

En familias donde el ambiente es hostil, se priva a sus miembros de comunicarse, incluso, se les anula la palabra, y con ello su propia existencia, se elimina la comunicación y, a su vez, se anula la interacción y el vínculo entre los miembros, como dice Adrián Lara (2015), quitarle la palabra a alguien es lo mismo que “*degradarla y anularla, hacerla invisible*” (p. 25); tener acceso a la palabra, es tener acceso a mostrarnos hacia los demás, hacernos presentes.

Y no sólo se les vuelve invisibles a las personas cuando les retiramos el habla, sino también les negamos su presencia, lo cual hiere y violenta su constitución yoica.

Hay madres que emplean como método de crianza la imposibilidad de seguir hablando, de dar peso a su opinión, pensando que los niños “*no saben, que están muy chicos, o que no deben meterse...*” (p. 28) retiran a sus hijos la posibilidad de hacerse visibles, de compartir sus ideas y hacer conciencia de uno mismo (Adrián Lara, 2015).

Janin (2009) enlista los efectos en los hijos al vivir en un ambiente hostil, uno de estos efectos es la *apatía afectiva*, la sensación de estar muerto-vivo como producto de la pulsión de muerte, otro efecto es la *tendencia a la desinvertidura*, a expulsar todo, derivando en un vacío psíquico; la *confusión identifcatoria*, es otro más de los efectos, estos niños tienden a no saber quiénes son, tienden a sentirse culpables por todo para evitar perder el amor del otro; finalmente, *repetir la violencia*, es una tendencia en estos niños, es decir, buscar otro agresor que haga las veces del ser amado que los violentó.

Un ambiente familiar hostil tiene entre sus características la violencia, pero no sólo una violencia física, sino también una violencia emocional, donde se anula la fortaleza yoica de las personas. Dice Janin (2009), que en la violencia hay una irrupción sobre otro que implica acabar con sus posibilidades de individuación, se le anula como persona y se destruye cualquier posibilidad de vínculo, lo cual necesariamente causará un gran dolor.

En el presente caso, otra de las características de un ambiente familiar hostil es la prevalencia de violencia física y psicológica entre los miembros. Encontrar violencia dentro de las familias es más común de lo que se creería, pero es difícil nombrarla ya que sus miembros pueden negarla o hasta justificarla; no obstante, debemos considerar todo acto u omisión por parte de uno o más de sus miembros que atente contra la integridad física o emocional del otro como violencia (Barón y Hernández, 2013).

Para González (2002), la violencia familiar es una forma de relacionarse y de afrontar conflictos recurriendo a la fuerza, la amenaza, la agresión emocional o el abandono (citado en Bedoya y Giraldo, 2010), este tipo de acciones, la mayoría de las veces, corre a cargo de una de las figuras parentales, o de quien realice acciones de cuidado hacia los miembros de la familia.

Es frecuente encontrarnos con que los miembros que sufren este tipo de violencia se muestren ante el mundo con dificultades para comunicarse con los demás, temerosos, que rechacen el contacto social y mantengan una búsqueda constante de afecto y seguridad (Barón y Hernández, 2013).

Hablando de la violencia emocional, se es violento con los hijos cuando se desconocen las posibilidades del niño, cuando se les niega la posibilidad de intentarlo, cuando en el discurso priman las amenazas y la denigración constante (Janin, 2009).

En un ambiente así de hostil, es imposible que un niño pueda desarrollarse, no podrá tener una representación valiosa de sí mismo, ni podrá sentirse especial, tal y como muchos niños lo sienten.

Dice Janin (2009) que es característica la mirada apagada y distante de los niños que *“han perdido la batalla”* (p. 249), es decir, que han renunciado a toda esperanza, debido a no haber recibido contención y esperanza por parte de sus

padres, se pierden en la sensación de estar muerto-vivo, y se dejan envolver por lo siniestro¹⁰.

Cuando el entorno familiar dista de ser satisfactorio, y en caso contrario, no contiene, ese mismo ambiente es generador de violencia, y es difícil identificar las muestras de agresión cuando los maltratantes pertenecen a la misma familia, es decir, cuando están investidos narcisísticamente; además, desarrollarán conductas masoquistas porque tuvieron como principal contacto el dolor, y su cuerpo será un cuerpo doliente, lastimado, su cuerpo es visto como una imagen devaluada de sí, como un títere en manos de un titiritero que los quiere destruir (Janin, 2009).

De acuerdo con Barón y Hernández (2013), las manifestaciones de violencia dentro del núcleo familiar incluyen “*castigos, amenazas, golpes, ofensas, humillaciones, culpabilizaciones, así como una notable falta de respeto entre los miembros*” (p. 181); según estos autores, es común que en la crianza haya algunas de las siguientes características:

- Prevalencia de gritos y rechazo por parte de los padres, dando a sus hijos una sensación de abandono y desprotección.
- Injusticia por parte de los padres hacia los hijos, dando un distinto trato en lo referente a premios y castigos.
- Abandono de alguno de los padres o, al menos, problemas conyugales.
- Falta de claridad en los límites o falta de concordancia entre las figuras de autoridad.
- Sensación de incompetencia ante su rol de padres o expectativas no realistas hacia sus hijos.
- Baja tolerancia a la frustración, principalmente ante los conflictos cotidianos dentro de la familia.

¹⁰ Cuando los padres maltratan a sus hijos no hacen más que transmitirles un deseo de destrucción, de aniquilamiento, y de un vínculo mortífero, y no amoroso, entre ellos y sus hijos (Janin, 2009).

Respecto a las expectativas hacia los hijos, los padres pueden ser punitivos al esperar de ellos más de lo que pueden darles, es fundamental que los padres pongan expectativas realistas en sus hijos, o mejor aún, que renuncien a ese ideal para poderlo amar en la realidad, el amor hacia un hijo ideal los atará a una fantasía y despreciarán al hijo real que tienen frente a ellos, tornando su paternidad en algo violento hacia sus hijos (Friday, 1989).

Bedoya y Giraldo (2010) agregan que *“en una dinámica familiar agresiva, también las personas violentas se creen dueños de las emociones de sus víctimas, y las orillan a no defenderse”* (p. 152).

Entre las causas que ayudan a comprender este fenómeno están las condiciones ambientales, tales como desempleo, hacinamiento, pocos recursos económicos, malas condiciones de la vivienda, entre otras (Bedoya y Giraldo, 2010).

Otro elemento que debemos tomar en cuenta es la historia parental de los padres, en el caso específico de la madre; para Bedoya y Giraldo (2010), las madres que agreden a sus hijos tienen, o tuvieron, una relación tensa con sus madres, que las hizo forjar un vínculo sufriente.

Finalmente, así como hostil, el ambiente familiar también puede ser frío, es decir, en el que reina un apego frío o evitativo, en el que sus miembros están emocionalmente aislados o son antisociales entre ellos, y si interactúan no lo hacen sino con desconfianza y cautela por temor a resultar heridos (Heredia, 2005).

2.5.1 El abandono dentro del ambiente familiar hostil

Otro tipo de violencia que hace a un hogar hostil es el abandono por parte de uno o ambos padres, dejando vacío ese hogar.

Cuando el amor de la madre es firme, los niños distan de necesitar su presencia para tener confianza en sí mismos, de no ser así, los niños temen que la madre no vuelva jamás, se envuelven en incertidumbres y pierden el interés por los objetos o figuras de su alrededor (Friday, 1989).

Bowlby (1985) identifica distintos tipos de abandono, ya sea que se trate de una situación irremediable como muerte por enfermedad; por decisión, padres que deciden irse y dejar a sus hijos en manos de extraños o, en el caso más extremo que, estando presentes, decidan evadir su rol de padres y eviten el contacto con sus hijos; en ese sentido, puede haber descuido físico (relacionado a factores económicos) o emocional (resultado de la inestabilidad de los padres), dando como resultado hijos “*emocionalmente hambrientos*” (p. 197).

En su trabajo con niños deprivados, Bowlby (1985) encontró que puede haber algo peor que un hogar malo, esto es, que no exista ningún hogar, y es que es sorprendente el apego que forjan los hijos de padres malos, ya que son sus padres, y aun así los valoran, terminan siendo las figuras con quienes el pequeño se va a identificar, con quienes está agradecido pues, después de todo, lo han cuidado hasta este punto de su vida.

Dice Friday (1989) que no nos permitimos odiar a nuestros padres porque de ellos dependemos, aun cuan mala haya sido su crianza tendemos a creer que fueron perfectos, por lo que la ira o el odio que se pueda sentir lo dirigimos hacia nosotros mismos porque “*¿cómo podríamos pensar que una madre no ha sido buena en ello?!*” (p. 141).

2.5.2 Lo ominoso dentro de un ambiente familiar hostil

Uno de los elementos que puede presentarse en un ambiente familiar hostil, es lo que Freud (1919) llamó, “*lo ominoso*” (p. 219), en el cual no sólo hay hostilidad, sino que podría hablarse de un ambiente lúgubre.

Lo ominoso, alude a lo terrorífico, lo que provoca miedo, más precisamente, angustia, que resulta incluso repulsivo; podemos encontrar sus orígenes en lo familiar pero de generaciones atrás, incluso menciona Freud (1919) que es algo ominoso por no ser algo conocido, algo familiar, sin embargo, se había mantenido bajo los influjos de la represión, y sólo con una situación actual sale a la luz, deja de

permanecer en lo oculto, de ahí que lo ominoso pueda cobrar distintos significados, es decir, una simbolización diferente de la que realmente encubre¹¹.

Dicho así, hay familias que se ven envueltas en lo oculto, ambientes familiares que pueden dar miedo, o secretos que es preferible mantenerlos en la fantasía, porque si se cuelan a la realidad pueden ser devastadores.

2.6 Función materna

Todos tenemos una idea de lo que es la maternidad, algunos atribuimos más o menos cualidades que debe tener una madre para ser *suficientemente buena*, como diría Winnicott, no obstante, hay aptitudes de las que puede carecer una madre, y aun así satisfacer las necesidades de sus hijos; en caso contrario, también hay madres que no pueden ser el sostén que sus hijos necesitan, más adelante se enlistarán distintas razones para ello.

Silvia Flechner (2013) habla de “*lo materno*” (p. 21), que incluye la maternidad, pero no son sinónimos, en lo materno también aparece en escena el padre, quien aunque no participe en la crianza será ese corte que requiere el vínculo entre la madre y su bebé; de esta manera, lo materno hace referencia a las identificaciones primarias, la intimidad y la capacidad para separarse después, así como lo pulsional y la eterna ambivalencia entre el amor y el odio; lo materno es la piedra angular a partir de la cual nos construimos.

Dada la complejidad que envuelve a lo materno, puede ser que se torne en una relación violenta con los hijos produciendo diferentes patologías, las cuales tienen que ver tanto con la intrusión materna (como una forma de violencia) como con el abandono (Flechner, 2013).

¹¹ Por ende, lo ominoso deja de ser algo inconsciente, fantaseado, y pasa a simbolizar algo de lo real (Freud, 1919).

Tendemos a creer que todo lo que hace la madre es producto de su inmenso amor, sin embargo, también hay en ella un afán de posesión, ansiedad y rechazo hacia sus hijos (Friday, 1989), lo cual se desarrollará en las líneas siguientes.

Las ideas que las mujeres tengan sobre la maternidad no corresponden con sus deseos, el maternaje se vive como un deber social y moral, y en realidad puede vivenciarse como una carga en la que se padece el ser madre; no obstante, también hay madres para quienes su deseo se resignificó desde su propia historia y experiencia con su madre, por lo que el tener un hijo puede ser algo realmente gratificante y con lo cual encuentre sentido a la vida (Robles, 2012).

Bowlby (1985) fue uno de los pioneros en enfatizar la importancia del vínculo afectivo entre la madre y su bebé para el desarrollo de éste, define el cuidado materno como *“una relación humana que altera los caracteres de los involucrados (madre e hijo), por lo que debe considerarse a partir del goce que obtienen ante la presencia del otro”* (p. 148).

Winnicott (citado en Flechner, 2013) por ejemplo, insistió en la sensibilidad materna necesaria para fomentar el desarrollo psíquico del recién nacido, es decir, en la capacidad de la madre para detectar las necesidades de su bebé, lo cual es básico para desarrollar la confianza en el niño.

Entre los rasgos a considerar para garantizar la salud mental de los hijos se encuentra el calor, la intimidad, el cariño y la constancia en la relación con la madre (Bowlby, 1985). Para este autor, una madre ansiosa, con deseos de venganza o culpa será incapaz de proporcionarle cuidado y afecto a su bebé, se interpondrá su propia angustia al relacionarse con él, y dotará frágilmente la psique de su hijo.

Tras el nacimiento de los hijos, la madre los ama como si se amara a sí misma a través de ellos, los ama por lo que hacen y necesitan, no sólo cuando coinciden con su fantasía de hijos perfectos, ha de evolucionar junto a ellos y sus deseos, aunque no concuerden con los de ella, los apoyará y encaminará hacia su propio desarrollo, los mantendrá a suficiente distancia para que evolucionen a su paso, no al suyo (Friday, 1989).

Dice Adrián Lara (2015) que para poderse dar el cuidado maternal “es necesario que exista un vínculo amoroso entre esa madre y su bebé” (p. 37), todo depende de la calidad del cuidado, los cuidados cotidianos, día a día, sin abandonos, dejarán un poso muy profundo en la vida del infante, si ese vínculo es satisfactorio, habrá un contacto físico amoroso, pero de no haberlo, el bebé puede enfermar, o incluso morir.

Por ende, una relación cariñosa entre la madre y su bebé es crucial para ambos, el hijo necesita sentir que es objeto de placer y orgullo para su madre, mientras que ella necesita sentir que su hijo es una prolongación de sí misma, a la vez, ambos necesitan sentir que pertenecen al otro e identificarse íntimamente entre ellos, esto sólo es posible si hay continuidad en la relación (Bowlby, 1985).

En el vínculo madre-hijo la interacción se da desde antes del nacimiento, desde que la madre desea tener un hijo, o incluso cuando está esperando la llegada de su bebé le transmite sus deseos, sus miedos, pero también sus anhelos y fantasías, sean positivas o no, de ahí que todo lo que se comunique entre una madre y su hijo marque tanto el desarrollo de éste como el vínculo entre ambos.

En ese sentido, dice Adrián Lara (2015) que:

...la lactancia es uno de los momentos de mayor intimidad entre una madre y su bebé, pero también un momento en que más comunicación puede haber entre ellos, al estar en contacto ambos cuerpos, la madre no solo alimenta, sino que le comunica su amor en silencio (p. 40).

Ahora bien, desde el punto de vista psicoanalítico, la figura materna es básicamente edípica, la madre es seductora y al mismo tiempo agresiva, es quien está la mayor parte del tiempo en contacto con el cuerpo del niño, por lo que es una mezcla entre ternura y sensualidad, entre vínculo sexual y vínculo instaurador; pero también es agresiva en función de desapegarse de su hijo y privarlo de toda la erotización de que lo había dotado, dando la sensación a éste de rechazo (Flechner, 2013).

La madre y su capacidad para identificar y satisfacer las necesidades del niño son determinantes para la estructuración psíquica del niño, y no sólo por sus cuidados, sino también por ser objeto de identificación (Hornstein, 2000).

La relación que establezca una madre con su hijo estará sumamente influenciada por el significado que tenga ese hijo desde el punto de vista emocional (Bowlby, 1985), el hijo puede ser depositario de odio o rechazo inconscientes en la madre o, en caso contrario, ser la figura idealizada por ella¹².

Bedoya y Giraldo (2010) agregan que cuando las mujeres han tenido vivencias gratificantes con sus propias madres en la infancia, desarrollan una imagen de sí mismas como “*aptas*” (p. 951) para su futuro maternaje, es decir, se representan como capaces de ser mamás gracias a la propia relación que establecieron con sus madres; en caso contrario, cuando las madres carecieron de una grata identificación de cuidado con su mamá, reactivarán sus conflictos infantiles y serán carentes también en su papel de madres.

2.6.1 Fallas en la función materna

En palabras de Flechner (2013) “*una estructuración psíquica fallante en la madre, dará como resultado una estructuración fallante en sus hijas*” (p. 24).

Bowlby (1985) comparte esta idea, y además menciona que los hijos de padres que no figuraron como *buenos padres*, en su etapa adulta se sienten “*socialmente incapaces*” (p. 193), esto debido a que desde el nacimiento los niños son socialmente sensibles, por lo que en su etapa adulta se viven como incapaces de cumplir con su rol como adultos, e incapaces también de cumplir un rol de padres.

Dice Friday (1989) que “*para ejercer una buena maternidad es necesario haberla tenido en la infancia, pues si las hijas no son criadas adecuadamente, difícilmente harán lo propio con sus hijos*” (p. 143).

¹² Para que la relación fomente el desarrollo físico y emocional del infante es necesario que la madre se sienta profundamente satisfecha al ver a su hijo crecer hasta alcanzar su propia independencia (Bowlby, 1985).

Para Spitz (1974) la relación de un hijo con una madre deprimida o ensimismada en su propia angustia no posibilitará un ambiente adecuado para su crecimiento, viéndose afectado por hostilidad inconsciente hacia él o ella, lo cual puede desencadenar actos de violencia hacia los hijos (citado en Bedoya y Giraldo, 2010).

Bowlby (1985) agrega que una madre ansiosa o deprimida se enfilará en un gradual deterioro de los sentimientos amorosos hacia sus hijos, relacionándose con éstos con impaciencia y amargura; además menciona que las mujeres incapaces de cuidar a sus hijos y darles contención seguramente carecen de buena salud (ya sea física o mental), o son portadoras de una enfermedad crónica.

Cuando una mujer se convierte en madre de una niña, particularmente, ella puede concebir la imagen de su madre como un ser hostil, y vivir angustiada ante el temor de que la agreda, que la devore, lo cual justificaría el propio deseo de muerte de la madre consecuencia de las limitaciones que ejerció sobre el cuerpo de la niña, quien guarda cierto rencor hacia su madre por haberle prohibido ejercer su libre quehacer sexual desde los primeros años, dicha relación se da con la hija, y no con el hijo varón (Freud, 1931)¹³.

La niña luego devendrá rival que pelea por el padre como objeto de amor; por ende, la ligazón con la madre cobra mayor significatividad en el caso de las niñas, quienes culpan a la madre por haberlas parido mujeres y privarlas de un genital correcto (el falo del varón) (Freud, 1931).

El resultado para la niña será redireccionar el interés que tenía puesto en su primer objeto, la madre, para sustituirlo ahora en su padre quien porta el genital anhelado; finalmente, el anhelo será puesto en un hijo, quien la gratificará de laguna manera por lo que había carecido hasta ese momento (Robles, 2012).

¹³ Para una mujer, su hijo varón es el complemento prometido que le hacía falta a la mujer (y los sentimientos hostiles del niño generalmente tienen otro destinatario, el padre).

Si la madre no puede reprimir sus deseos competitivos hacia su hija, instruirá a ésta bajo la premisa de que no puede esperar nada del padre, ni de ningún otro hombre (Friday, 1989).

Ahora bien, si la relación entre la hija y su madre es justamente *de choque*, y no ama lo suficiente para permitir la separación, habrá negaciones y defensa como mutuos sentimientos, la chica pensará firmemente que todo lo malo que suceda es resultado de que ella ha sido traviesa, no habrá una verdadera relación entre ellas, sólo la certeza de que ha hecho algo mal; la forma en que la hija se relacione con su madre se trasladará también a cómo se relacione con otras mujeres y con otros hombres, de ella aprendió formas de intimidad, de amar a otros y de amarse a sí misma (Friday, 1989).

Friday (1989) agrega que una relación no resuelta con la madre da a la mujer un temor a atravesar por lo mismo que ella; además, debido a que buscan desesperadamente recuperar una relación que les han arrebatado, cuando obtengan un triunfo no lo gozarán completamente, pues no logran extraer todo el placer que les produciría; y agrega que *“hay madres que no pueden mantener sus ojos alejados de sus hijas, están constantemente buscándoles imperfecciones que encuentran hasta en los más mínimos detalles, una madre que no dio su completa aprobación, ata a sus hijos con ella para siempre”* (p. 89).

Freud (1931) resume los reproches de las hijas hacia sus madres, los cuales marcarán la relación que se establezca entre ellas, ya sea afectuosa u hostil, pero ambivalente en alto grado, los reproches son *“el haberlas privado de genitales masculinos, no haberlas nutrido lo suficiente, compartir el amor materno con otros, no cumplir las expectativas de amor y, privar el quehacer sexual luego de haberlo provocado con la sensualidad de los primeros años”* (p. 236).

Dicha prohibición cobrará mayor sentido en la adolescencia, cuando la madre se empeñe en mantener la castidad de la hija, lo cual nutre el desasimiento de ella respecto de su hija; y no sólo con su hija, la madre también puede empeñarse en prohibir el placer onanista en su hijo adolescente, y servir de igual manera como motivo para su rebelión (Freud, 1931).

Para Friday (1989) la prohibición sexual es el mayor limitante que establece una madre sobre su hija, bajo la consigna de: “*el sexo es malo*” (p. 166), las niñas crecen con este temor, y con este rencor hacia su madre por prohibirlo.

Ahora bien, para una mujer, el convertirse en madre puede convertirse a la vez en una oportunidad de separarse y diferenciarse de su propia madre, ganando así independencia de una madre que pudo haber sido absorbente; sin embargo, cuando no se logra tal distinción puede ocurrir que las madres se dirijan hacia sus hijos con agresión resultado de la impotencia hacia la separación (Bedoya y Giraldo, 2010).

Algunas mujeres expresan con orgullo el sentirse por completo diferentes de sus propias madres, se engalanan diciendo que tienen una vida distinta de la suya, sin embargo, en sus métodos de crianza vemos reflejados, inconscientemente, los métodos que sus madres emplearon con ellas; en otras palabras, quieran o no, la imagen de lo que fue su madre estará siempre presente en su desempeño maternal (Friday, 1989).

Si la madre con que crecieron fue una mamá violenta, es muy probable que ellas reproduzcan dicha agresión ahora en sus hijos. A este respecto, en una investigación realizada por Bedoya y Giraldo (2010), diferenciaron tres tipos de madres violentas:

- Madre tipo 1: se trata de madres que violentan eventualmente a sus hijos, acto seguido se sienten culpables y no lo vuelven a hacer, en caso contrario, buscan reparar su daño. Estas madres tienen buenos recursos psíquicos y se pueden autorregular.
- Madre tipo 2: son madres que violentan a sus hijos pero no sienten culpa por ello, tampoco buscan reparar su daño, de hecho, se dirigen hacia ellos con hostilidad. Estas madres carecen de disposición hacia el maternaje, por

lo que no se permiten buscar ayuda porque no consideran inapropiado su estilo de crianza.

- Madre tipo 3: se refiere a madres que violentan constantemente a sus hijos aunque sientan culpa al hacerlo, lo que las caracteriza es que buscan ayuda para dejar de hacerlo, se sienten impotentes de frenar este comportamiento por sí solas.

Dice Heredia (2005) que:

un niño que es maltratado por una madre alterada y violenta aprenderá a estar alerta todo el tiempo, vigilante y temeroso, creerá que es su culpa, y que debe cambiar su conducta para evitarlo; ante la desesperación por evitar un castigo, reprime sus afectos negativos hacia su madre violenta, lo cual no significa que no los tenga (p. 81).

Dichos niños, en sus relaciones futuras buscarán incesantemente agradar a los otros, y se culparán de todo lo que salga mal, sean ellos responsables o no.

No obstante, los hijos de madres violentas, aun ante vivir una situación tensa son capaces de tener confianza y buenos momentos junto a ellas, siempre ante la espera de una mejora en la relación.

De acuerdo con Bowlby (1985), un bebé es tan dependiente del otro (principalmente de la figura materna), que resulta crucial el contar con una buena madre, no obstante, incluso una mala madre le da algo a su hijo, *“en el peor de los casos se limitará a cubrir necesidades de abrigo y alimento”* (p. 166), e incluso con su carente interacción es posible que le enseñe algunas cosas.

Es frecuente que aunque los padres hayan sido inaccesibles, emocionalmente hablando, los niños no puedan atribuirles responsabilidades a ellos, sino que las asuman como propias o justificar que sus padres fueron así porque habían sufrido en su infancia (Heredia, 2005).

Friday (1989) menciona que es sorprendente ver el apego que pueden formar los hijos de padres golpeadores, pues aun sufriendo de tanta crueldad, si se les ofrece un hogar adoptivo, lejos de la violencia, regresarán a su hogar bajo la ilusión de que sus padres han sido buenos, y eso es más fuerte que evitar las tundas que les propinaban.

Para una persona, saber que sus principales figuras de apego no atendieron sus necesidades de protección y seguridad, además, que tenían el poder de frustrarlo y amenazar con retirarle su amor, es muy amenazante (Heredia, 2005), y no sólo eso, es doloroso, pues se viven violentados emocionalmente.

Para Winnicott (citado en Hornstein, 2006) la unidad que forma la madre con su hijo da como resultado la narcisización necesaria y a un yo autónomo, lo cual no se puede lograr con una madre intrusiva, que no interrumpe la continuidad entre ella y su hijo; para lograr un verdadero yo, es necesario que la madre “*deje ser*” (p. 73) al hijo, y no interponga sus propias vivencias.

Todo lo que tiene la madre halla continuidad en el nuevo ser, quien se convierte en una prolongación narcisista de ella y su propio amor ahora satisfecho; por lo que a veces las fallas de sus hijos son reprimidas para no herir su propio narcisismo (Friday, 1989).

También se ejerce una violencia contra la autonomía al ser una madre que invade (irrumpe en su psique) y deforma la organización psíquica de su bebé, se trata de una madre que no repara la angustia ante la separación, lo que dará como resultado fracasos en la elaboración de futuros duelos (Flechner, 2013).

Además, hay violencia cuando se le impone al niño una elección o un pensamiento motivados por el otro, despojándolo de su autonomía e instalándole sus propios deseos; y es que el *infans* crea la fantasía a la madre de unicidad entre ambos, pero con la llegada de la palabra el niño debe erradicar dicha fantasía y poder transmitir sus propios pensamientos, lo cual en ocasiones el niño evita por temor a perder la mirada y la palabra de la madre (Hornstein, 2000).

Los hijos deben hacerle ver a sus madres que no van a cumplir todas sus fantasías, que no son perfectos, que cometen errores, ante esto, algunas madres se sienten dolidas o decepcionadas, estas madres censurarán el orgullo o el engreimiento, y castigarán a sus hijos cuando quieran hacer gala de él, frenando así su narcisismo; los niños que no logran disfrutar de suficiente adulación por parte de sus padres buscarán afuera la alabanza ajena, pero serán incapaces de creerla cuando la tengan (Friday, 1989).

Estas madres toman como inapropiado el engreimiento porque le han proyectado a sus hijos su propio temor a triunfar, no se han separado de ellos, les han instaurado su propio narcisismo dañado y su incapacidad para gozar de cumplidos, se sienten turbadas por escuchar halagos a su persona; a menos que se separen, sus hijos serán incapaces de contener su ansiedad (Friday, 1989)¹⁴.

Así como hay madres intrusivas, hay también madres que se separan de sus hijos y no les brindan la confianza necesaria para saber que regresarán.

Frente a la ausencia de la madre, la cual debe darse por momentos y de forma natural durante el desarrollo del infante, hay niños incapaces de tolerar dicha ausencia ante la inseguridad de que su madre regrese, lo cual puede dar como resultado sentimientos de ira hacia la persona perdida o hacia sí mismos, e incluso ir perdiendo la esperanza de que la persona perdida regrese en algún momento (Heredia, 2005).

Al irse la madre, le enseña al niño que hay algo que desea además de él, y el no volver le hiere narcisísticamente, el niño lo traduce como que ese otro pudo gratificarla y ya no sólo él (Morel, 2012).

Por ende, el niño debe adquirir la capacidad de estar solo, de aislarse aun en presencia de la madre, y saber que aunque esté solo su madre regresará con él,

¹⁴ Los hijos también fomentan dicha unión al creer fervientemente que las cosas buenas que hacen son a raíz de estar unidos a su madre, y cuando tienen un triunfo ellos solos, lo minimizan, pensando que sin su madre no son nada (Friday, 1989).

debe estar físicamente solo, pero no abandonado; si la madre falla en dar esa seguridad al niño, éste se verá sobrepasado (Hornstein, 2006).

Estamos acostumbrados a ver en el padre el ser que ejerce la ley, pero también hay madres que marcan su ley, y de la cual los hijos deben separarse, es decir, es grave no separarse de ella, pero lo es también apartarse de esa ley.

Desde el nacimiento estamos a expensas del deseo materno, de su estilo, de su goce, hasta de su hablar, por lo que separarnos de ello dejará huellas inconscientes que pueden desencantar en síntomas, que incluso si aquejan al sujeto, serán necesarios para separarse del goce materno, es decir, es una separación costosa y dolorosa, tanto para el niño como para la madre; que quede claro que esto no es malo, al contrario, es necesario separarse del bebé imaginario y portador del deseo materno, para dar origen al bebé real alejado de las huellas de goce que implantó la madre con su exceso de presencia (Morel, 2012).

Al inicio, la simbiosis entre la madre y su bebé es necesaria, ahí el nuevo ser aprende de placeres que más tarde buscará en otros objetos, al hacerlo tendrá confianza de que su madre lo esperará a su regreso, confiará y gozará del amor; de no ser así, será una persona desconfiada y aferrada a la presencia del otro, dudará y echará en cara no ser amado, lo cual, efectivamente, logrará con tanto reclamo (Friday, 1989).

Morel (2012) narra el ejemplo de una joven que inconscientemente reproducía la palabra de su madre, la chica sufría delirios de persecución, más tarde le fue consciente que al nacer, las palabras de su madre fueron “*no debería haber nacido*” (p. 56), la chica perpetuó el deseo materno mortífero, y de no haberlo apalabrado, pudo haberlo tramitado a la generación subsecuente, sus hijos.

Con este breve ejemplo se pretenden señalar las huellas que puede dejar en el inconsciente de los hijos la actitud de las madres, desde ser el bebé perfecto, hasta ser un símbolo de paulatino rechazo, y no son sólo palabras, sino también reglas de vida.

Nos hemos ilusionado pensando que el amor de la madre es incondicional, que no cabe a la duda ni a la ambivalencia, y que no hay *malas* madres, lo cierto es que el amor de madre no es perfecto, hay madres que no pueden asumir la responsabilidad de ser mamás y no se acercan siquiera a la madre que sus hijos esperan tener; y tampoco podemos juzgarlas por completo, las dudas e inseguridades con que crían a sus hijos no son sino el reflejo de la relación que tuvieron con sus propias madres (Friday, 1989).

En el mismo texto, la autora se pone de lado de las madres, y asegura que no es un instinto de las mujeres el deseo de tener hijos, es algo que debe darse, lo mismo que el amor hacia ellos, no nace junto con sus hijos, sino que se va construyendo; esto debemos tenerlo claro pues a veces las madres se pueden sentir culpables o deprimidas por no amar como se espera a sus hijos, sin saber que es algo que ambos deberán ir construyendo.

Idealizamos lo materno, lo que ello implica, le damos el papel a la madre de una figura noble y representante del amor, una mujer que ocupa tres puestos idealizados e inasequibles (hija, esposa y madre), en todos es deseada y una santa (Robles, 2012).

La realidad es que las madres, en algún momento de su maternaje sienten odio y resentimiento hacia sus hijos pero se prohíben hacerlo consciente, es algo que simplemente no se permiten, la realidad es que las absorbe el masoquismo, porque así como aman, también odian, aunque la mayoría de las veces este odio lo mantengan inconsciente.

Luego de revisar las vicisitudes de lo materno, y haciendo alusión a Silvia Flechner (2013) debemos comprender esta dualidad (madre-hijo) en todas sus dimensiones, ya sean tiernas y amorosas, o agresivas y violentas; es decir, *“es un terreno en el que se pone en juego el amor y el odio, así como lo mortífero y la pulsión de vida en forma desencarnada”* (p. 26).

Como ya se mencionó, hay fallas en el desarrollo del niño, tanto si la madre excede en su presencia, como si escasea el contacto con su hijo (Bowlby, 1993a).

Friday (1989) complementa esta noción al asegurar que hay muchas características deseables para nombrar a una *madre buena*, y es imposible que todas cumplan con cada uno de los requisitos, sólo nos queda esperar su mayor esfuerzo.

De esta manera, queda claro que la familia cumple un rol importante en el desarrollo del narcisismo primario, se espera que, ya sean los padres, únicamente uno de ellos, o junto a los hermanos, den al niño la idea de ser un deseo añorado, le devuelvan una mirada de grandeza, y que inevitablemente lo libidinicen al grado de darle la sensación de grandeza.

Sin embargo, no siempre ocurre así, ya que, si bien es lo que se espera, la realidad es otra, hay familias en que la llegada de un bebé no viene a satisfacer el deseo materno, ni paterno, sino que da como resultado un niño que es rechazado o anulado por familiares, o que simplemente no es acogido en un hogar.

Sin embargo, cuando el ambiente familiar no es un espacio que contenga y reconozca al niño, él aún podrá mantener una última esperanza y confiar en que podrá sostener lazos con alguien fuera del hogar, no obstante, al relacionarse con otros, aunque podrán investirlos libidinalmente, lo harán, no sin cierta desconfianza (Janin, 2009).

2.6.2 Violencia primaria y violencia secundaria

Estos dos conceptos fueron desarrollados por Piera Aulagnier y se emplean para describir dos procesos que ocurren en la interacción entre una madre y su bebé. El primero de forma natural y necesaria, el segundo ya no, en caso contrario, surge como exceso de intromisión.

La *violencia primaria* ocurre cuando el exterior impone ciertos usos y costumbres al campo de un recién nacido, es decir, el psiquismo del bebé es violado de alguna manera por el contexto al que llega tras su nacimiento; generalmente se le impone al bebé el deseo de sus padres, lo que ellos esperan de él (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

Esta violencia primaria es la invasión de la madre hacia su bebé en el acto mismo de amamantarlo, ya que, al introducirle su pecho a la boca invade el cuerpo de su hijo, y le impone un sentido (deseo) a sus necesidades; esto, paulatinamente constituye el yo del infante, de ahí que sea estructurante, y por lo mismo, necesaria (Ramírez, 2016).

Mientras que, de la *violencia secundaria*, Piera explica que es perjudicial, pues se trata de un exceso nada benéfico para la psique del bebé, en la que el exterior se impone de forma patológica sobre el yo del otro, ya no para darle acogida en el mundo del otro, sino como suplantación de ese nuevo ser al que no se le deja ser (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

En este sentido, la violencia primaria es estructurante, ya que es antecedente de la constitución del yo, es decir, es necesaria para luego dar pie al yo del bebé, se le impone la cultura, el deber, el deseo de los padres, etc.; mientras que, la violencia secundaria viene a perjudicar ese desarrollo al exceder las exigencias e imposiciones de un afuera hacia un adentro.

Mientras la violencia primaria habla de la capacidad de la madre para poder desencadenar, traducir las necesidades de su hijo, y adelantarse a ellas, la violencia secundaria alude a una dificultad para poder traducir las necesidades de su bebé. Además de la madre, el entorno social dotará al niño de sensaciones y experiencias, que más tarde irán dando sentido a sus necesidades, esto como una extensión de la necesidad de la violencia primaria (Ramírez, 2016).

Esto es, la violencia primaria es en sí misma una respuesta a la necesidad de su bebé de conocer e interactuar con el exterior, mientras que la violencia secundaria es violencia en sí misma, por no ser nunca necesaria para el yo del niño (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

Dentro de la dinámica de la violencia secundaria está la *persuasión* como principal herramienta, con la cual se busca la intrusión en su grado máximo, y se caracteriza porque puede pasar desapercibida por las víctimas; quienes, desconocen la violencia por provenir de su principal objeto de amor. Además, esta

violencia logra pasar desapercibida porque se confunde con el acto benéfico de la violencia primaria (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

Dicho lo anterior, queda claro que la madre, principalmente, tiene a su cargo el desarrollo del niño, tanto físico como emocional, y de éste último será determinante, aunque la madre tenga un papel fundamental en el desarrollo libidinal, es cierto que si ella no lo hace, aún se espera que el resto de la familia sí.

No obstante, hay personas que crecen sin haber recibido el reservorio libidinal de ninguno de ellos, y qué pasa con personas así o, cómo será su desarrollo, son temas de los que la clínica se ha de ocupar, pero algo de lo que podemos esperar es una fuga melancólica que invada al yo, que le prive recuperar la energía por vivir, o que lo deje en manos de una pulsión mortífera, y de ellos debemos ocuparnos pues no es raro encontrar un caso de esta índole, tal y como el que se presenta en este escrito.

Capítulo 3. Melancolía

A lo largo de la vida las personas enfrentan diferentes pérdidas, desde seres amados, empleos, viviendas, etc. Los cuales no siempre pueden ser elaborados, y menos cuando se presentan aunados a una crisis del desarrollo como lo es la adolescencia.

En medio de tantos cambios, la adolescencia se presenta como una etapa llena de duelos, como el duelo por la pérdida de los padres, de la infancia, de la identidad, de los roles... (Janin, 2010) y hay adolescentes que simplemente no pueden soportar tantos duelos, lo viven todo tan desestructurante que sólo se dejan abatir por ellos.

Por ende, el cómo se afronten las pérdidas será determinante para el desarrollo psíquico, y peor aún, cómo se enfrenten estas pérdidas en la adolescencia será crucial para su futura vida adulta.

Ante la pérdida de un ser amado es común que la persona sufra dicha ausencia, lo más común es escuchar hablar de que enfrentan un duelo. De esta manera, como bien lo menciona Freud (1917), el duelo es justamente la reacción que tenemos frente a la pérdida de una persona amada, o de otro elemento que figure con igual o más importancia, por ejemplo la patria, la libertad, un ideal, etc.

Es frecuente que la melancolía aparezca de la mano del duelo, no obstante, debemos diferenciarlos, ya que si bien comparten características, hay únicamente un elemento, pero de importancia crucial, en que ambos se diferencian, en el duelo falta la pobreza del sentimiento de sí que es tan característico de la melancolía.

Para Cancina (1999), *“la melancolía es una inhibición psíquica que empobrece al yo, hay dolor por ello puesto que se ha sufrido una pérdida objetal, y las personas se muestran incapaces de poder elegir a uno nuevo”* (p. 32).

Si bien incluye varias características, la melancolía no está estrictamente delimitada, por lo que podemos encontrarla en varias formas clínicas, su inicio y su fin no son claros ante circunstancias de la vida que pudieran desencadenarla; no

obstante, Cancina (1999) coincide con Freud (2017) al asegurar que esta rebaja en el sentimiento de sí es justamente lo que caracterizará a las personas melancólicas.

Freud (1917) enlista las características de la melancolía, que no obstante, también aparecen en el duelo, dice que hay en ellos una desazón profundamente dolida, una inhibición y falta de interés por el mundo exterior así como por realizar alguna actividad productiva, las personas melancólicas o que atraviesan por un duelo se sienten insignificantes, hay autorreproches y autodenigraciones que, en su máxima expresión, llegan hasta una búsqueda de castigo y a perder el respeto por sí mismos.

Para Leader (2008) la diferencia entre duelo y melancolía radica en que en el duelo se llora por un muerto, mientras que en la melancolía uno mismo muere con el muerto, de ahí que una persona melancólica parezca fugada de la realidad y pierda la pulsión de vida.

Debemos ver a la melancolía íntimamente ligada al narcisismo, específicamente a la pulsión de autoconservación (Cancina, 1999).

“... el yo de una persona melancólica está tan resquebrajado que se vuelve pobre y vacío, lo que lo hace sentirse indigno y despreciable” (Freud, 1917, p. 243), de ahí que espere un castigo constante.

Hornstein (2006) agrega que hay un retraimiento que agobia al sujeto. Los pacientes melancólicos sufren de un dolor aplastante, se sienten inferiores, reducidos a la nada, sin ningún valor, dominados por la vergüenza, no piensan más que en desaparecer y pueden llegar a considerar suicidarse (Denis, 2016).

De acuerdo con Bowlby (1993a), la baja evaluación de uno mismo es resultado de juicios adversos de la persona hacia sí misma, esto se incrementa al sentirse incapaz de cambiar la situación.

La melancolía lleva a las personas a sufrir largos periodos de abatimiento y desesperación, las bajadas comienzan a sentirse como una bola de nieve que los arrastra, y que ha de traer en su inconsciente problemas anteriores que igualmente absorbieron al yo en su momento (Leader, 2008).

Bowlby (1993b) aborda el cuadro de la melancolía a partir del título de *trastornos depresivos*, para él, una fase melancólica inicia cuando cesa el intercambio de la persona con el mundo exterior, hay una sensación de impotencia de resolver su aislamiento, por ende, no hace ni el intento de abordarlo o de entablar nuevas relaciones afectivas, se dice estar condenado al fracaso; es probable que estas personas no hayan establecido una relación estable y segura con sus propios padres, que tengan la sensación de no cumplir sus expectativas, y aflore en ellos el discurso de ser “*detestables e incompetentes*” (p. 97).¹⁵

Un discurso típico de una persona que sufre un cuadro melancólico es la compasión ante sus familiares por tener cerca a una persona *tan indigna* como lo es ella, se muestra mártir de su propio destino, le falta la pulsión que lo hace aferrarse a la vida (Freud, 1917); además, se dice incapaz de amar o de hacer algo útil.

El melancólico piensa, y está seguro de ello, de ser el peor, que no vale nada ni merece el mínimo gesto, su imagen de sí está profundamente alterada por lo que se asociará con sentimientos de indignidad e inutilidad, cree que algo de su imagen no está bien, aun cuando los demás opinen lo contrario, para él, su nariz, su cabello, o algo en sí estará mal, aunque no sólo su imagen física (Leader, 2008).

Para Leader (2008):

una persona melancólica pierde la sensación de estar conectada con sus grupos sociales, por lo que se siente empobrecida y solitaria, privada de recursos, inestable, abrumada por presiones exteriores de las que no cree salir por contar con pocos caminos, pierde la esperanza, y en un momento dado, ha de caer enferma (p. 16).

¹⁵ Una persona melancólica, frente a sus conocidos se apena y se conmisera por su propio dolor, dice Bowlby (1993b) que estas personas se concentran en el sufrimiento propio, y excluyen los eventos del mundo exterior, no se sienten capaces de establecer y conservar lazos afectivos.

Los melancólicos se reprenderán por sus faltas, no habrá nada que los detenga a ser punitivos con ellos mismos, se culpan por todo, convencidos de que se equivocan en todo (Leader, 2008).

3.1 Los destinos de la pulsión en la melancolía

La pulsión, para una persona melancólica, puede tomar distintos rumbos, el primero de ellos, la vuelta hacia sí mismo, para el cual Freud (1917) afirma que:

Una vez analizado el discurso de los melancólicos nos damos cuenta que sus autorreproches realmente se dirigen hacia otra persona, parece increíble, pero en realidad van dirigidos hacia el objeto amado perdido, estos reproches han rebotado y se instalan en el yo; es decir, todo lo empobrecido y rebajante que dicen de sí mismos, inconscientemente lo están diciendo del otro (p. 246).

La ira dirigida hacia el objeto perdido adquiere un efecto de *boomerang* que retorna sobre el yo, se desplaza hacia éste como si él fuera el objeto perdido (Leader, 2008).

Freud (1915) menciona:

El masoquismo no es otra cosa que un sadismo inconsciente vuelto hacia la persona misma, y es este uno de los destinos que puede tomar la pulsión, el objeto hacia el que esperan descargar su agresión es sustituido por la persona propia, de tal manera que la violencia con que una persona pudiera dirigirse a otra la encaminan hacia uno mismo (p. 122).

Pero no todo termina ahí, en el mismo texto, dice Freud que una vez instaurada la meta masoquista, la meta sádica de infligir dolores puede resurgir, y al herir a otro, uno mismo lo puede gozar identificándose con el dolor de ese objeto, gozando así de una satisfacción sádica.

Otro de los destinos de pulsión que menciona Freud (1915) es la “*vuelta en lo contrario*” (p. 127), lo cual se puede observar al mudar el amor en odio, ambivalencia común en los estados melancólicos, ese objeto que anteriormente era

sólo receptor de amor e idealización, ahora recibe reproche y todo el odio del que es presa la persona, con miras a agredirlo o aniquilarlo.

Cuando el lazo de amor hacia el objeto se quebranta, por el abandono por ejemplo, no es raro que se reemplace con odio, pues es una de las primeras mociones que descubrió el yo, de ahí que dé la impresión que el amor se ha convertido en odio, pero no es así, el odiar garantiza la continuidad del lazo amoroso, ya que también tiene una cualidad erótica.

3.2 La pérdida de objeto en la melancolía

La melancolía presenta ciertos estados regresivos de la historia de los sujetos. Por ejemplo, la primera relación que establece un niño con su madre es a través de la alimentación, de ahí que la falta de apetencia o algún otro trastorno alimenticio sea característico de un estado melancólico, ya que el mismo acto de tragar y escupir alimentos define ahora la forma de relacionarse con las personas amadas; o por el contrario, un estado melancólico ha de terminar cuando el sujeto logra liberarse del objeto, un proceso equiparable a la defecación que tan placentera fue en sus orígenes (Leader, 2008).

Un desencadenante de la melancolía es la pérdida del objeto amado, para que tal pérdida sea vivida, debe haber primero una renuncia a la fantasía primaria en que el yo y el objeto eran uno mismo, una vez realizada, el objeto se concibe con sus propios deseos y proyectos distintos a los del yo, de esta manera, el otro ya separado, podrá evaluar o enaltecer al yo; de ahí que duela tanto su pérdida, pues se pierde también la fantasía de haber sido uno mismo (Hornstein, 2006).

Tras la pérdida, Leader (2008) cree que lo primero que se manifiesta es una intensa sensación de dolor, *“se ha perdido algo que era parte del propio sujeto, aunque el objeto siga presente, se pierde el vínculo que lo ataba a él”* (p. 16).

Investir narcisísticamente a un objeto es investirse a uno mismo, por lo que la pérdida será vivida como un desinvertimiento narcisista de sí; en la melancolía hay una pérdida de objeto y pérdida de narcisismo, implica transformar al yo, desvalorizándolo (Hornstein, 2000).

En la melancolía se rechaza la realidad, hay un extrañamiento de la mirada del otro sobre uno mismo y domina el desgarre de una herida narcisista (Hornstein, 2006).

Respecto a la pérdida, dice Freud (1917) que un melancólico sabe que su objeto amado ya no existe, *“sabe que lo perdió, lo que no sabe es qué se perdió de él con ese objeto”* (p. 246), ya sea que la pérdida sea del objeto real o del idealizado, es decir, puede no haber muerto, pero ante el sujeto no existe más como objeto de amor, y duele más porque, sin saberlo, la persona que perdió era parte de uno mismo, *“se ha perdido algo de la vida pulsional del propio sujeto”* (p. 246).

Bowlby (1993b) afirma que al hablar de la pérdida que vive un adulto o un niño, *“tendemos a minimizar sus efectos de la pérdida en el desarrollo de su personalidad”* (p. 124); por ende, debemos ser cautos y analizar todas las reacciones y los riesgos que sufrirá una persona que ha perdido a alguien.

Al perder a un objeto amado, el sujeto debe desapegarse de lo que perdió de sí y que ha quedado a la sombra de dicho objeto, esta sobreinversión se vuelve dolorosa, y vacía al yo de su reservorio libidinal; en ocasiones, puede exteriorizarse como una sensación de pesadez sobre los hombros, un estado hipocondriaco, o el aseguramiento de que algo malo va a pasarle (Denis, 2016).

Para Cancina (1999), *“algo que caracteriza a la melancolía es la añoranza de amor psíquico que venga a suplantar todo lo que se perdió con el objeto”* (p. 32). Este autor entiende el sufrimiento melancólico a partir de la pérdida del objeto amado y la tarea que ahora enfrenta el yo de reconstruirse, eso es lo doloroso, puesto que en última instancia dará como resultado, nada menos que una pulsión de muerte.

Debido a que las pérdidas se sienten como propias, la pérdida de un objeto amado trae consecuencias a nivel narcisista (Hornstein, 2000).

Por ende, a nivel del ideal del yo, en la melancolía se hiere la imagen ideal de uno mismo como digno de ser amado, ya no hay ideal qué alcanzar, por lo que se vive un vacío que únicamente podrá ser llenado con tristeza (Leader, 2008).

Tras la pérdida, la persona debe ahora quitar toda la libido que había dirigido hacia ese objeto y redireccionarla hacia uno nuevo, sin embargo, vemos que en la melancolía esa libido simplemente se retiró del propio yo, por lo que sirve para identificarse con el objeto perdido, de ahí que los autorreproches tengan otro destinatario y no el yo mismo.

Para que esto suceda, en la historia de la persona debió haber una fuerte fijación hacia el objeto, de tal manera que tras su pérdida, el vínculo no pueda resignarse, y la libido vuelve hacia uno mismo (Freud, 1917).

La pérdida del objeto es el escenario ideal para dar muestra de la ambivalencia con que nos relacionamos con nuestros objetos, pues la separación muestra una oposición entre amor y odio preexistente hacia el mismo objeto; de esta manera, el odio se ensañará en retirar la libido que se mantenía hacia ese objeto, mientras que el amor intentará rescatar algo de dicha libido.

Al final, esta libido se retirará efectivamente del objeto, pero al no encontrar otro destinatario, se refugiará en el yo.

Desde los comienzos, las demandas de amor insatisfechas por nuestras figuras de apego darán como resultado sentimientos de odio, pero reconocerlo conscientemente será una ardua tarea que sólo tiene cabida en exploraciones analíticas; no obstante, dicho odio se mantiene bloqueado, pero puede ser tan devastador que sea la causa de muchos estados de depresión y pérdida del interés por la vida (Leader, 2008).

Sin embargo, el odio prevalece y se ensaña con el objeto, lo insulta, lo denigra y lo hace sufrir; dado que el yo se ha identificado con dicho objeto, es claro que estos insultos y denigraciones caerán sobre él, y no sobre lo perdido; esto es, como lo dijo Freud (1915), uno de los destinos de la pulsión, la *“vuelta contra sí mismo”* (p. 123).

Es imposible admitir sentimientos de odio hacia un objeto que se amaba, por lo cual busca otro blanco, otro destinatario con quien descargar toda su furia (Leader, 2008).

John Bowlby (1993b) no lo plantea en términos psicoanalíticos, pero su trabajo con niños también lo llevó a identificar las reacciones ante la pérdida de una persona amada, este autor cataloga como una intensa tristeza lo sufrido por cualquier persona que ha perdido a alguien amado, naturalmente anhelará su regreso, o al menos buscará consuelo con la presencia de alguien más en quien confiar, de no encontrarlo, sus esperanzas disminuirán, pero no desaparecerán completamente.

Al perder a alguien es probable que adoptemos de esa persona algo que la caracterizaba, ya sea una postura, sus gustos, su voz... como si la persona no se hubiera ido y permaneciéramos atrapados en su imagen, nos convertimos en aquello a lo que no podemos renunciar (Leader, 2008).

Al analizar el historial de una persona melancólica, es probable encontrar la ausencia de uno de los padres durante la niñez, y que hayan elegido como figuras de apego a personas inaccesibles, que los rechacen o los castiguen (Bowlby, 1993a).

Cada relación rota o cada pérdida experimentada marca la personalidad, cada pérdida nos remite a la relación ambivalente con la madre y la primera vez que la perdimos a ella, así, la identidad es el resultado de la construcción y elaboración de dichas pérdidas; al final, *“somos lo que hemos amado”* (Leader, 2008, p. 39).

3.3 El yo y el superyó en la melancolía

En cuanto a sus instancias psíquicas, el superyó de una persona melancólica parece una instancia independiente a quien le desagrade el propio yo, por lo que *“lo juzga bajo el nombre de fealdad e inferioridad”* (Freud, 1917, p. 245).

Al haber perdido al objeto amado, el yo esperaría recibir ese amor del superyó, sin embargo, lejos de sentirse amado por éste, se siente perseguido y odiado, como si también hubiese sido abandonado por su instancia superyoica; el yo no se defiende de esas severas críticas, sino que las asume culpablemente y acepta el castigo (Cancina, 1999).

Respecto a esta instancia moral, Cancina (1999) continúa diciendo:

... en la melancolía, el superyó se apodera de todo el sadismo que pertenecía a la persona, se ha nutrido de restos auditivos verbales, de ahí que sepa cómo herir al yo, y reina en él una tendencia a la destrucción de sí mismo, la fantasía de conservar al objeto es lo que protege a un melancólico de suicidarse (p. 37).

Por otro lado, el yo de un melancólico entra en conflicto entre el yo crítico y el yo sobajado que se ha identificado con el objeto perdido, el complejo melancólico pareciera ser una *“herida abierta de la que se desprende la libido y empobrece al yo hasta dejarlo completamente vacío”* (Freud, 1917, p. 250).

El yo es ahora depositario de toda la culpa y el odio que se dirigía hacia el objeto, por lo que el yo es tratado sin piedad por el superyó, el yo es tragado por la persona perdida, por lo que debe recibir el rechazo que se dirigiría hacia aquél objeto (Leader, 2008).

En la melancolía habrá toda una recomposición en las identificaciones del yo hasta encontrar nuevos objetos de amor que sean capaces de soportar las investiduras destinadas previamente, de lo contrario, la crueldad de un melancólico puede dirigirlo hacia la pulsión de muerte; pero lograr ese desplazamiento de investidura es harto difícil y doloroso, por lo que no es de sorprender hallar en los melancólicos una tendencia a perder la pulsión de vida (Hornstein, 2000).

Cancina (1999) expresa que la tendencia hacia la pulsión de muerte por parte de un melancólico está dada por la crueldad superyoica y la sensación de haberse perdido uno mismo al perder al objeto, *“el dejarse morir es abandonar la libido hacia uno mismo por sentirse abandonado por el otro”* (p. 48).

Dicho lo anterior, es menester acentuar que cualquier individuo puede verse envuelto en un estado melancólico en algún momento de la vida, nadie está exento de sufrir por la pérdida de objeto al que se le ha investido libidinalmente, no obstante, no todos responden de la misma manera ante una pérdida de esta naturaleza.

En el caso de quienes no fueron investidos narcisísticamente desde la infancia, parece que la pérdida de un objeto es más traumática, y genera mayor desvalimiento yoico, a diferencia de aquellos quienes tienen mayor reservorio narcisista quienes, aunque sufran la pérdida y haya dolor por ello, parece que se pueden reponer con mayor facilidad ante la pérdida.

Parece que aquellos quienes no gozaron de investiduras narcisistas en sus orígenes, se sienten más desvalidos ante las pérdidas, pues han crecido ante la idea de no ser suficientes, por lo que ahora han perdido algo que les sostenía, se quedan con la sensación de estar solos, nada más que con un yo insuficiente, al menos esta es la situación que padece el presente caso.

Capítulo 4. Método

4.1 Planteamiento del problema

El presente trabajo tiene entre sus finalidades dar a conocer el caso de Lucía, una joven que parece haber sufrido la muerte por parte de sus familiares, quienes con su rechazo y anulación no le han provocado otra cosa que un profundo dolor, ante esto, surge la siguiente pregunta de investigación:

¿Qué experiencias de su historia produjeron en Lucía un estado melancólico?

Para responderlo, tomemos como base el siguiente supuesto: Un carente narcisismo estructurante, un ambiente familiar hostil y la violencia materna han provocado en Lucía un estado melancólico.

Esto es, el narcisismo estructurante del que dotan la mayoría de los padres y aferra a los hijos a la vida, faltó en Lucía, su madre no sólo no la contempló con mirada de grandeza, como se esperaría de las otras madres, sino que su relación estaba plagada de odio hacia su hija; además, los otros miembros de su familia no miraban a Lucía, la anularon, y con ello anularon la posibilidad de fortalecer su narcisismo que tanta falta le había hecho por parte de su madre.

4.2 Definición de categorías

° **Narcisismo estructurante:** Para Freud (1914) el narcisismo es el amor a uno mismo, es la estima propia, es la conducta por la cual una persona da a su propio cuerpo el trato que le daría a un objeto sexual, es decir, lo contempla, lo mira, lo acaricia, etc. en pro de la pulsión de autoconservación inherente en todo ser vivo.

El amor de los padres dota en gran medida al narcisismo de los hijos, en otras palabras, el narcisismo con que los padres invisten a su bebé, no es otra cosa que su propio narcisismo que ha vuelto a nacer (Freud, 1914). Mientras que para Hornstein (2000), los padres, en especial, la madre, tiene en sus manos el investir libidinalmente a su hijo, además de brindar cuidado, debe cumplir con funciones sexualizantes y narcisizantes.

En síntesis, para Denis (2016) podemos hallar vestigios de un buen narcisismo cuando hay integridad en la persona, dominio y posesión de sí misma, cuando se siente digna de la posición y posesión que tiene, y se alegra por los progresos de su yo.

° **Ambiente familiar hostil:** Caracteriza a un ambiente en el cual sus integrantes no brindan un sostén a los hijos, peor aún, el vínculo que se establece está plegado de odio, con muestras claras de rechazo de los padres hacia sus hijos.

Llamamos *ambiente familiar hostil*, a los hogares que no brindan contención y seguridad a sus miembros, principalmente a sus hijos, ambientes en los que prevalece el distanciamiento y el rechazo. En un ambiente familiar hostil es común encontrar algún tipo de violencia entre sus miembros, de acuerdo con Barón y Hernández (2013), ya sean castigos, amenazas, golpes, ofensas, humillaciones, culpabilizaciones, así como una notable falta de respeto entre los miembros.

Asimismo, llamamos ambiente familiar hostil a las familias en las que se priva a sus miembros de comunicarse, se les anula la palabra, y con ello su propia existencia, se elimina la comunicación y, a su vez, se anula la interacción y el vínculo entre los miembros (Adrián Lara, 2015).

° **Madre violenta:** La agresión no es sólo física o verbal, en cuanto al maternaje, hablamos de violencia materna cuando el trato de la madre hacia sus hijos se caracteriza por un afán de posesión, ansiedad y rechazo hacia ellos.

Para Bowlby (1985), hay violencia materna cuando la madre es ansiosa, con deseos de venganza o culpa, por lo que será incapaz de proporcionarle cuidado y afecto a su bebé, se interpondrá su propia angustia al relacionarse con él, y dotará frágilmente la psique de su hijo.

Con base en lo que dice Heredia (2005), las madres que violentan a sus hijos desarrollan un apego inseguro con ellos, son madres poco atentas y sensibles ante su desempeño, sus respuestas son poco motivantes, por lo que fácilmente puede tornarse en un vínculo agresivo. Se ejerce violencia materna cuando la personalidad

de la madre no posibilita un ambiente adecuado para el crecimiento de su hijo, viéndose afectado por hostilidad inconsciente hacia él o ella.

° **Melancolía:** Para Cancina (1999), la melancolía es una inhibición psíquica que empobrece al yo, hay dolor por ello puesto que se ha sufrido una pérdida objetal, y las personas se muestran incapaces de poder elegir a un nuevo objeto.

Freud (1917) enlista las características de la melancolía, dice que hay en los melancólicos una desazón profundamente dolida, una inhibición y falta de interés por el mundo exterior así como por realizar alguna actividad productiva, las personas melancólicas se sienten insignificantes, hay autorreproches y autodenigraciones que, en su máxima expresión, llegan hasta una búsqueda de castigo y a perder el respeto por sí mismos, su yo está tan resquebrajado que se vuelve pobre y vacío, lo que lo hace sentirse indigno y despreciable.

Los pacientes melancólicos sufren de un dolor aplastante, se sienten inferiores, reducidos a la nada, sin ningún valor, dominados por la vergüenza, no piensan más que en desaparecer y pueden llegar a considerar suicidarse (Denis, 2016).

4.3 Objetivos

Objetivo general

Explicar cómo, en el caso de Lucía, la falta de narcisismo estructurante se relaciona con el desencadenamiento de un estado melancólico.

Objetivos específicos

° Comprender cómo la falta de narcisismo estructurante por parte de los padres puede dar como resultado un estado melancólico.

° Explicar el caso de Lucía, una adolescente que sufrió de violencia materna y distanciamiento familiar, por ende, careció en ella el narcisismo estructurante.

° Analizar el comportamiento actual de Lucía a partir de lo acontecido en su historia familiar.

4.4 Tipo de estudio

En el presente estudio se recurrió a la investigación de tipo cualitativo, esta investigación es *humanista* ya que busca comprender los fenómenos sociales desde una perspectiva holística, y bajo la mirada del propio actor; estudia el pasado para comprender las situaciones actuales, permite conocer la vida anterior, las perspectivas, creencias e ideales de las personas (Quecedo y Castaño, 2003), es decir, estudia a las personas a partir de la perspectiva de ellas mismas y todo lo que de ellas pertenece.

La investigación cualitativa se apoya del empirismo, esto es, basa sus conocimientos en los resultados de la experiencia de conocer a las personas, estudia las cualidades desde un contexto particular, además, se une a un marco teórico para poder integrar y explicar los datos de la investigación (Quecedo y Castaño, 2003).

La investigación cualitativa no busca encontrar una sola verdad, de ahí la multiplicidad de técnicas, una de ellas es el *estudio de caso*, de acuerdo con Nasio (2000), un caso es un relato escrito por un terapeuta acerca de su encuentro con un paciente, ilustra una elaboración teórica e invita a ser leído y discutido, de ahí que resalte su riqueza en cuanto a la puesta en escena de un abordaje teórico a partir de un caso real, pues se invita a la reflexión, a sentir como el paciente y a actuar como el terapeuta.

Para Quecedo y Castaño (2003), la técnica consiste en reiterados encuentros cara a cara (es este caso, las sesiones psicoterapéuticas) entre el investigador (terapeuta) y el participante (paciente), dirigidos a comprender, desde diferentes perspectivas, las experiencias o situaciones del participante, escuchando tal y como las expresa con sus propias palabras.

Para su desarrollo se recurrió a la técnica de análisis de contenido, así como de un análisis hermenéutico, ya que es parte de un caso el generar nuevos conceptos, nuevas hipótesis a raíz del caso presentado, así como consolidar lo postulado por la teoría.

4.5 Instrumentos

El instrumento principal fue el proceso terapéutico, el cual incluyó entrevistas iniciales con la intención de conocer a la paciente, así como abordar el motivo de consulta en todas sus esferas. Posteriormente, el proceso terapéutico consistió en sesiones de tres veces por semana con un abordaje psicoterapéutico con enfoque psicoanalítico, el cual tuvo una duración de más de año y medio, haciendo un total de 96 sesiones; las cuales incluyeron una fase final de cierre.

4.6 Participante

El presente reporte aborda el caso de Lucía, una joven de 18 años (cuando inicia el proceso terapéutico) estudiante de bachillerato, que sufre un estado melancólico, motivado por la violencia materna y el núcleo familiar hostil del que fue objeto, así como de la falta de narcisismo con que debía ser dotada por sus padres.

4.7 Escenario

Lucía es estudiante de quinto semestre de bachillerato, solicita la atención psicoterapéutica en una clínica que forma parte de las sedes de práctica de la residencia de la Maestría en psicoterapia para adolescentes.

Esta clínica se encuentra ubicada dentro del plantel, por lo que luego de cumplir con los requisitos solicitados por la institución, en los que se incluye una hoja de identificación con una descripción breve del motivo de consulta, carta de derechos y obligaciones, así como un consentimiento informando del uso de los datos por la clínica, le fue asignada una cita para asistir a una entrevista inicial que determinaría su permanencia como paciente de dicho espacio, es así como Lucía fue asignada a un proceso terapéutico.

4.8 Consideraciones éticas

De acuerdo con el Código ético del psicólogo (2007), en sus artículos 61°, 67° y 68°, el profesionista debe mantener la confidencialidad debida al almacenar los datos bajo registros o expedientes, así como al publicar sus resultados. Asimismo, será tarea del psicólogo el uso de claves, seudónimos u otras técnicas que eviten la

identificación personal de sus pacientes; esto con la intención de disfrazar su identidad, evitando así que los reconozcan y de alguna manera puedan resultar perjudicados.

Finalmente, en caso de que los datos de los pacientes sean publicados, previamente los pacientes deberán dar consentimiento a dicha situación.

Nasio (2000) complementa el sentido de la confidencialidad al considerar dos reglas cruciales para la publicación de un caso, para él, la primera regla es que el analista debe respetar rigurosamente la identidad de sus pacientes, para ello es menester enmascarar todos los datos o detalles que permitan identificar al analizado, en segundo lugar, pero no por ello menos importante, es fundamental que al paciente le sea informado que forma parte de un estudio, por lo cual, es necesario, pedirle su aprobación.

Luego de seguir los lineamientos éticos necesarios, a continuación se presenta el caso de Lucía, enmascarando a su persona para respetar su identidad, pero sin omitir detalles cruciales para presentar su situación.

Capítulo 5. Historial clínico

Ante los ojos de una madre su hijo es un deseo realizado, lo contempla y admira como signo de perfección, lo cree portador de todo lo que ella no fue, pero que puede serlo a través de su hijo, es decir, da inicio a lo que será su reservorio narcisista; al nacer, este hijo fomenta dicho deseo, da la sensación a la madre de unicidad.

Sin embargo, poco a poco comienzan a desencantarse de esta fantasía, él se va volviendo independiente, y la madre debe desapegarse de esa relación simbiótica primaria, es aquí donde entra en escena el padre, ese otro que hace un corte entre el yo del niño y el yo de la madre. Aun separados, ese yo ya está colmado de perfección con que lo creía la madre, ahora tiene un reservorio narcisista suficiente para vivir y para desarrollarse en busca de recobrarlo.

Pero ¿qué pasa cuando ninguno de estos dos fenómenos se logra? ¿Cómo será el desarrollo de un niño que no vivió la experiencia de la fusión con su madre o de esa ilusión de unidad que caracteriza al vínculo primario?

Estas son preguntas que vale la pena contestar para poder entender el caso de Lucía, una joven que careció de una mirada de perfección por parte de su madre, en caso contrario, fue refugio de críticas e imposiciones por parte de ella; es también una adolescente privada del narcisismo necesario para vivir, y que no tuvo otra figura, como lo pudo haber sido el padre, en quien apoyarse para recibir el afecto que no le dio su madre.

Lucía es una chica de 18 años, cursa el quinto semestre de preparatoria, se presenta a sesión argumentando que ya todo se salió de control, tiene muchos problemas y no sabe cómo resolverlos, siente que la han sobrepasado y se percibe incapaz de solucionarlos ella sola; ha reprobado materias desde hace un año, lo que la hace propensa a cursar un año más el bachillerato, en el momento que se presenta a sesión no acude más a clases, permanece en casa, sale sólo para comprar alimentos y visitar a su novio.

Ha perdido el contacto con los otros. Se siente sola y no sabe a quién recurrir para hablar de su situación, esto último le causa un gran dolor pues efectivamente está sola la mayor parte del tiempo.

Las actividades que hacía antes, como leer, escuchar música, hacer ejercicio, entre otras, ahora no le producen más placer, por lo que ha dejado de hacerlas. Siente haber perdido la motivación para hacer todo lo que hacía, se limita a ver series de televisión, si intenta salir de casa, a medio camino se pregunta cuál es el sentido de hacerlo, al no encontrarlo se regresa y vuelve a encerrarse en su cuarto.

Si bien la falta de motivación para realizar sus tareas, así como el sentimiento de soledad ya los había vivido antes, todo se intensificó, al grado de paralizarla, tras el sismo del 19 de septiembre de 2017, momento en que se sintió sola, desprotegida, y tuvo la sensación de necesitar ser rescatada, aunque ella no hubiese sufrido ningún daño físico, por lo que ese rescate debía ser más emocional.

La mamá de Lucía radica en Puebla y viene ocasionalmente a la Ciudad de México, si bien Lucía vive con su hermana y su papá, casi no los ve, pasan la mayor parte del tiempo fuera de casa, y si están en el hogar, no entablan conversación alguna, si se da la ocasión que compartan la mesa para comer, el silencio es abrumador, y cada uno prefiere atender su celular para evitar el contacto con los otros, o entablan alguna conversación pero sólo su papá y su hermana, excluyendo así a Lucía.

La familia de Lucía está constituida por sus padres y tres hijos (Figura 1), ella es la menor, de 18 años, tiene un hermano mayor de 28 años de edad y una hermana de 27.

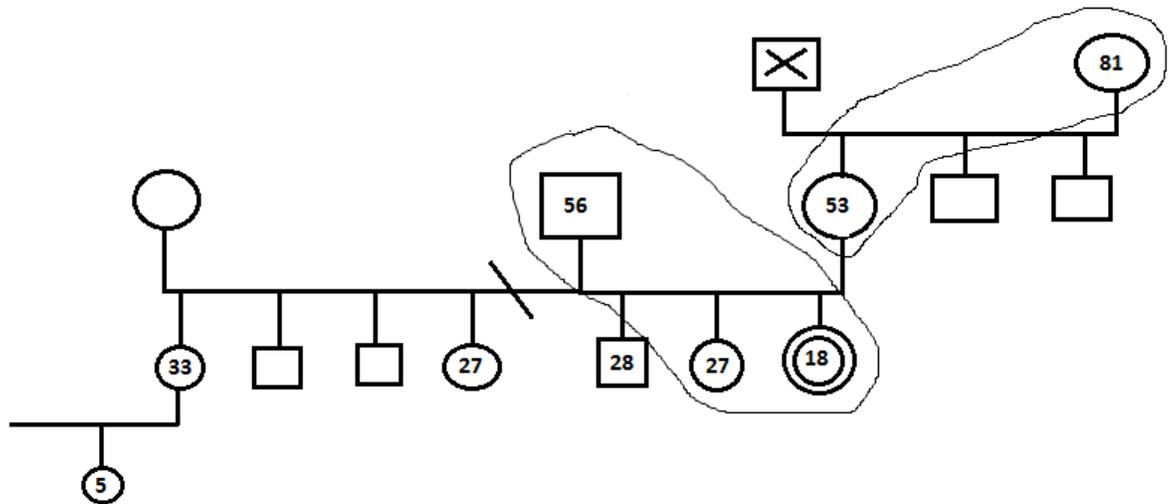


Figura 1. Familiograma de las principales figuras que rodean a Lucía.

Tiene cuatro medios hermanos del primer matrimonio de su papá, toda la familia los ve ocasionalmente, Lucía tiene una relación más o menos cercana con la mayor de esos hijos, pero la limitan los celos que siente porque su papá se ha proclamado *orgulloso* de su nieta, a quien gusta presumir entre sus conocidos, y para quien siempre tiene un obsequio.

Respecto a sus padres, su madre, una mujer ama de casa, abandonó sus estudios y comenzó a trabajar cumplidos los 15 años, hasta que se casó, y espera lo mismo para sus hijos. Tras la muerte de su padre, en septiembre de 2017, se fue a vivir a Puebla, ocasionalmente regresa a la ciudad para asistir a sus citas médicas o algún otro evento como cumpleaños, pero nunca sólo para visitar o procurar a su familia.

El padre de Lucía, entre semana trabaja en la construcción, a veces en la ciudad y otras veces en León, Guanajuato, a donde va frecuentemente; los fines de semana asiste a eventos sociales como acordeonista en un grupo musical, por lo cual, rara vez está en casa.

El hermano de Lucía vive en Canadá desde hace dos años, él era con quien Lucía sentía tener una relación más estrecha, por lo que su partida la vivió como un abandono personal. Se mudó debido a que consiguió trabajo, y a que su preferencia homosexual no era bien recibida por la madre, que lo catalogaba como algo “de/

diablo” (sic.) por lo que buscó alejarse, con poca frecuencia se comunica con Lucía vía mensajes de texto, se preocupa por su bienestar y la anima a separarse de su mamá, buscar su autonomía y continuar estudiando; la anima a distanciarse de su madre argumentando que él ya pasó por eso, y sabe que su mamá puede ser abrasiva e impositora, por lo que es mejor hacer ellos mismos un corte y seguir sus propios deseos.

La hermana de Lucía se fue de casa cuando tenía 16 años, la razón que la motivó a hacerlo fue el hecho de que su mamá no la dejaba salir de casa, por ende prefirió buscar su independencia.

Estuvo fuera seis años y regresó, siguió lo dictado por la madre, esto es, dejar la escuela y buscar trabajo, después se arrepintió, y aunque sigue trabajando, también está terminando una carrera; además de estas actividades, realiza otras que la mantienen fuera de casa la mayor parte del tiempo, aun viviendo en la misma casa que Lucía, rara vez la ve, menos aún habla con ella.

Respecto a su historia prenatal, Lucía desconoce cómo fue el embarazo de su mamá, le han hablado poco de ello, por alguna razón, no se menciona en casa. Lo que sí sabe es que su madre tenía recomendado no volverse a embarazar, tenía quistes en los ovarios, lo cual hacía riesgoso un nuevo embarazo, aun así, sus padres decidieron tener un tercer hijo.

Le han contado que su mamá comenzó a sentir las contracciones y no acudió de inmediato al médico, sino hasta que llegó su esposo y él la llevó, la regañó por no atenderse y preferir hacer las labores del hogar; al nacer, debido a que habían pasado ya bastantes horas desde que comenzaron las contracciones, las primeras palabras del médico hacia su mamá fueron *“por poco se nos muere esta niña”* (sic.).

Esta leyenda la ha marcado en distintos momentos de su vida, lo dijo, por ejemplo, cuando se ahogó al ser amamantada por su madre, y ella no lo notaba, al llevarla al médico le dijo lo mismo, que *por poco se muere esa niña*. En otra ocasión, pasados unos meses desde que se había ahogado al ser alimentada, su madre la dejó acostada en la cama para ir a lavar la ropa, y una tabla le cayó en la cabeza, y

aunque no recibió las mismas palabras del médico, Lucía reconoce que estuvo en riesgo en varias ocasiones.

A los pocos días del nacimiento de Lucía su padre se fue a vivir a Estados Unidos, así que la madre estuvo encargada de la crianza de sus hijos, él estuvo allá cinco años, durante este tiempo la familia radicó en Puebla, aunque Lucía recuerda haber hablado por teléfono con su padre, para ella era sólo una voz, tanto que a su regreso fue un completo desconocido a quien le tenía miedo.

Durante estos primeros años, recuerda que durmió en la misma cama de su madre, e incluso un año más, cuando regresó su papá, compartía la cama con ambos.

En sus primeros años de desarrollo, sufrió constantes accidentes y caídas, algunos graves, en los que se sangraba o dejaba alguna marca, pero nunca suficientes para ir al hospital, de acuerdo al juicio de su madre, a quien le parecían golpes mínimos.

Cuando regresó el padre, difería en los métodos de crianza que había implementado la madre en su ausencia, entonces prefirió mantenerse fuera de las decisiones o las reglas del hogar, acordaron que todo lo concerniente a la educación de sus hijos estaría a cargo de la señora, por lo que ante un problema él se limitaba a escuchar y observar, actitud que mantiene a la fecha.

Debido a la discrepancia entre los padres, en la familia de Lucía se formaron dos alianzas, una entre los hijos mayores y su padre, y otra con Lucía y su mamá, quien gusta de hacer comentarios despectivos del padre a Lucía, decirle que es algo semejante a un *diablo*, y a quien no debe hacerle caso. La señora habla así no sólo del papá de Lucía, sino también de sus hermanos, los cataloga como "*rebeldes*" (sic.) por ya no obedecerla y "*contestarle*" (sic.) cuando les dice algo desagradable para ellos, e insta a Lucía a no ser como ellos, no contestarle y sí hacerle caso en todo.

Con el regreso de su padre a la Ciudad de México, toda la familia se mudó también con él, desde entonces han vivido ahí, en una casa en renta. La dificultad

para relacionarse padre e hija se mantiene hasta la fecha, Lucía se siente incómoda en su presencia y si están juntos permanecen buena parte del tiempo en silencio.

Han encontrado en la música un gusto mutuo y disfrutan de ir a conciertos, sin embargo, no lo hacen con tanta frecuencia ya que la mamá de Lucía considera que son “*lujos innecesarios*” (sic.).

De su infancia recuerda poco, como si por alguna razón fuera mejor olvidarla, recuerda que jugaba siempre sola ya que sus hermanos jugaban sólo entre ellos, y debía hacerlo cuidando de no ensuciarse, de lo contrario, recibía un castigo, además, debía hacerlo dentro de la casa, y el único espacio que encontraba para jugar era el piso del baño; aunque hubiera niños jugando afuera, su mamá se encerraba con Lucía y no la dejaba salir, ella sólo veía a los otros niños a través de la ventana, como si esa diversión estuviese prohibida para ella.

Sólo recuerda un juego junto a su mamá en el que la señora le daba puñetazos y animaba a Lucía a defenderse, ella salía corriendo para evitar que le diera más, no se sentía capaz de poder devolverle uno de esos golpes; todo esto ocurría ante la mirada silenciosa de su padre, quien no hacía algo para evitarlo o intervenir de alguna manera.

Lucía recuerda que su mamá la golpeaba cuando algo no le parecía, le daba bofetadas para que cambiara su comportamiento, manotazos cuando se ensuciaba, o palmadas en alguna parte de su cuerpo como indicación para que se callara y no diera su opinión.

Además, no pudo elegir qué ropa usar hasta después de sus 15 años, anteriormente su mamá elegía la ropa que Lucía debía usar, siempre eran prendas más grandes de su talla y que no iban de acuerdo con los gustos de Lucía, lo que la hizo pensar que su mamá no la conocía.

Si bien Lucía se siente apegada a su madre, cree que no se conocen realmente, son pocas las ocasiones en que su madre escucha a su hija, y ella tampoco intenta contarle algo porque sabe que será criticada y regañada aunque no haya tenido la culpa.

La relación entre ellas dos parece tan estrecha que su madre la culparía si se enferma, la señora tiene la idea de que si está bien es gracias a Lucía, y si enferma o muere, será también producto directo de su hija por desobedecer sus reglas, y la chantajea con ello.

La mamá de Lucía es muy devota a la religión católica, cada domingo asiste a misa, y anteriormente llevaba consigo a Lucía, aun contra su voluntad, argumentaba que de no ir, sería castigada por dios, o en grado máximo la señora podría sufrir las consecuencias; Lucía dejó de acudir, enfrentando el enojo de su madre, pero fue respaldada por sus hermanos, con quienes la señora había intentado lo mismo años antes.

Entre los 12 y 13 años Lucía cortaba sus brazos y piernas con navajas, vidrios o algún objeto punzocortante que tuviese a la mano, la razón que ella recuerda es por no ser la *hija perfecta* que quisiera su mamá, un día simplemente dejó de hacerlo, mientras tanto, nadie de su familia se dio cuenta, aun cuando ella recuerda dejar rastros de sangre en el piso del baño; tiempo después, al ver las cicatrices, le preguntaron qué había pasado, y se quedaron tranquilos al saber que Lucía simplemente se había caído.

Lucía es delgada y de baja estatura, es de tez morena y tiene el cabello corto, a la altura de los hombros, ha crecido con la idea arraigada de su madre de que no es bonita, que no se ve bien si intenta maquillarse o cortarse el cabello, esto último Lucía lo tuvo prohibido porque, a decir de la señora, las mujeres deben usar el cabello largo, quieran o no, cuando Lucía decidió cortarlo fue duramente criticada y comparada con la larga cabellera de su hermana que sí la hacía verse bien.

Lucía no se siente a gusto con ninguna parte de su cuerpo, frente al espejo mira su reflejo como el de una persona vieja y arrugada; recibe de su madre comentarios que la denigran comparándola con su hermana o con una prima, quienes para la señora sí son bonitas y tienen buen cuerpo.

Lucía mantiene una relación de noviazgo desde hace 4 años, y aunque se llevan bien, ella frecuentemente se denigra preguntándose por cuál razón este chico

decidió ser su novio si ella es tan *poca cosa*. La idea se refuerza con comentarios de la mamá de Lucía que le dice que él debería buscarse a una mejor novia, alguien diferente a ella, que no sea “*débil*” (sic.), como considera a Lucía.

Frente a desconocidos Lucía no puede entablar una plática, ni hablar con otros por temor a interrumpirlos o molestarlos, si lo hace, constantemente piensa en todo lo que juzgarán de ella, ya sea su tono de voz, su fealdad, su lenguaje... Lo cual concuerda con los comentarios que efectivamente recibía de su madre. Busca no ser notada, estar en silencio, no llamar la atención, recuerda a su madre cuando le decía que eso lo hacían las *niñas presumidas*, por esta razón no debe ser engreída frente a los demás.

A lo largo de sus años escolares, Lucía ha tenido pocos amigos, generalmente entabla amistad con féminas que la mandan, la denigran, se burlan de ella y abusan de sus favores.

Desde que ingresó al preescolar ha sufrido de acoso por parte de sus compañeros, desde el incidente en que *casi se muere* al estar siendo amamantada, no puede ingerir la leche, por lo que cuando le daban leche en el jardín de niños, la vomitaba, lo cual la hizo objeto de burlas y rechazos por sus compañeros, al comentarlo con su madre, no hizo algo para cambiar la situación, solo le pidió que *se aguantara*.

A partir de ese evento, ha sufrido de burlas por parte de sus compañeros, pero ante su postura silenciosa, nadie hace algo para cambiarlo; incluso uno de los motivos que la hizo ir a sesión fue la relación que mantenía con su última amiga, quien poco a poco la instó a dejar de acudir a clases hasta perder el semestre completo, Lucía obedecía por temor a perder esa única amistad.

Es una constante el pensar que se va a equivocar y no va a poder resolver algo, ni alcanzar algún triunfo, ve imposible poder terminar su bachillerato, se siente la peor de la clase y no cree ser buena en algo; aspectos que también los respalda su madre al decirle que no podrá terminar la prepa tal y como sus hermanos, pues

ellos sí tienen la capacidad, argumenta la señora que sería mejor abandonar la escuela y comenzar a trabajar.

Si se equivoca en alguna cosa, lo vive como fracaso y se enfoca en éste al grado de serle imposible admitir que ha hecho algo bien en su vida; cree que únicamente puede aspirar a ser segundo lugar, ya sea como prioridad de sus papás, o incluso para sus hermanos, siempre habrá alguien mejor que ella.

Capítulo 6. Discusión

Con base en el supuesto que surgió a partir de conocer la historia de Lucía, esto es: *La carencia narcisista, un ambiente familiar hostil y la violencia materna han provocado en Lucía un estado melancólico*, la discusión versará sobre los siguientes temas: 1. *Sobre un ambiente familiar hostil, y la carencia narcisista*; 2. *Sobre un ambiente familiar hostil, y un estado melancólico*; 3. *Sobre una madre violenta, y la carencia narcisista*; y, 4. *Sobre una madre violenta, y un estado melancólico*. Los cuales, si bien aparecen en apartados diferentes, al leerlos podemos notar que van de la mano, y más que ser diferentes, se complementan.

6.1 Sobre un ambiente familiar hostil, y la carencia narcisista

El narcisismo es la conducta por la cual una persona mira a su cuerpo, lo contempla y lo mimosa, tal y como a un objeto sexual, siempre en busca de la pulsión de autoconservación, dicha conducta es fomentada en buena medida por los padres, quienes dotan a sus hijos con una idea de grandeza, simplemente por ser ellos mismos (Freud, 1914).

En el caso de Lucía, su madre con sus palabras, así como el resto de su familia con su anulación, no la nutrieron con esa idea de grandeza, sino que, le devolvieron la idea de no ser suficiente, por lo que Lucía no podía contemplarse como a un objeto sexual ya que ella no había sido uno para sus padres.

Al ver su cuerpo no podía hacer otra cosa que juzgarlo y coincidir con su mamá cuando le decía que no era bella, ya que de su madre no había recibido una mirada de perfección y placer hacia su cuerpo, Lucía ahora hacía lo mismo al mirarse en un espejo, pues no hallaba algo en ella que la complaciera.

Aunado a esto, el narcisismo de los padres vuelve a nacer con sus hijos, por ello, los dotan de sus deseos frustrados, los hijos harán lo que sus padres no pudieron lograr, por ejemplo, la hija tendrá la enmienda de casarse con un príncipe como el deseo añorado por su madre (Freud, 1914), no obstante, el hijo debe diferenciarse del deseo materno y construir él mismo su narcisismo (Hornstein, 2000).

Para Lucía la realidad es otra, las palabras de su madre “*ya deberías salirte de la escuela y ponerte a trabajar*” (sic.) no anuncian un mejor futuro para ella, sino la enmienda de seguir los pasos de su madre, no tiene acceso a merecer algo más, se debe limitar a abandonar sus estudios y buscar un empleo, así como lo hizo su madre desde los quince años.

Al no verse investida por el deseo materno, Lucía tampoco logra ir creando su propio narcisismo, si bien su mamá nunca lo dijo, parece que Lucía no fue producto de un *deseo de hijo*; por ejemplo, un día al estar mirando un programa de televisión que narraba la historia de una pareja que había tenido una hija no deseada por la madre y esta decide dejarla al cuidado de su esposo, el ambiente en casa se puso tenso, la mamá de Lucía reaccionó con una risa al ver el programa y ver a su hija ahí, lo que le hizo pensar a Lucía que ella tampoco había sido deseada, e incluso imaginó su vida si solo estuviera con su papá, y aunque podría ser un buen destino, porque él le parece “*más comprensivo*” (sic.), esa sensación fue superada por el dolor al pensar que no había sido deseada por su madre.

Por otra parte, el ideal del yo se forma con base en lo esperado por los padres, de ahí que los hijos luchen por intentar conseguirlo, recibir el amor de los padres al cumplir con los ideales que hayan depositado en ellos; en este sentido, Lucía se debate entre ser eso que espera su madre de ella, o “*rebelarse*” (sic.) como sus hermanos y seguir su propio ideal, pero es tan ansiado obtener el amor materno que puede ir contra sus ideales, por ejemplo, no terminar la preparatoria para alcanzar el ideal impuesto por su mamá.

Sin embargo, debo apelar a lo que Winnicott (1965) menciona, él cree que vivir bajo la máscara de un falso self, puede dar tal rigidez a la persona que le sea imposible crecer durante su etapa académica.

Hablando de la situación de Lucía, este quizá representó un obstáculo multiplicado por dos, al verse sobrepasada por una máscara que no se podía quitar por protección; lo cual, puede ayudarnos a entender su situación académica y el temor al deber ser impuesto por el falso self “*en clase, no me puedo concentrar...*”

siento que mi cabeza va a explotar... todo el tiempo tengo miedo que me vayan a preguntar algo y no sepa la respuesta” (sic.).

Cuando su madre le enseña a cocinar, le advierte que será ama de casa como ella, y no tiene otra tarea que atender a su futuro esposo, de la misma manera que la señora ha atendido al papá de Lucía todos estos años, aunque ya no quiera hacerlo.

Queda claro que el deseo de su madre impuesto sobre Lucía es ser como ella y no aspirar a nada más, al no haber sido vista como alguien digna de alcanzar la perfección, ha crecido con la creencia de no haber ideal que Lucía pueda alcanzar, lo cual le genera una culpa tan intensa que oprime su yo, pero que deja ver cierta rivalidad entre su madre y otra mujer, Lucía.

Retomando, el narcisismo es producto de la historia de la persona, de las identificaciones de su primera infancia y los vínculos que haga con su familia, al que se le se suman sus logros y sus proyectos (Hornstein, 2000).

Dada la historia de Lucía, tras su nacimiento su padre se muda a los Estados Unidos, por lo que ese vínculo simplemente no pudo enlazarse, cuando su padre regresó, Lucía tenía miedo de él.

Por otro lado, sus hermanos preferían jugar entre ellos, dejando así a Lucía sola junto a su madre, quien le ha dejado claro que no podrá alcanzar más logros que a los que la señora aspiró, y que si algo hace bien será gracias a la señora, de esta manera, Lucía no pudo nutrir su narcisismo secundario, pues no hubo medios de los cuales poder fortalecer su narcisismo primario que debía partir de sus padres.

Al inicio, nuestro cuerpo es suficiente para gratificarnos, por lo que nutrimos nuestro narcisismo primario, al ir interactuando con otros, depositamos en los objetos parte de esa libido, inicialmente con nuestros cuidadores, más tarde con otros familiares y amigos al ingresar al sistema educativo, se espera que estos objetos devuelvan placer narcisista al yo, esto es el narcisismo secundario (Freud, 1914).

En el caso de Lucía, al tener como único objeto primario a su madre, a ese objeto dirigió toda su investidura narcisista, al grado de dejar vacío su reservorio yoico, el problema se acrecentó cuando su madre no pudo devolverle esta investidura, no daba seguridad ni protección, dejando vacío el yo de su hija, y vacía también su estima.

Más tarde, al interactuar con otros objetos, la historia fue la misma, ninguno logró devolverle la investidura narcisista que necesitaba Lucía, primero su padre corta toda relación y se limita a ser un observador, luego, al ingresar al sistema educativo, lo que recibe son burlas, discriminación y humillación por parte de sus compañeros, por lo que su yo seguía desnutrido.

En palabras de Hornstein (2000), se trataría de un *narcisismo negativo*, uno que ha quedado en manos de la libido objetal, por lo que hay un vacío psíquico y una tendencia hacia la pulsión de muerte.

Al conocer a Lucía es notoria su pobreza yoica, se ve invadida por una sensación de no merecer algo mejor, de creerse inferior, pensar que siempre habrá alguien mejor que ella, que solo es digna de alcanzar un segundo lugar, o que incluso terminar la preparatoria “*sería algo mágico*”(sic.), algo inimaginable, algo de lo que no es capaz.

Teniendo como base a Denis (2016) quien habla de un buen narcisismo, Lucía no es portadora de ello, ya que no hay muestras de exaltación o alegría por sus logros, se siente indigna de merecer algo, señala sus errores, y cree que se equivocará en todo lo que intente, esto como reflejo también del vínculo inseguro que mantuvo con su madre, y no conoce otra forma de ser que la que ella le ha impuesto.

Lucía estaba *herida* en su narcisismo, como lo dice Hornstein (2000), su autoestima estaba vulnerable, maximizaba sus fracasos y dependía del reconocimiento de los demás, no podía estar sola porque lo vivía como algo devastador, pensando únicamente en la posibilidad de que hubiera un sismo y ella muriera aplastada en los escombros.

Tras las heridas narcisistas, es frecuente que se sienta vergüenza ante la mirada de los demás, así como una culpa producto de reproches del superyó al yo (Denis, 2016).

Lucía no toleraba ni la mirada de su terapeuta al inicio del tratamiento, se presentó a sesión llena de culpa y desesperación, no quería hablar con nadie por pensar que la juzgarían, tenía miedo de salir porque los otros se darían cuenta de sus fallas, y claro, se culpaba por su situación, se reprochaba el estar sola, adjudicando que era por ella que su madre se había ido.

Lucía no sólo no podía mirar a su terapeuta, o permitir que la mirara a los ojos, tampoco podía comunicarse, mencionó que su mamá la frenaba cuando intentaba hablar o dar su opinión *“mi mamá me daba golpecitos en la pierna o en las manos... así como palmadas, pero era para que me callara, no quería que yo hablara... si empezaba a hablar, me tocaba así mi pierna para que dejara de hablar”* (sic.).

Al respecto dice Adrián Lara (2015) que quitarle la voz a alguien es lo mismo que denigrarla y anularla, volverla invisible y atentar contra su constitución yoica, esto es característico de familias hostiles, en las que se le quita la presencia a sus miembros, y a modo de castración, se les niega la posibilidad de manifestarse.

De esta manera, Lucía temía expresarse, pues había aprendido de su madre a no hacerlo, la habían anulado y ahora le era imposible expresarse en el consultorio o en cualquier otro espacio.

Lucía tenía un superyó severo, muy estricto, tanto, que enjuiciaba lastimosamente al yo por no cumplir con sus ideales, de ahí que se sintiera culpable todo el tiempo por no cumplir con lo que el superyó le dictaba, por no sentir que era suficiente según la mirada de su superyó; en tanto que su yo permanecía temeroso todo el tiempo ante la posibilidad de perder su amor; entre más severo es un superyó, más disminuirá su autoestima (Hornstein, 2000).

Por ende, no es de sorprender la poca estima que Lucía se tenía, ya que sus ideales le parecían inalcanzables, y en esta búsqueda del ideal, no obtenía más

resultados que empobrecer su yo debido a que no sentía que cumpliera con ese ideal.

La historia de Lucía está marcada por varias pérdidas, ausencias y abandonos de sus objetos principales, desde su nacimiento fue abandonada por el padre, con quien desde entonces no logró formar un vínculo, a su regreso de Estados Unidos sus hijos mayores se alían con él y dejan a Lucía sola con su madre, años después, se van de casa, dejando nuevamente a Lucía sola con su madre; finalmente, la pérdida que la vino a perderse ella misma fue el abandono de su madre para ir a Puebla a cuidar de otro, dándole la sensación de que hay alguien más importante que ella, hiriendo de esta manera su narcisismo (Morel, 2012).

Lucía había investido tan narcisísticamente a su madre, que al perderla, perdió también parte de su narcisismo.

Haciendo un recuento, se va su hermano a Canadá, que era con quien ella había tenido una relación más cercana, su mamá se muda a Puebla, que es con quien había estado apegada todos estos años, y se queda sola con su padre y hermana, dos personas que la anulan completamente, y quienes prefieren estar lejos de casa que con ella, dicho así, ¿cómo no esperar que Lucía estuviera herida si se había quedado vacía?

Lucía no había podido desarrollar un yo fortalecido, pues había carecido de bases suficientes por parte de sus padres, la permanente denigración a la que la tenía sometida su mamá no hacían más que enseñarle a Lucía la poca valía que podía tener, y dudar de sus posibilidades.

Todas estas pérdidas Denis (2016) las cataloga como *heridas narcisistas*, ya que sus ausencias quedan como fantasmas que oprimen al yo, dejándolo vacío narcisísticamente; lo cual posteriormente desencadenará un estado melancólico que vendrá a rebajar su yo.

Por ende, las constantes pérdidas de Lucía la llevaron a vivir un estado melancólico, ya que por un largo tiempo se había sentido abatida y desesperada, y

las pérdidas las sintió como una bola de nieve que arrastra y absorbe al yo (Leader, 2008).

Lucía considera que un evento significativo en su desarrollo fue el ver a su familia como eran realmente, hasta antes de su adolescencia, consideraba que su familia era “*perfecta*” (sic.) y que lo que hacían sus padres estaba bien, sin embargo, al conocer a otras familias se dio cuenta que había familias mejores que la de ella, familias en las que los padres parecían unidos, en las que los hermanos convivían todos juntos, etc.

Esta fue una herida con la que Lucía no pudo lidiar, pues tuvo que perder la imagen que tenía de su familia idealizada, y como pérdida, hubo dolor por ello, le vino a cambiar la percepción que tenía de su familia y de sí misma al grado de no poder aceptarlos como eran en la realidad.

Una de las principales heridas narcisistas es la pérdida de los objetos que se amaron en la infancia, pero que fueron tan idealizados que resulta imposible reencontrarlos (Hornstein, 2000), Lucía justamente, no podía reencontrar a esa familia “*perfecta*” (sic.) de su infancia.

Para sofocar dichas heridas, Lucía intentó representarlas en su cuerpo, y mediar con ello todo el dolor de que era presa, para algunos adolescentes cortar brazos y piernas les alivia un poco de su angustia insoportable (Kuras de Mauer y May, 2015). Lucía comenzó a practicar el cutting, y aunque no recuerda si la aliviaba, sí recuerda que para ella era algo “*malo*” (sic.), pero que al final, la aliviaba.

No obstante, lo siguió haciendo algún tiempo, hería su cuerpo, ese que había estado en contacto con su madre pero le recordaba las carencias narcisistas de que había sido objeto, no era un cuerpo autoerótico, sino insatisfactorio; lo miraba, y contemplaba la fealdad de la que le hablaba su madre, para quien siempre había alguien más bella que ella, y no solo su madre, sus compañeras también señalaban su cuerpo como una constante carencia, así que Lucía no tenía más que creerlo, ya que no había recibido una mirada que le reflejara lo bella que podía ser.

El tener un cuerpo que no la satisfacía oprimía su yo, por ende, la estima de sí de Lucía se veía rebajada debido a que el cuerpo ideal que le había impuesto su madre era difícil de alcanzar, para ser bella debía ser como su hermana *“me da risa porque mi mamá siempre quiere que me compre talla grande (de ropa), y dice que mi hermana es talla chica, cuando yo la veo, y está más grande que yo”* (sic.).

Años después, estando en sesión, su cuerpo volvió a ser depositario de toda la rabia que la invadía, se dejaba rasguñar y marcar por su gato como señal de la poca cosa que era, se decía que no servía ni para mantener a alguien junto a ella.

Devaluar su cuerpo, además de rebajar la estima de sí, va de la mano con un tinte melancólico que envolvía a Lucía, así como dice Leader (2008), que para una persona melancólica alguna parte de su cuerpo, o su cuerpo en sí mismo, está mal, es feo y desagradable, así Lucía se reprochaba por el cuerpo que tenía, por su voz *“chillona como la de un ratón”* (sic.), sus ojos chiquitos y que necesita usar lentes, estar *“plana”* (sic.), su cuerpo delgado y ser *“chaparra”* (sic.), etc.

No le quedaba más remedio que pensar que los hoyuelos de sus mejillas eran la única parte digna de ver en ella.

Y en medio de tantas heridas y fallas en su sostén narcisista, Lucía no tuvo más remedio que protegerse y esconderse de ese ambiente hostil, para ello, desencadenó lo que Winnicott llamó *falso self*, una máscara que cubre al verdadero self como protección de un ambiente que carece del sostén necesario para su desarrollo (Bareiro, 2011).

Debido a que Lucía no sentía que estuviesen cubiertas sus necesidades por su madre, se protegió y se relacionó a través de un falso self *“si me pongo a pensar, no sé qué habrá hecho mi mamá... diría que sólo cumplió con la comida, darme de comer nunca faltó... pero nada más, así de estar conmigo o hacer lo que se dice... lo que hace una mamá, pues no...”* (sic.).

6.2 Sobre un ambiente familiar hostil, y un estado melancólico

En lo que respecta a un ambiente familiar hostil, recordemos que es en la familia donde se forjan las bases de lo que más adelante será la persona en sí misma, ahí

aprenden a relacionarse con sus propios familiares y con el medio social en general, si las bases del sistema familiar son endeble, endeble será también cada uno de sus miembros.

De la familia de Lucía se conoce la fragilidad que tiene cada uno de sus miembros, sus integrantes buscan la manera de abandonar el hogar, dando la impresión de estar mejor fuera que dentro del sistema familiar.

Hablando de los padres, si sólo se siguen las reglas de uno de ellos, hará que el otro cónyuge desee deshacer el sistema familiar (Minuchin y Fishman, 1993), y aunque el papá de Lucía no lo había verbalizado, su constante ausencia de casa, así como el ignorar a su esposa, hacen pensar que en realidad deseaba deshacer esa familia, de la cual solo era un observador, *“ahí ya no hay amor, yo no sé por qué no se separan”* (sic.) es lo que decía Lucía al ver la relación de sus padres.

Sin embargo, para su madre, criada con métodos tradicionales, era impensable una separación, de hecho, culpaba a Lucía por no hacerlo, diciéndole que debido a ella sus padres no podían separarse por tener que cuidarla; y Lucía no hacía otra cosa que culparse por la decisión de sus padres que no le competía a ella, y pensar que eran infelices por culpa suya.

Además de hostil, la familia de Lucía vivía en un ambiente familiar frío, en el que reinaba el aislamiento emocional entre los miembros, no podían interactuar, y de hacerlo era con desconfianza y cautela (Heredia, 2005).

Por ejemplo cuando se sentaban a la mesa, ninguno podía interactuar, reinaba un silencio abrumador, en el que todos preferían mirar sus celulares para evitar hablar entre ellos *“el novio de mi hermana nos vio comer y nos dijo: ¡cuánto hablan! porque mi hermana estaba sentada, y yo enfrente, pero las dos estábamos en silencio, cada una con su celular... es que no sé de qué hablar con ellos (se refiere a su papá y su hermana), mientras comemos estoy pensando qué puedo decir que sea interesante, para que no estemos en silencio, pero mientras lo pienso ellos terminan, se levantan y se van”* (sic.).

De la historia de los padres de Lucía se sabe poco, sin embargo, la historia de sus abuelos maternos habla de un pasado lleno de carencias en el campo, la mamá de Lucía tenía que cuidar de sus padres y hermanos por el hecho de ser mujer, asimismo, se vio obligada por su padre a abandonar sus estudios y comenzar a trabajar para ayudar al ingreso familiar, pensaba que por ser mujer no necesitaba realizar más estudios que la educación básica y que su futuro se reducía a ser ama de casa, “*mi mamá tuvo un pasado muy difícil... fue educada a la antigua*” (sic.), le justifica así su comportamiento aunque haya sido negativo para ella, como dice Heredia (2005).

Por otro lado, dice Hornstein (2000) y, Bedoya y Giraldo (2010), que un hijo hereda los modos parentales no solo de sus padres, sino también de los padres hacia sus propios padres, de tal manera que si los padres vivieron en un ambiente familiar violento, es probable que lo reproduzcan en sus hijos, es una situación transgeneracional, de ahí que podamos entender cómo la madre de Lucía repetía en su hija el obligarla a trabajar, privarla de sus estudios, no esperar otro futuro para su hija que el que ella tuvo como ama de casa, y ser “*enérgica*” (sic.) repitiendo la relación que ella misma tuvo con su madre.

De esta manera, parece que el destino de Lucía estuvo escrito desde antes de su nacimiento, como la *sombra hablada*. La relación que la madre de Lucía esperaba tener con su hija, puede ser el reflejo de la historia simbiótica que ella misma tuvo con su madre, garantiza perpetuar y negar la separación de Lucía, desde ya le ha anunciado que su futuro será ver por la señora cuando tenga una edad avanzada, será tarea de Lucía “*acercarle un vaso de agua*” (sic.), y Lucía cree no tener más remedio que acatar ésta y cada una de las imposiciones que le dicta su madre.

Lucía llega a una familia que tiene un pasado muy marcado, y más que esperar la unión de sus padres para enfrentar la crianza del nuevo bebé, ellos se dividieron y opusieron uno contra el otro, dividiendo también a los hijos entre uno y otro frente.

Estos padres no fomentaron una unión entre sus hijos, sino que los dividieron para triunfar frente al otro cónyuge, la mamá de Lucía fomentaba esta rivalidad diciendo que su esposo “*era malo, casi como el diablo*” (sic.) intentando oponer a Lucía hacia su padre.

La mamá de Lucía fomentaba también la rivalidad hacia sus otros hijos, al llamarlos “*rebeldes*” (sic.) o, en caso contrario, hablar de ellos como que “*sí son capaces*” (sic.) o simplemente son mejores que Lucía. Mientras tanto, el padre admiraba a sus hijos mayores, producto de su primer matrimonio, de quienes se sentía orgulloso y presumía incluso frente a Lucía, a diferencia de ella, a quien no le había devuelto unas palabras de reconocimiento u orgullo.

A pesar de que los hermanos pueden jugar un papel fundante del desarrollo (Kancyper, 2002), para Lucía, ellos tampoco le devolvieron la mirada de grandeza que le había faltado de su madre, ni dieron el sostén del que la privaron los padres, son “*poco motivantes*” (sic.) dice Lucía; en caso contrario, ellos también se fueron del hogar dejándola sola.

Los niños aprenden a relacionarse en el ámbito social a partir de la relación que establezcan con sus hermanos, aprenden cómo hacer amigos para luego desenvolverse en el ámbito educativo (Minuchin y Fishman, 1993; Moguillansky, 2003).

Lo que Lucía aprendió fue a estar callada, saberse aislada, creer que sería segundo lugar en todo, y la idea de que hay alguien mejor que ella, de ahí que las relaciones que establecía con pares eran siempre violentas, era común que otras niñas abusaran de sus favores, la sobajaran y se burlaran de ella, lo cual da cuenta no sólo de la relación que mantuvo con sus hermanos, sino también del repetir la historia que había tenido con su madre.

Es decir, Lucía trasladó el ambiente que aprendió en casa hacia el exterior, a ser sobajada por una mujer, de quien permite sus ataques a cambio de obtener su amor o compañía, y a aislarse del resto, así como lo hizo de sus hermanos y padre.

Además, Janin (2009) enlistó los efectos en los hijos que viven en un ambiente hostil, uno de ellos es la repetición de la violencia, esto es, la tendencia de estos niños a buscar otro agresor que haga lo que su objeto amado hizo en su momento. Así, Lucía se relacionaba siempre con compañeras que intentaban abusar de su silencio, hacía cosas que no quería, o permitía sus burlas, todo por temor a perder la amistad que creía tener:

“en primaria tenía una amiga, pero como su papá era rico o no sé qué, siempre se burlaba de mí, de mi uniforme... las niñas con las que jugaba se burlaban de mí por mis zapatos, como eran los que vendían en el pueblo, se reían que eran de pueblo... una vez estábamos jugando en las escaleras, y me empujó, casi me caigo por los escalones...” (sic.).

A este respecto, cuando perdemos a un objeto libidinizado, es común que busquemos reemplazarlo con otro, o que adoptemos ciertos comportamientos como propios para intentar anular su ausencia y nos mantengamos atrapados en su imagen (Leader, 2008).

De esta manera, Lucía reproducía todos los sobajamientos que le decía su madre creyéndoselos y adoptándolos como propios, diciendo cosas como que no va a conseguir nada en la vida, que no podrá terminar la preparatoria, o que es fea, entre otras; es decir, repetía todo lo que su madre le decía, incluso conseguía amigas que le dijeran las mismas denigraciones que su madre, sus relaciones siempre incluían a mujeres que se burlaran o abusaran de ella, que se sentían *“reinas con esclavos”* (sic.) como también describía a su madre.

Y aunque lo mencionó hasta llegar a sesión, anteriormente no se había dado cuenta del maltrato que sufría por parte de sus amigos y familiares, como dice Janin (2009), cuesta reconocer cuando el maltrato viene por parte de personas investidas libidinalmente.

Piera Aulagnier diferenció entre dos tipos de violencia por parte de la madre hacia su bebé, mientras la *violencia primaria* es estructurante para el yo del niño, la

violencia secundaria no es benéfica, en caso contrario, es perjudicial por tratarse de una intromisión en el yo del nuevo ser.

Ésta última pasa desapercibida por las víctimas, quienes la llegan a confundir con la violencia primaria y la desconocen como violencia por provenir de su objeto de amor (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

A Lucía le era difícil reconocer estos actos de violencia por parte de su madre, no era consciente de los abusos que sufría, y no sólo de ella, sino también la repetición con sus amigos, de quienes lo permitía bajo la ilusión de seguir teniendo su amor o su amistad:

“cuando mi amiga iba por mí, me decía que no entraríamos (a clase), y aunque yo sí quería entrar, no le decía nada... siempre me quedaba callada” (sic.)

“venir aquí (a sesión) me marea porque es una realidad muy dura, sé que es verdad, pero siento que es muy duro darme cuenta de lo que me hacía mi mamá” (sic.).

Dice Janin (2009) que cuando una persona fue maltratada, su cuerpo es ahora un cuerpo doliente, un cuerpo devaluado, como un monstruo a destruir. Es claro que Lucía no amaba su cuerpo, pues tampoco fue amado y contemplado por su madre, de ahí que ella misma lo viera feo, con deseos de destrucción, y del que todos pueden abusar:

“recuerdo un día en el kínder, todas las niñas estaban jugando a pintarse, y yo quise jugar... todas comenzaron a pintarme la cara, mi falda, pero así feo... no le dije a la maestra ni a nadie, solo me tapé la cara” (sic.).

Parece que la llegada de un nuevo hermano pudo haber sido bien vista por los hermanos mayores, sin embargo, los padres se encargaron de dividir una posible alianza, al menos es lo que parece ya que de su infancia se habla poco, como si sólo se hablara de las cosas que casi la matan.

Por ejemplo, de las pocas fotos que hay de la infancia de Lucía, con nostalgia habla de una en la que sus hermanos la cargaban, cada uno sentado a su lado,

dando una sensación de cobijo y hasta de guía; no obstante, las cosas cambiaron, y sus hermanos vieron en Lucía una aliada de su madre, y no de su padre, por lo que la debían mantener alejada, la colocaron en la posición de rival, junto a su madre.

En lo que concierne al padre de Lucía, es menester recordar que los padres tienen un papel fundante en el desarrollo de sus hijos, tienen la tarea de marcar la separación de la relación madre-hijo, al imponer su ley les deja claro a ambos que son independientes, lo cual le sirve también a él para acercarse a su hijo (Moguillansky, 2003).

Sin embargo, el padre de Lucía decidió no hacer ese corte, prefirió mantenerse alejado de la crianza y dejar todo en manos de su esposa, con lo que se anuló él mismo *“fue como lavarse las manos... ..o como si me dejara un hueco”* (sic.), incluso Lucía ocupó el lugar del padre al dormir junto a su madre los años que él se ausentó para ir a Estados Unidos, la relación estaba más simbiótica que a la espera de un corte cuando regresa el padre, y ese hueco del que habla, no lo pudo llenar ni con su regreso.

Posteriormente, en la adolescencia, cuando es natural que los jóvenes busquen separarse de los padres y borrar toda huella que tengan de una presencia materna o paterna (Janin, 2010), Lucía no podía separarse de su madre, ya que estaba invadida por su presencia materna, y aunque le dolía, no lograba separarse de ella, e incluso se odiaba por ello, como dice Janin (2010).

Desde la relación simbiótica que portagonizó junto a su madre en sus primeros años, tenía tan introyectada a esa figura materna que si se separaban, Lucía quedaría vacía. Lo que ocurrió justamente al irse su madre, y llevarse con ella una parte del yo de Lucía que no había podido dejar de forma independiente desde sus primeros años.

Para Freud (1931), *“el padre, al imponer la ley, da pauta también a que su hija experimente su propia sexualidad”* (p. 240), no así para Lucía quien, al no contar con una figura paterna activa, no tuvo más remedio que seguir lo dictado por su

madre, esto es, tener prohibido ejercer, o incluso hablar de su sexualidad, como si fuese algo malo, “*algo del diablo*” (sic.).

Para introducir al padre en la vida del hijo, es la propia madre quien debe hacer ese espacio y mostrarlo como el otro, pero el padre de Lucía recibía rechazo por parte de su esposa, quien aconsejaba a su hija no hacerle caso, y exponía un escenario en el que él era malo. Incluso frenaba el posible goce que pudiera surgir de una relación entre Lucía y su padre, ambos disfrutaban con la música, sin embargo, la madre de Lucía no la dejaba asistir con él a conciertos por pensar que era “*tirar el dinero a la basura*” (sic.).

Una vez mencionadas las características de la familia de Lucía podemos pensar en esa familia, como una *familia acordeón* (Minuchin y Fishman, 1993), ya que uno de sus progenitores permanece alejado de casa por largos periodos de tiempo, ya fuera su papá tras el nacimiento de Lucía, o en sus constantes idas a León, y más tarde su madre cuando se va a Puebla, estos distanciamientos dejan al otro cónyuge al frente de la crianza, pudiendo ser rechazado a su regreso, tal y como le pasó al padre de Lucía cuando volvió de Estados Unidos.

Y no sólo sus padres, esta familia padece de constantes abandonos, ya que ambos hijos mayores, primero la hermana de Lucía, y después su hermano, partieron de casa, por lo que siempre había un integrante alejado de la familia, un hueco, una falta para los integrantes que se van quedando, dando la sensación de “*soledad*” (sic.), como la misma Lucía lo refiere.

Esto último Minuchin y Fishman (1993) lo denominan *familias con un fantasma*, ya que ante la ausencia de uno de los miembros el sistema familiar se desequilibra, y los miembros que permanecen deben adoptar posturas que intenten remediar la ausencia del integrante que se ha ido.

Por ejemplo, cuando Lucía se queda sola debe hacer las labores que su madre le encomienda desde lejos, y todas giran a suplir su rol de ama de casa, esto incluye que haga comida y alimente a su padre, entre otras labores domésticas; no obstante, lo que más dificultades le generó, fue ser una madre para ella misma, tal

y como le habría gustado que su mamá fuera con ella, aspecto que se abordó en más de una sesión terapéutica.

La partida de uno o más de los integrantes de la familia dejan vacío y frío el núcleo familiar, y da como resultado niños *emocionalmente hambrientos* (Bowlby, 1985), que buscan constantemente la aprobación y reconocimiento que no hubo en casa, pues esa contención y muestras de afecto de las que los privó el miembro que se fue no se pueden llenar con los otros miembros, esto se cumplió con Lucía, quien a la vista parecía desnutrida emocionalmente.

Lo anterior va de la mano con lo que dice Denis (2016) que las personas melancólicas se sienten inferiores, pobres en su valía, casi reducidos a la nada, y con un dolor y una vergüenza constantes que los aplasta, Lucía se decía a sí misma que era poca cosa, que no podía lograr algo, ni siquiera mantener a su familia reunida; estas palabras eran repetidas del discurso que le decía su madre, por lo que no sólo no se había separado de ella, sino que mantenía introyectado el trato hacia ella, con todo y el sobajamiento del que era característica esa relación de madre e hija.

Lucía temía hablar en la mesa frente a su papá o su hermana por temor a que sus comentarios no fuesen bien recibidos, y por temor a ser regañada por su mamá por hablar cuando no se lo pedían, motivo por el cual prefería mantenerse aislada, y en silencio, muestra del ambiente hostil que se vivía en casa.

Bowlby (1985) enlista los motivos que pueden desencadenar un ambiente familiar hostil, entre ellos se encuentran el desempleo o la pobreza, la deserción de alguno de los padres, enfermedad crónica o inestabilidad emocional de alguno de ellos.

Pensando en Lucía, se cumplen estas características, incluso el estado físico y emocional de su madre hacía de ese ambiente algo hostil, la señora tenía varias enfermedades como hipertensión, artritis, obesidad y diabetes, y encontraba la manera para culpar a Lucía si su estado empeoraba, adjudicando su salud a alguna desobediencia de su hija.

De igual manera, Lucía narra que en casa no son bien recibidas las muestras de afecto, cuando ella quería abrazar a sus padres demostrándoles su amor, ellos se alejaban o simplemente la rechazaban con frialdad, como si el contacto entre los cuerpos, más que placentero, fuese desagradable.

Y no sólo para ella, no recuerda haber visto muestras afectuosas de sus padres hacia ninguno de sus hijos, o incluso entre ellos mismos, parecía como si tocar sus cuerpos fuese algo tormentoso más que erótico, como erótico podría ser el tocar el cuerpo de un otro.

Además de hostil, para Lucía, su ambiente familiar era oscuro, describía su estancia en casa con miedo, siempre pensando en que algo fuese a pasar, por ejemplo, que hubiese un sismo por la noche y ella no pudiera salir, pudiendo morir entre los escombros de su casa.

Freud (1919) llamó a un fenómeno de este tipo, *ominoso*, eso terrorífico y que provoca miedo. Si Lucía se encontraba sola en casa, la pasaba con miedo, por las noches:

“cuando ya no había vida” (sic.) le daba miedo el que algo pudiera pasarle, describía su casa como un lugar

“frío, oscuro, silencioso... ..un lugar abandonado, como si ya no viviera nadie ahí desde hace tiempo” (sic).

Lo real que encubre esto terrorífico, es el verdadero abandono, no de su casa, sino de ella misma, tras el abandono de su madre, teme que algo acabe con ella, el verse desprotegida atenta contra su pulsión de vida.

En este sentido, vale la pena mencionar que la mayoría de los sueños que Lucía menciona incluyen zombies que la persiguen, la quieren morder para convertirla en zombie, ella es de las pocas sobrevivientes y siempre corre esperando salvarse; todos estos sueños le provocaban temor, y hablan de un ambiente en el que parece que todos están muertos y quieren acabar con ella, aunque ella lucha por sobrevivir, como si luchara por no dejarse envolver por la pulsión de muerte que la persigue, y que ronda en su familia, como su padre quien

ya sólo “*espera morir*” (sic.) con esas palabras, más que impulsarla a la vida, la arrastran hacia la muerte.

Janin (2009) menciona que aquellos niños que han perdido la esperanza, se dejan envolver por la sensación de estar vivo-muerto, se envuelven en lo siniestro, y es precisamente uno más de los efectos que podemos encontrar en niños que han vivido en un ambiente hostil.

Los sueños de Lucía, por ejemplo:

“tuve un sueño en el que había un contagio zombie, sólo quedábamos pocos sobrevivientes, unos chavos que no conozco me decían que me fuera con ellos... nos íbamos en un carro, pero nos venían persiguiendo zombies que nos querían morder... luego pasábamos a una tienda por provisiones, yo agarré agua y no me acuerdo qué más... después llegábamos a un cuartel donde había científicos que estaban buscando la cura y tenían un refugio... nos ofrecían llevarnos en sus helicópteros pero pedían un tipo de pago... yo no tenía nada, solo un reloj que había agarrado en la tienda, y eso les di...” (sic.).

Este sueño denota la sensación de Lucía de habitar un mundo de muertos, en el que ella misma corre el riesgo de convertirse en uno de ellos, validando esa confusión de estar vivo-muerto de la que hablaba Janin (2009).

Janin también habla de la esperanza que puede albergar en los hijos que han perdido la batalla, y esa esperanza la refleja Lucía al representar a su terapeuta como un *científico* que tiene la cura, hay otros jóvenes que ella no conoce, pero también van con los científicos, tal y como otros pacientes acuden a terapia en la misma clínica que Lucía, todos ellos buscan ayuda de los científicos, ayuda a la que ella sólo puede pagar con *tiempo*. Y toma como provisiones solamente *agua*, lo necesario para vivir, porque aunque la perseguía la pulsión de muerte, en todos sus sueños tenía esperanzas por vivir.

En palabras de Adrián Lara (2015) un vínculo amoroso entre la madre y su bebé le permiten vivir, ocurre lo contrario si lo que recibe de su madre no es la sensación de sentirse querido, y peor aún si hay abandonos.

Esto refleja la vida de Lucía, quien se vio abandonada en primer lugar por su madre, y luego por otros de sus familiares, y aunque no era un abandono físico en todo momento, sí era un abandono emocional, al grado de poner en duda el ser querida por su madre, decía en sesión *“a veces pienso que si una mamá no quería a su hijo... ..pues entonces no lo hubiera tenido”* (sic.).

Como dice Adrián Lara (2015), si el vínculo entre una madre y su hijo carece de amor, el hijo podrá enfermar, o incluso morir. Tal es el caso de Lucía, quien se vio en peligro de muerte en repetidas ocasiones durante su infancia, desde el nacimiento, lo cual da cuenta de un vínculo más bien de odio, entre ella y su madre.

Para Denis (2016), el pensar que algo malo va a suceder, una sensación de pesadez o la hipocondría, son consecuencias de haber perdido a un objeto altamente libidinizado del cual es difícil separarse; Lucía, además de temer que un sismo acabara con ella, constantemente pensaba que algo malo iba a sucederle, desconfiaba de quienes caminaban junto a ella en la calle, incluso de sus profesores, y vivía con un constante malestar sobre sus hombros, lo cual se intensificó desde que su madre se fue a Puebla.

Aunado a esto, vale la pena retomar la idea de Winnicott (1965) del falso self, él menciona que vivir bajo esa máscara será desencadenador de angustia indudablemente, además, le da a la persona la sensación de derrumbe sin la posibilidad de ser rescatados, tal y como Lucía lo expresaba en sus miedos a la oscuridad, y a estar sola en casa, dice:

“desde el sismo, me da miedo la noche... porque pienso, qué tal si tiembla y yo no puedo salir... sí, o sea, qué tal si tiembla y todo se empieza a caer, y no logro salir” (sic.).

6.3 Sobre una madre violenta, y la carencia narcisista

Como ya se ha mencionado, el narcisismo parte, en buena medida, del narcisismo con que hayan investido los padres a su hijo, para dicha tarea la madre tiene un papel fundamental, en sus manos está el investir libidinalmente a su hijo, es decir, cumplir con funciones sexualizantes y narcisizantes (Hornstein, 2000).

La madre de Lucía no cumplió satisfactoriamente con dicha tarea, se limitó a brindar algunos cuidados y alimento, la misma Lucía es lo único que le reconoce, pero también reconoce que hubo fallas en su maternaje, no fue investida narcisísticamente, por lo que tiene una gran carencia, acompañada de una gran tristeza.

Para su madre, Lucía no era una extensión de sí y de su propio narcisismo, no le parecía que cumpliera sus deseos insatisfechos, en caso contrario, siempre tenía una crítica para ella, y el discurso de no poder ser algo mejor como sus hermanos.

Esa sensación de inferioridad respecto a sus hermanos empobreció el yo de Lucía, lo mismo que el no sentirse amada por sus padres ya que, mientras su papá la evitaba, su madre la devaluaba constantemente.

Como dice Winnicott (citado en Hornstein, 2006) la narcisización de un hijo surge a partir de la relación que éste establezca con su madre, relación necesaria para desarrollar un yo autónomo, pero que no puede desarrollarse si su madre no ha favorecido la individualidad de su hijo, esto es, renunciar a la idea de fusión con su hijo, y aceptar su individualidad separada de ella; lo cual va de la mano con Lucía y su mamá, quien no la dejaba ser ella misma, sino que le interponía sus propios deseos.

Para Friday (1989), si los padres ven en sus hijos la continuidad de ellos mismos, incluso minimizarán sus fallas para no herir su propio narcisismo, no obstante, la mamá de Lucía no la dejaba separarse de ella, invadía la psique de su hija, y no le daba la oportunidad de ser alguien autónoma, se esforzaba por señalarle sus errores, los cuales los veía hasta en el más mínimo detalle.

La mamá de Lucía no ama a su hija por lo que es, en caso contrario, parece que su amor es condicionado, la ama sólo cuando cumple con los estándares que le ha impuesto, y cuando la obedece en todo, no como sus otros hijos, quienes sí lograron separarse de su madre, y por ello reciben el sobrenombre de “*rebeldes*” (sic.).

Como dice Bowlby (1985), hay madres que depositan odio y rechazo inconscientes en sus hijos, parece que es justo lo que recibe Lucía de su madre, odio y rechazo inconscientes.

Dice Adrián Lara (2015) que el amamantar a un hijo es una de las experiencias más ricas para ambos, la madre no sólo nutre, sino que transmite amor a su hijo, lo mira y contempla, le hace sentir lo amado que es.

No obstante, recordando un incidente cuando Lucía estaba siendo alimentada por su madre, comenzó a ahogarse y la mirada de su madre no lo notó, más que devolverle amor, le transmitió un deseo de muerte, de anulación, dice Lucía *“yo no sé si reírme o llorar cuando mi mamá me cuenta eso, no sé si enojarme o si me da risa”* (sic.), aunque lo cierto es que quería llorar, y le costaba reconocer que estaba enojada con su mamá.

Para Piera Aulagnier, el acto mismo de alimentar al bebé constituye un tipo de violencia por parte de la madre, está hablando de la *violencia primaria*, pues la madre no sólo introduce el pecho en la boca de su hijo, sino que también le introduce sus deseos (Ramírez, 2016). Esta violencia es favorable ya que estructura el yo del infante.

Lo que su madre introdujo en Lucía es su anulación, su yo se estructuró alrededor de un deseo de muerte por parte de su madre al no ver que su hija estaba muriendo; el yo de Lucía tenía de base la anulación por parte de su madre, y así creció:

“a veces parece que mi mamá no me ve... una vez iba en el micro, y ella se subió, yo iba sentada hasta atrás y como no había ido a la escuela pensé que me iba a regañar... cuando pasó junto a mí, no me reconoció, luego me bajé del micro y ella nunca me vio” (sic.).

En otras palabras, la violencia primaria alude a la capacidad de la madre de traducir las necesidades de su hijo, mientras que la violencia secundaria habla precisamente de la imposibilidad de traducir esas señales; y justamente la mamá de Lucía no podía traducir las necesidades de su hija, no atendía su llanto cuando

se estaba ahogando, no hizo algo cuando sufrió de bullying en la escuela, y si nos vamos a sus orígenes, no acudió al médico cuando sentía que se acercaba el parto.

Por otro lado, la relación que un niño forme con sus progenitores dará cuenta de lo que es, de la valía que tiene y lo que puede lograr, de ahí que si ese vínculo es endeble, endebles también serán las interacciones que tenga con otros, por lo que a la fecha, Lucía no ha podido entablar una relación de amistad, o de confianza con nadie; ni con su novio, de quien duda que quiera estar genuinamente con ella, representando así la propia inseguridad que caracteriza la relación de ella con su mamá, y con el resto de sus familiares.

Específicamente, la relación que se establece entre una madre y una hija, en este caso, entre Lucía y su mamá, parece concordar con la relación de envidia y rivalidad de la que hablaba Freud (1931), la ve como otra mujer que puede interceder entre ella y su esposo, por lo que es mejor sobajarla, aludir a su fealdad, para no hablar de la rivalidad que puede representar para la señora.

Lucía no es el falo prometido para su madre, pero tampoco lo es su hermano, puesto que es rechazado por su preferencia homosexual, de tal manera que la gratificación solo la recibe de su otra hija, a quien sí ve hermosa y atractiva; incluso se siente más orgullosa de los hijos que su esposo tuvo en su primer matrimonio, los admira igual que él, y es capaz de visitarlos, aunque ellos no le devuelvan el mismo trato, no así a su propia hija, Lucía.

A Lucía no le queda más que recibir los celos y el rechazo inconscientes de su madre, que no ha reprimido sus deseos competitivos hacia ella, y lo actúa privándola de tener una mejor relación con su papá, gusta de ponerlos en oposición para evitar una cercanía entre ellos, y enviarle el mensaje a Lucía de que no podrá obtener nada de su padre.

Al mismo tiempo, la hace dudar de su relación de pareja, trasladando esa rivalidad, si la madre no tiene una relación amorosa satisfactoria, espera lo mismo para su hija, de ahí que le diga que su novio debería buscar una mejor pareja que Lucía, alguien que no sea “*débil*” (sic.).

Lucía aprendió a permanecer en silencio, a no dar su opinión, pues eso era visto como un intento de presunción, le decía su mamá que *“eso lo hacen las niñas presumidas”* (sic.), Lucía no quería ser así ante la esperanza de satisfacer a su madre, no pudo decirle que no cumpliría todas sus fantasías, en caso contrario, se esforzaba por lograrlo, por muy inalcanzables que parecieran, por lo que constantemente se sentía decepcionada.

Una madre así, castigará a su hijo si quiere hacer gala de su yo, frenando así su narcisismo, e impulsando su propio temor a triunfar, Lucía recibía un golpe en alguna parte de su cuerpo para que frenara ese comportamiento de *“niñas presumidas”* (sic.) y todo el tiempo pensaba que en algo se iba a equivocar.

Dice Janin (2009) que un tipo de violencia es precisamente irrumpir sobre el otro, anularlo como persona y terminar con sus posibilidades de individuación; esto es justamente lo que hacía la mamá de Lucía, lo cual necesariamente le causó un gran dolor, le prohibía desarrollarse, siempre estuvo limitada a las decisiones de su madre.

Ya Bowlby (1993a) ha hablado de la importancia de recibir de la madre una mirada de perfección, que engrandezca al bebé, que lo haga saberse único en este mundo; no obstante, Lucía no podía aferrarse a la vida, no había en su historia una madre que satisficiera sus necesidades de amor y protección, que le devolviera vivencias satisfactorias y una mirada de grandeza (Hornstein, 2006), en caso contrario, vivió con una mamá que la juzgaba por lo que hacía:

“me acuerdo de un festival del 10 de mayo, yo estaba bailando con mi falda, una falda de danza, la ondeaba porque me gustaba ver el vuelo de la falda... recuerdo que mi mamá me dijo que no hiciera eso, porque eso lo hacían las niñas presumidas” (sic.)

O incluso por cómo vestía, si Lucía se compraba ropa talla chica, su madre preguntaba irónicamente *“¿estás segura que te va a quedar?”* (sic.), que el único juego para ella era agarrarla a golpes, y que al anunciarle que era víctima de bullying en la escuela, no hizo nada, de tal manera que se veía superada por la

pulsión de muerte, sin una madre que la aferrara a la vida, y que en repetidas ocasiones había anulado su riesgo de morir, como al nacer o al estarla amamantando y que *“por poco se muere esa niña”* (sic.).

Parece como si Lucía estuviese muerta por dentro, como si el deseo mortífero materno la persiguiera en el inconsciente, y cómo no, si el amor necesario para constituir al yo debe provenir en buena medida de los otros primordiales, principalmente de la madre, sin embargo, Lucía lo que recibía de su madre eran rechazos, denigraciones, golpes incluso, etc. De ahí que su yo estuviera prácticamente vacío, ya que tampoco había amor propio con el cual nutrirlo.

Este deseo mortífero de su madre viene desde antes del nacimiento de Lucía, ya el médico le había informado que era de alto riesgo el volverse a embarazar, aun así, deciden tener otro hijo; cuando nace, *por poco se muere*, meses después se ahoga con la leche materna, y luego estando acostada en la cama, mientras su madre lavaba la ropa, le cae una tabla en la cabeza, a partir de ahí Lucía recuerda haber sufrido varios golpes y caídas en su desarrollo, como si su destino ya estuviese escrito, y fuese morir.

Lo que es más, nunca pensó qué querría estudiar cuando entrara a la universidad, pues no se imaginaba *“vivir tantos años”* (sic.), pensaba que después de cierta edad, ella moriría. Y actualmente, parecía que estaba muerta en vida.

Por otro lado, cuando la madre no logra separarse de esa relación simbiótica con su hijo, verá sus éxitos y fracasos como propios, y culpará a su hijo por algo que le haga a ambos (Friday, 1989).

Lucía recuerda a su mamá decir que de su hija depende su estabilidad, si algo le sucede, bueno o malo, será responsabilidad de Lucía, por lo que si se porta mal, se verá reflejado en la estabilidad de la señora; y como de Lucía sólo cree obtener fracasos, busca en sus otros hijos los éxitos que de ella no cree poder recibir, violentando con esto el yo de su hija.

Así también, dice atinadamente Adrián Lara (2015) que una madre que no se separa de su hijo no será más que un parásito en la vida de alguien más, querrá

vivir su vida y saberse indispensable para él. Para Lucía, ese parásito era su madre, le hizo saber que no podría lograr nada sin ella:

“me sorprende porque yo nunca había hecho nada por mí misma... siempre había sido mi mamá la que hacía todos estos trámites” (sic.) palabras que dijo cuando hizo su trámite de contratación para su nuevo empleo, denotando así lo indispensable que había considerado a su mamá, pero a la vez, el reconocimiento de que ella podría hacer algo por sí misma.

La relación entre Lucía y su madre es *de choque* (Friday, 1989), no la ama lo suficiente para permitir la separación, Lucía solo puede atribuirse todo lo malo que le suceda a su madre, constantemente piensa que hizo algo mal, si escucha que su mamá la llama, solo piensa *“ahora qué hice mal”* (sic,) pues está acostumbrada a recibir únicamente castigos por haber sido traviesa o *“una mala hija”* (sic.).

En lo que respecta a la máscara del falso self, Bareiro (2011) menciona que vivir bajo esa farsa da al individuo la sensación de no ser, de hacer sólo lo que se espera de él debido al temor de ser castigado en un ambiente tan amenazador; así, Lucía temía ser castigada en todo momento, decía:

“si estoy en mi cuarto y escucho los pasos de mi mamá, rápido me levanto y me pongo a hacer algo, me da miedo que abra la puerta y me regañe porque no estoy haciendo nada... aunque mi mamá ni vaya para mi cuarto, yo me levanto y hago como que estoy haciendo algo (risas)” (sic.).

Friday (1989) menciona que una madre que no vio con perfección a su hija, la ata a ella para siempre, lo cual concuerda con la idea de la mamá de Lucía de ser ésta quien tenga que cuidarla cuando la señora sea mayor; lo cual, además, se repite con lo que la señora hace a su propia madre.

Es decir, la mamá de Lucía sigue buscando una perfecta relación con su propia madre, al no encontrarla, no puede distanciarse de ella, trasladándolo así a la relación entre ella y Lucía.

6.4 Sobre una madre violenta, y un estado melancólico

La madre de Lucía es, lo que podría caracterizarse como una *madre violenta*, agredía a su hija, no solo físicamente, sino también atacaba su estado emocional haciendo comparaciones con su hermana o con su prima, Lucía recuerda cuando su madre le decía:

“deberías dejarte el cabello largo, como tu hermana, que a ella sí se le ve bonito, no como tú que pareces hombre con el cabello así de corto... mira a tu prima qué bonita está, qué bonito cuerpo tiene, así deberías estar tú” (sic.).

Su mamá se burlaba de ella, en una de las sesiones dijo:

“el sábado lloré porque había peleado con mi novio, mi mamá se me quedó viendo y se empezó a reír, dijo que soy una débil” (sic.).

La chantajeaba: *“ya no voy a venir* (lo decía cuando venía de visita a la CDMX), *parece que aquí nadie me quiere... no salgas con tu novio, quédate conmigo... a ver qué haces cuando me muera...”* (sic.).

Lucía recuerda momentos en que su mamá chantajeaba incluso a su papá, y aunque él ya no le cree, ella todavía lo duda y teme que algo le pase:

“si salíamos y mi mamá se enojaba, decía que se empezaba a sentir mal, una vez llamamos a la ambulancia, pero nos dijeron que no había sido nada, que había sido como fingido... desde entonces mi papá ya la deja, le dice que se siente en la banqueta a que se le pase... yo quiero hacer lo mismo, pero pienso que un día sí le puede pasar algo” (sic.)

Su mamá la humillaba diciéndole cosas como: *“yo sólo voy a asistir a una graduación en mi vida, la de mi hija, porque acá mis ojos* (señalando a Lucía) *ni para cuándo”* (sic.) y la culpaba por cosas que no dependían de Lucía, *“mi mamá decía que si enfermaba o se ponía mal, iba a ser mi culpa, porque yo algo había hecho mal”* (sic.).

El estado de ánimo de la mamá de Lucía cambiaba repentinamente, parecía estar de buen humor en Puebla, pero cuando llegaba a casa estaba de mal humor,

la misma Lucía dijo en alguna sesión dijo: *“mi mamá llegó de Puebla, pero como que viene y sólo está de malas, porque desde que llegó se encerró todo el día en su cuarto, y hasta hoy no la he visto”* (sic.); así, estaba distante de su hija aun compartiendo el mismo techo, e incluso llegaba a culpar a Lucía por su estado anímico diciéndole *“tú me haces enojar”* (sic.).

Otro de los efectos que enlistó Janin (2009) de vivir en un ambiente hostil es la *confusión identificatoria*, es decir, estos niños tienden a no saber quiénes son, y a sentirse culpables por todo para evitar perder el amor del otro; como Lucía que sentía tener la culpa por lo que le ocurría a su madre, aunque ella no fuese culpable en absoluto, pero como dice la autora, temía perder el amor de su madre, por ello, prefería asumir la culpa, aunque no le correspondiera.

La violencia también incluía el hablar mal del padre de Lucía frente a ella, y lo mismo de sus otros hijos, a quienes, aunque admiraba, instaba a Lucía a no ser como ellos y ella sí obedecerla en todo.

Y la agresión venía no sólo con este tipo de chantajes, sino también se efectuaba de forma física, su madre acostumbrara golpear a sus hijos, y aunque sus hermanos le decían a Lucía que con ella ya estaba *“más relajada”* (sic.). Lo cierto es que a Lucía también le tocaron golpes cuando no obedecía las indicaciones de su madre, manotazos, bofetadas o encierros, todo con la intención de modificar el comportamiento de su hija.

El resultado de vivir en un ambiente violento, tal y como lo predijo Barón y Hernández (2013), es la introversión o la dificultad de relacionarse con otros fuera del ámbito familiar.

Autores como Friday (1989); Barón y Hernández (2013); y, Bedoya y Giraldo (2010) enlistan muestras de violencia, además de la física, algunas de las cuales parecen haber tenido lugar por parte de la madre de Lucía.

Como ya se mencionó, eran comunes los gritos, las humillaciones al decirle a Lucía que ella no podría ni terminar la preparatoria, las burlas por considerarla *“débil... ..fea”* (sic.), la desigualdad respecto de sus otros hijos, quienes así como

son “*rebeldes*” (sic.), también son su orgullo, poner expectativas difíciles de alcanzar (la madre rechaza a su hija real, y ama sólo a la de la fantasía), creerse dueña de Lucía, exigirle que esté en casa cuando la señora vaya a verla, y darle órdenes aun estando en Puebla, entre otras.

Respecto a estas órdenes, el temor a perder la conexión que Lucía siente con su madre, la obliga a obedecerla ante el riesgo de quedar a la deriva.

Además, como dice Janin (2009), un hijo que no cumple las expectativas puestas por los padres, desencadenará la violencia de éstos pues no es aceptado como el hijo real, comparado con el hijo de la fantasía.

En el caso de Lucía, las expectativas de su madre eran inalcanzables, aunque la redujo a lo mínimo que podía alcanzar, esperaba de ella que fuera como la señora “*cuando mi mamá me enseña a cocinar me dice que lo tengo que hacer como ella, para que luego atienda a mi esposo, así como ella*” (sic.).

Al no alcanzar las expectativas impuestas por su madre, Lucía recibió de ella ataques violentos, tanto físicos como emocionales.

Además de estas manifestaciones, la mamá de Lucía gustaba de infundir el miedo en su hija, decirle por ejemplo que la virgen lloraría si ella ejerce su sexualidad, por lo que podrá tener relaciones sexuales sólo hasta que se case, e incluso prohibirle hablar de ello en casa; el esforzarse en mantener la castidad de su hija es también la prohibición de gozar de placer sexual, educaba a Lucía bajo la consigna de tener que sufrir “*en esta vida*” (sic.), para poder gozar “*en el otro mundo*” (sic.), esta manera de infundir el miedo es producto de la rivalidad que es común que se ejerza entre una madre y su hija (Freud, 1931).

Para Friday (1989), incluso, el prohibir el placer sexual a su hija, es uno de los mayores rencores que se pueden aguardar hacia una madre.

Hay otras manifestaciones de violencia como el privarla de ciertas oportunidades, por ejemplo, el aspirar a ser otra cosa que ama de casa, Lucía recordó una vez en que su mamá no la dejó salir a jugar aunque hubiera niños jugando afuera, su mamá se encerró con ella y no la dejaba salir, ella solo veía a

los otros niños a través de la ventana, como si esa diversión estuviese prohibida para ella.

Para recalcar lo violento que podía ser ese vínculo junto a su madre, recuerda un juego junto a su mamá en el que la señora le daba puñetazos y animaba a Lucía a defenderse, Lucía salía corriendo para evitar que le diera más, pues no se sentía capaz de poder devolverle uno de esos golpes.

Pero, así como violento pudo haber sido ese vínculo, Lucía no se permitía sentir odio o rechazo hacia su madre, lo cual no significa que no los tuviera; aunque, como dice Bowlby (1985), primaban las muestras de afecto hacia su madre, ya que a pesar de todo, es su madre, es su familia, y hay amor y vínculo por ello.

Lucía mencionaba que en repetidas ocasiones soñó que su madre moría, y aunque le daba miedo, no deja de encubrir un deseo inconsciente de herir a su madre, tal y como herida se sentía por ella.

No obstante, al final del tratamiento Lucía sí pudo hablar de eso que le faltó a su mamá para cumplir con su rol materno, y eso se especificará más adelante pero, fue un gran logro dentro del proceso terapéutico. Esto concuerda con lo que dice Freud (1917), que los reproches que se dirigen a sí mismos los melancólicos en realidad tienen por destinatario al propio objeto perdido.

Así que Lucía a quien en realidad le reprochaba todas las carencias, y no ser suficiente, era a su mamá, sin embargo, dichos reproches habían rebotado y se habían instalado en su yo.

Este efecto *boomerang* que ha adoptado la pulsión es para Freud (1915) uno de los destinos que puede tomar, ya que la agresión hacia otro objeto se revirtió y volvió con el mismo sadismo hacia el propio yo.

Lucía, al no poder dirigir esa violencia, todo el odio y reproches hacia su madre, los volcó hacia ella misma movida por la crueldad de su superyó (Cancina, 1999). Se volvió sádica consigo misma, pues era imposible serlo hacia un objeto al que había amado.

Un ejemplo de esto lo narra Lucía cuando, tras irse su madre a Puebla, Lucía se corta el cabello que había mantenido largo a gusto de su madre, cabe señalar que la señora no la dejaba cortárselo debido a que consideraba que las mujeres “*deben tener el cabello largo*” (sic.) en palabras de Lucía; luego reconoció que este acto, fue agresivo para ella pues el resultado no fue nada satisfactorio, no obstante, a quien realmente deseaba herir era a su madre por haberla abandonado.

Y como lo dice Freud (1915), otro de los destinos de la pulsión es la “*vuelta en lo contrario*” (p. 127), ese objeto al que antes se había amado, ahora parecía que se odiaba con mucha severidad, aunque no lo reconociera, esa agresión con ganas de aniquilar era dirigida hacia otro objeto, no hacia ella misma.

Por otro lado, de acuerdo a Bedoya y Giraldo (2010), la madre de Lucía es violenta según el tipo dos, ya que nunca ha mostrado sensación de culpabilidad por violentar a su hija constantemente, se dirige hacia ella con hostilidad, y parece no tener disposición hacia el maternaje.

Esto último hace alusión a una forma más de violencia, no ser la madre que requiere un niño, no poder atender sus necesidades y, por supuesto, el abandono.

Tras la partida de su mamá, Lucía comenzó a experimentar un estado melancólico, de acuerdo con Freud (1917) la melancolía surge luego de la pérdida de un objeto libidinizado por la persona, lo cual rebaja el sentimiento de sí, sentimiento que efectivamente manifestó Lucía luego de saberse sola en casa.

Lucía cumple con las características que señalaba Freud (1917) de un estado melancólico, tales como la inhibición, el desinterés por el mundo exterior o por realizar alguna actividad productiva, etc.

Cuando se presentó a sesión por primera vez, Lucía no salía de su casa si no era para comprar alimentos o visitar a su novio, el resto de sus días los pasaba encerrada en su cuarto mirando series de televisión, también se sentía insignificante y se preguntaba por cuál razón su novio estaría con ella, como si no lo mereciera, asimismo, se reprochaba y culpaba por todo lo que ocurría, aunque ella no hubiese intervenido de alguna manera.

Y aunque la historia de Lucía está marcada por otras pérdidas, ninguna fue tan significativa como la pérdida objetal que representó su madre, la cual, además de un profundo dolor, vino a empobrecer su yo, como lo dice Cancina (1999).

Aunque la madre de Lucía no había muerto, parecía que ella sí lo había hecho con esta pérdida, o por lo menos había perdido la pulsión de vida, tal y como se caracteriza un estado melancólico (Leader, 2008), Lucía había perdido algo con ese objeto aunque no supiera qué.

Para Hornstein (2006) lo que se pierde en la melancolía es la fantasía de ser uno mismo con el objeto, de ahí que al perderlo, se pierda también una parte de uno mismo, por lo que, para elaborar la pérdida de un objeto, primero se tiene que asumir la renuncia a ser uno solo.

En este sentido, la madre de Lucía le hacía creer que eran una sola, si Lucía estaba bien, su mamá también, no dio oportunidad a que se diferenciaron y Lucía fuese independiente, por lo que su pérdida fue aún más devastadora, ya que Lucía perdió una parte de sí misma.

Se esperaba que el superyó dé al yo ese amor que perdió con su objeto amado, sin embargo, el superyó es tan punitivo que acusa al yo de dicha pérdida, y a éste no le queda más que asumir la culpa y el castigo por ello (Cancina, 1999); recordando el superyó punitivo de Lucía, no es de sorprender que tras la pérdida de su madre culpe al yo, y lo castigue rebajándolo.

El superyó de Lucía es tan severo, como severa también es su madre con ella, ya que el superyó se sostiene principalmente de los anhelos parentales (Hornstein, 2000).

El superyó de Lucía es sádico lo mismo que sus padres, pues tiene introyectada la voz materna que la rebajaba, que le decía *“solo mi hija mayor podrá terminar una carrera... eso no es para ti... tú te tienes que casar y tener un marido como yo* (hablándole a Lucía acerca de sus posibilidades de terminar una licenciatura)” (sic.). Así que su superyó estaba aplastado por esa violencia de su madre que no la hacía más que rebajarla.

Para Janin (2009) la violencia emocional ocurre también cuando se le niega al niño la posibilidad de intentar algo, cuando se desconocen sus posibilidades y, prima la denigración. Lo cual es claramente el ambiente que vive Lucía, su madre dudaba que ella pudiera terminar la preparatoria, o lo que es más, que pudiera hacer una licenciatura, cree que Lucía no tiene esa habilidad, y la reduce a conformarse con lo mismo que su madre, y hacer lo mismo que la señora.

A este respecto, vale la pena mencionar a Piera Aulagnier y su diferenciación entre los tipos de violencia, específicamente, la *violencia secundaria* que no es benéfica para el bebé, y en la que el exterior se le impone de forma patológica y no se le deja ser (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

Esta violencia predomina en Lucía al grado de no poder ser, el exceso de intromisión por parte de su madre la hace recordar sus palabras en todo momento, antes de actuar recuerda cuando le decía: *“qué débil... tú no estás bonita... qué fea te ves... no vas a terminar la prepa, ya mejor ponte a trabajar...”* (sic.).

Y adopta esas palabras como propias, parece que su madre se ha entrometido tanto que ha usurpado su psique.

Retomando la función materna, ésta es intensa, y requiere de la madre para darle protección y seguridad a su bebé, hacerle saber que aun frente a su ausencia estará con él en todo momento, saber que están unidos, pero cada uno en su individuación; parece que esto era una sobreexigencia para la mamá de Lucía, quien además no podía traducir las señales de su hija, desde el parto, no acudió al médico cuando su cuerpo le anunciaba el nacimiento de su hija, lo mismo sucedió mientras la alimentaba, no pudo ver que su hija se estaba ahogando, traduciendo esto como un deseo mortífero (Morel, 2012) por parte de su madre.

Esto dio como resultado una adolescente insegura al estar lejos de su madre y de poder comunicar lo que le sucede, por eso llega a sesión cuando siente que *“ya todo se salió de control”* (sic.).

Esto último acompaña el estado melancólico de Lucía, quien, como dice Bowlby (1993a), el devaluarse a uno mismo se incrementa al sentirse incapaz de

remediar una situación, Lucía misma dice que ella sola no cree poder resolverlo, lo cual la impulsa a buscar ayuda en un tratamiento psicoterapéutico.

Retomando el surgimiento del falso self, dice Winnicott (1965) que éste se desarrolla debido a que el niño tiene una madre incapaz de traducir sus señales, y lo que es peor, le impone las suyas, por lo que el niño se volverá sumiso.

En el caso de Lucía, su falso self la protegió de una madre que no pudo entender sus señales:

“mi mamá y yo siempre salíamos de la casa, casi nunca me dejaba estar con mis hermanos... o para comer decía: Lucía y yo ya comimos, como que quería tenerme separada, sólo con ella” (sic.), y reiteradamente impuso las suyas *“cuando mi mamá iba a la iglesia, yo tenía que ir con ella, aunque no quisiera... a veces mis hermanos le decían que no me llevara, pero de todos modos lo hacía”* (sic.).

Lucía se sorprendía cuando se daba cuenta que era tan parecida a su madre, en alguna sesión mencionó:

“estaba en el sillón viendo telenovelas, como mi mamá, y yo misma dije: ¿Qué hago aquí?... yo debería estar escuchando música o haciendo otra cosa de chavos... no aquí como señora” (sic.), como decía Winnicott (1965), Lucía era una copia de su madre, pues no pudo desarrollar su verdadero self.

Ya que la disposición al maternaje se aprende de la propia madre (Robles, 2012), cuando Lucía tuvo un gato, lo consideraba como su propio hijo, a pesar de que fervientemente había anunciado en sesión que no quería tener hijos, cuando llegó el gato, lo que más temía era que se muriera, reproduciendo así el mismo deseo encubierto de su madre, quien inconscientemente actuaba ese deseo, encubierto de temor, en su hija; y Lucía lo aprendió, al estar sola con su gato, le gritaba o lo regañaba *“como hacía mi mamá”* (sic.) como ella misma lo reconoció.

Retomando el incidente cuando Lucía se ahogaba al estar siendo amamantada, para Leader (2008), la melancolía se relaciona con algún trastorno alimenticio, y es que el acto de tragar y escupir se relaciona con la forma de

relacionarse con otras personas, y todo viene desde que los bebés son alimentados por su madre, como la primera interacción que tienen con otro.

A partir de ese incidente, Lucía no quiso más ingerir leche de ningún tipo, temiendo volverse a ahogar, y esta vez en verdad morir, además, no puede *tragarse* a las personas por temor a que le hagan daño, que atenten contra su vida como la leche materna.

Finalmente, para Bowlby (1993b) en una fase melancólica está presente una sensación de impotencia para poder resolver su situación, por ende, una persona melancólica no intenta resolverlo o buscar nuevas relaciones, se siente condenada al fracaso; tal y como hacía Lucía al pensar que nunca podría conseguir algo, o al menos terminar la preparatoria, el contacto social se limitaba a su novio, se avergonzaba de pensar siquiera en hablarle a sus antiguos compañeros de clase, o intentar hacer nuevos, así que su mundo se reducía a estar sola, encerrada en casa, visitar ocasionalmente a su novio, y seguir las indicaciones que su mamá le dictaba desde Puebla.

Hasta aquí, el desglose de los resultados hallados en el tratamiento psicoterapéutico de Lucía, los cuales, como ya se había anunciado, se complementan, todos se unifican para poder comprender la razón para la actual situación de Lucía.

6.5 Alcances y limitaciones del proceso psicoterapéutico

El proceso terapéutico tuvo que terminar debido a que el tiempo de residencia había concluido, no obstante, se acordó con Lucía retomar las sesiones en un consultorio privado, lo cual estará a espera de su decisión.

Sin embargo, luego de tener sesiones por más de un año, tres veces a la semana, se obtuvieron varios logros como parte del proceso terapéutico; no obstante, así como se alcanzaron mejoras, también hubo limitaciones, aspectos en los que se espera continuar trabajando en sesiones posteriores ajenas a la institución.

Las sesiones psicoterapéuticas de Lucía estuvieron colmadas de altibajos, había días en que parecía que avanzaba, se interesaba por la escuela, y lograba separarse de la relación simbiótica que había protagonizado con su madre, los cuales habían sido ejes principales de abordaje del proceso terapéutico; inesperadamente, hubo sesiones en las que no encontraba motivación para continuar estudiando, volvían los autorreproches, no quería salir de casa y no asistía a clases.

Los altibajos tenían cierta relación con la presencia o ausencia de su madre, pues si estaba en casa con Lucía, por medio de chantajes sabotaba la asistencia al espacio terapéutico, y de asistir, lo hacía repitiendo los reproches que su madre le decía pero ella había introyectado; en contraparte, si su madre no estaba, el trabajo terapéutico era más fructífero, evitar que la presencia de su madre determinara así su estado anímico fue algo que aún no había tenido éxito dentro de ese espacio.

Pese a esos altibajos, hubo ciertos alcances. Por ejemplo, a mitad del tratamiento, Lucía se debatía entre inscribirse de nuevo a quinto semestre y recurrar sus materias, o abandonarlas y dejar trunco su bachillerato; y aunque le tomó más de una sesión abordar la difícil decisión, al final decidió continuar estudiando, hacer un esfuerzo, por “*imposible*” (sic.) que le pareciera, e intentar aprobar sus materias.

Sin embargo, al final del semestre de nuevo la persiguió la duda de sí misma, y concluyó con éxito una sola materia, dejando otras a la espera de aprobarlas a la posterioridad.

Al final de las sesiones Lucía logró aprobar una sola materia, psicología, a las otras asignaturas había dejado de asistir al finalizar el semestre por lo que sus calificaciones fueron reprobatorias nuevamente, de tal manera que no concluyó su bachillerato por segunda vez, el cual fue uno de los motivos que la había hecho acudir a sesión en primera instancia.

En sesión había anunciado que ya no encontraba motivación para asistir a clases, y así lo hizo, dejó de asistir a la mayoría de sus materias; no obstante, no

dejó de asistir y cumplir con todos los requerimientos de la clase de psicología, lo cual refleja el mismo compromiso hacia el espacio terapéutico, en el que, asistía aun cuando anunciaba que no tenía muchas ganas de hacerlo.

En caso contrario, su asistencia al espacio terapéutico rara vez se vio truncado, pues así fueran 5 minutos, ella asistía. No obstante, su espacio terapéutico estaba condicionado de alguna manera, con su asistencia a clases, ya que, si dejaba de ser alumna de ese plantel, debía dejar también el espacio terapéutico.

Esto, inevitablemente, influyó tanto en su asistencia al espacio, como a sus clases, pues aunque en repetidas ocasiones anunciaba que no encontraba motivación para ir a su salón, lo terminaba haciendo pensando que su espacio en esa clínica dependía de ello. Lo cual, se vio reflejado en aprobar una sola de sus materias.

Cuando se presentó a sesión por primera vez mencionó que, debido a su inasistencia a clases, podría ocupar su tiempo en un empleo, sin embargo, la detenía el pensar que no podría hablar con personas desconocidas, el sólo hecho de tener contacto con otros le daba miedo pues creía que verían todos sus defectos y lo fea que era, tal y como se lo había señalado su madre.

No obstante, la sesión de cierre anunció que había sido contratada en una cadena de cines, por lo que pronto empezaría a trabajar, narró cómo se desarrolló en la entrevista de trabajo, habló de su participación en un juego de roles que formó parte de la entrevista, y cómo era una Lucía que hacía tiempo no veía, una Lucía que hablaba con los demás, que participaba, e incluso que pudo ser extrovertida, etc. Parecía una Lucía que había resurgido de entre las cenizas, o de entre los escombros de donde temía quedar atrapada.

Pero no todo fue un logro, así como ya se mencionó, el proceso tuvo altibajos, y la sesión final no fue la excepción, pues de la misma manera que hablaba de una Lucía desenvuelta en la entrevista de trabajo, también pensaba que el hecho de haberla contratado había sido “*un golpe de suerte*” (sic.), como si no lo mereciera,

o no hubiese tenido un buen desempeño para conseguirlo, por lo que aún había reproches y rebajas de sí que la habían hecho ir a sesión en un primer momento, y los cuales afloraban a lo largo de su vida.

Respecto al temor que representaba hablar con desconocidos, la primera sesión Lucía no toleraba que su terapeuta la mirara a los ojos, no podía mantener su discurso si no era con repetidos silencios.

Sin embargo, a medida que avanzó el proceso, así como en las sesiones de cierre, por sí sola, Lucía tomaba la iniciativa de la sesión, rara vez volvió a haber silencios, si no era para pensar en lo que su terapeuta le había devuelto como interpretación, además, la miraba a los ojos y permitía que su terapeuta le devolviera una mirada sin mayor dificultad, parecía que por primera vez estaba siendo vista por alguien.

Asimismo, las primeras sesiones su discurso era *plano*, había pocas muestras emocionales o cambios afectivos, lo cual fue muy distinto al final del tratamiento, tiempo en el que lograba hablar de sus emociones y manifestarlas sin pensar que era inadecuado o que recibiría algún tipo de castigo por ello.

Además de su temor a hablar con desconocidos, Lucía temía que un sismo ocurriera en su casa por la noche, pensaba que la vida terminaba al oscurecer, y le daba miedo que algo pudiera terminar con su vida, si bien este temor era insistente en las primeras sesiones, después de unos meses ella misma anunció que no le preocupaba más, podía estar despierta por las noches sin pensar que algo malo le ocurriría al grado de perder su vida; ya había admitido que su casa era el lugar que había perdido la vida al perder a varios de sus integrantes.

De igual manera, debido a la experiencia que había tenido en su crianza, Lucía tenía prohibido hablar de ciertos temas, por ejemplo de su sexualidad, sus padres rara vez escuchaban su opinión, y de hacerlo, la juzgaban como poco importante o sin sentido.

Por lo que, aunque le llevó tiempo, logró considerar el espacio terapéutico como un lugar *seguro*, en el que podía hablar de cualquier tema, así lo hizo las

veces que se abordaron temas como su sexualidad, y con rencor reconocía que “de eso” (sic.) no se podía hablar en casa, a diferencia de ese lugar, en el consultorio no se le juzgaba, en caso contrario, en algunas ocasiones su terapeuta tuvo que instruirla y aclararle algunas dudas, por lo que el abordaje ya no era sólo terapéutico, sino también con tintes pedagógicos, pues era lo que Lucía necesitaba en ese momento.

Asimismo, se le invitó a que hablara, bajo la consigna de que era importante todo lo que ella decía, a diferencia de las palabras que había escuchado en casa, todo lo que ella mencionara se consideraba de importancia, por más trivial que pudiera parecerle un tema.

Hablando de su discurso, de su familia podía reconocer aquello que les había faltado, pensaba en lo que le diría a cada uno si lo tuviera enfrente, no obstante, las palabras para su madre siempre fueron más difíciles de pronunciar, y aunque le costó varias sesiones, al final logró hablar de toda esa rabia que había sentido hacia ella, pero que en un momento la había depositado en la propia Lucía.

Con Lucía trabajé la técnica de ejemplificar su situación en tercera persona, pedir su opinión, y sólo así acercarme un poco a lo que ella misma sentía, por ejemplo, cuando narró el programa de televisión que escenificaba a un matrimonio que tenía a una hija no deseada por la madre, le pregunté:

“¿y qué piensas de una mamá así?” (sic.)

Lo cual me dio oportunidad de escucharla, pero principalmente a ella le dio la posibilidad de expresarse sin sentirlo personal, sin sentir que era ella quien hablaba de su mamá, lo cual le había costado trabajo en muchas de las sesiones.

Esta técnica ayudó para que pudiera expresar aquello que más le dolía, de tal manera que habló de las carencias que tuvo, del dolor de sentirse sola y abandonada por su mamá, entre otras cosas, en palabras de Lucía, finalmente, con dolor reconoció que a su madre *“le faltó hacer muchas cosas como mamá”* (sic.).

Este aspecto fue el más relevante dentro de su proceso, separar de la imaginación esa realidad familiar que la envolvía, en palabras de ella, se sentía

“*mareada*” (sic.) cuando hablaba de su situación, decía irse *mareada* de sesión pues era una realidad “*dura*” (sic.), aunque certera.

Hacer esa distinción entre cómo hubiera querido que fuese su familia, y cómo era en realidad, resultó difícil de elaborar, pero se logró; no obstante, aún queda algo por hacer, no basta con reconocer que hubo carencias en su desarrollo, si no, se debe actuar al respecto, y en este punto se tuvieron que detener las sesiones en la institución, pero con el anuncio de tener un largo camino por recorrer en la práctica privada.

A espera de lo que se trabaje con Lucía en un consultorio privado, cabe destacar que actuar al respecto le estaba siendo difícil, no dejaba de dudar de ella, pues nunca antes lo había hecho por sí sola, no había desarrollado confianza en sí misma, ya que la invadía el discurso de su madre, de que no era posible esperar algo de ella; sin embargo, el primer cambio que hizo por ella misma, fue buscar trabajo y ser seleccionada para un puesto.

Lucía dejó el espacio terapéutico con avances sí, pero justo al inicio de reconocer las carencias que había tenido su madre y la relación tan simbiótica con ella que debíamos romper. Es por ello, que esto sólo deberá ser una pausa, para retomar en lo sucesivo las sesiones que habíamos tenido hasta ahora.

Finalmente, como ya lo mencioné, mi papel no fue sólo de psicoterapeuta, sino que requirió ser una figura materna, que es lo que Lucía necesitaba en ese momento, tener tintes pedagógicos al instruirla acerca de su sexualidad o del mismo proceso de reinscripción en su bachillerato, aspectos que le eran desconocidos. Es decir, el papel del terapeuta no se limita a eso, no se limita a escuchar y contener, sino que, con Lucía fue más allá, e hice las veces de lo que ella necesitaba en ese momento.

Y así como con ella, cuando llega al consultorio un paciente que requiere cierto papel de su terapeuta, es tarea de nosotros adecuarnos a ellos, ya que, de no haber tenido esas adecuaciones, el trabajo que ahora finalizamos seguramente no habría sido el mismo.

Capítulo 7. Análisis transferencial y contratransferencial

La impresión que me produce Lucía cuando la veo por primera vez en la sala de espera de la clínica, es la de una chica desprotegida, me da la impresión de ser más joven que su edad biológica, se mira desnutrida emocionalmente.

En sesión, parece una niña sentada en el sillón recién regañada, con la cabeza baja, su mirada dirigida al suelo y sus manos entre sus piernas, son escasas las palabras que emite y no resiste que la mire a los ojos. Con dificultad me anuncia el motivo que la hizo ir a sesión, habla un poco más si yo no la estoy mirando, y lo hace con un tono tan bajo, que requiere esfuerzo poder escucharle.

Con un panorama así, creí que sería difícil un proceso terapéutico, pues su palabra, la materia prima del trabajo, era prácticamente nula. Así que, más que rendirme, intenté animarla a que hablara de ella, por más difícil que le pareciera, validar lo que decía y permitirle que hablara de lo que ella quisiera, hasta que se sintiera más cómoda y pudiera ganarme su confianza, ya que parecía que la desconfianza había protagonizado sus otras relaciones, por lo que ahora se movía con mucha cautela.

De esta manera, paulatinamente, yo me empecé a convertir en una figura materna para Lucía, le permitía hablar de cualquier tema, le respondía dudas si las tenía, o tenía un papel pedagógico en cuanto a su situación académica, entre otras.

Y ella, con el paso del tiempo, comenzó a verme de la misma manera, aprendió que podía hablar de cualquier tema, que no sería juzgada y que todo lo que decía era importante, con el paso de las sesiones logramos forjar una alianza terapéutica que favoreció el trabajo.

Incluso, estando de vacaciones, decide inscribirse a quinto semestre por segunda vez, tras este acto, me envía un mensaje dándome la noticia, y me adjunta sus horarios para encontrar el espacio en que íbamos a retomar las sesiones; este hecho, bien podría haber sido anunciado a una madre en primer lugar, sin embargo, ella a nadie más se lo comunica, excepto a su terapeuta.

Sin embargo, la relación transferencial no siempre fue positiva, ya que en mí se depositaban lo mismo sus deseos que sus rencores, había sesiones en que Lucía me devolvía un rechazo, que no obstante le costaba reconocer, tal y como le era difícil reconocer el rechazo hacia su madre; también por momentos estuve colocada en la posición de su madre, y esperaba de mí que le dijera qué debía hacer, o enviaba mensajes con la pregunta de si debía ir a sesión o ya no, como si yo lo tuviera que decidir, tal y como había hecho su mamá estos años.

Como dice acertadamente Adrián Lara (2015), en pacientes que han vivido el abandono materno, el terapeuta debe dar contención, pero sin invadir, de lo contrario habrá una brecha difícil de permear; esto mismo ocurría con Lucía, quien, aunque me permitía entrar y ella misma expresarse, también había momentos en que la brecha parecía más larga.

En las primeras sesiones de tratamiento narró un sueño:

Estaba en clase con su profesor de biología, era un hombre a quien ella admiraba, y al principio pensó que podían ser amigos, luego se enojó con él porque les pedía que se reunieran en equipos, pero le prohibía hacer equipo con su única amiga.

En el sueño yo aparecía representada como ese profesor, a quien, si bien admiraba, también pensaba que podía entablar una relación de amistad, aspecto que hubo que aclarar en sesión, es decir, cuál era mi papel y qué acciones no correspondían a una relación entre terapeuta y paciente, por ejemplo, entablar una amistad.

Y aunque yo no prohibí la relación de amistad entre Lucía y su compañera, sí le señalé el tipo de relación que con ella entablaba, esto es, una mujer que abusaba de ella, se burlaba y chantajeaba, tal y como lo hacía su madre, señalar esta amistad claramente la hizo enojar, pero sólo pudo manifestarlo en su sueño.

Este tipo de sentimientos, los que tenían que ver con dolor, enojo, resentimiento, etc. le costaba mucho esfuerzo reconocerlos, pero a lo largo del

tratamiento los fue admitiendo con mayor facilidad, por ejemplo cuando me decía que la *mareaba*.

Mientras reconocía que era una *dura realidad*, también me devolvía el que fuera debido a mí que se hubiera mareado, esto como signo de una relación ambivalente transferencialmente, la cual se vivió en todo momento. Así como reconocía mis devoluciones, también las rechazaba por pensar que arremetían contra su madre, o al menos era debido a mí que ahora debía mirar esa realidad que había estado negando hasta antes de acudir a sesión.

Respecto a la ambivalencia que caracterizó el proceso, Lucía hablaba de la pareja de su hermana, quien frecuentaba estar en su casa, cuya presencia le era desagradable debido a que acostumbraba ser "*muy franco... ..dice las cosas como son*" (sic.), le decía por ejemplo que debía separarse de su madre, que intentara hablar con su hermana, que estaría bien que se buscara amigos, etc.

Toda vez que se quejaba de él en sesión, lo hacía también del proceso y de mí, quien, con otras palabras y en transferencia también le decía las cosas que ella no quería escuchar.

Este rechazo hacia la pareja de su hermana fue disminuyendo a lo largo del tratamiento, lo mismo el rechazo de mis intervenciones, las cuales en la recta final del tratamiento, aceptaba aunque le causaran mareo.

El compromiso que Lucía tenía con el tratamiento también oscilaba, en una ocasión, tras una ausencia de mi parte, la siguiente sesión se ausentó sin avisar, posteriormente admitió que ese acto fue en venganza por mi ausencia, ya que había tenido días difíciles y no estuvo de acuerdo en ausentarnos del espacio.

También hubo sesiones en que se presentó sólo 5 minutos antes de concluir la sesión, no avisaba, pero llegaba a decir unas palabras, esto se intensificó cuando anunciamos el cierre del tratamiento por parte de la institución, en un intento de dejarme antes de que yo lo hiciera, pero intento, porque no podía dejarme realmente.

Y continuó así hasta mencionarle la pérdida que también representaría para mí el dejar ese espacio, pero que había opción de continuar con las sesiones en otro sitio.

Lucía era una paciente que gustaba de llevar sueños al espacio terapéutico, hubo varios en los que yo estuve representada, por ejemplo el siguiente, lo narra cerca del cierre del tratamiento, y es importante particularmente, porque a partir de entonces tiene menos dificultades para hablar de toda los reproches que le dirige a su madre:

Se trata de un lugar solitario, se encuentra ella junto a su madre, de pronto llega un hombre con cuernos, como el diablo, y comienza a comerse a su mamá; a Lucía le da miedo pero de alguna manera sabe que a ella no le hará nada, quiere correr pero la única salida es una ventana, decide aventarse por ahí, antes de hacerlo voltea a ver al diablo y éste le sonrío mientras termina de comerse a su mamá, entonces Lucía sale por la ventana y comienza a flotar, libre como una hoja.

Mi papel como terapeuta bien podría ser representado por el diablo, pues es lo que su madre opinaba de las sesiones terapéuticas, que eran algo *del diablo*, como lo era todo lo que no iba de acuerdo a sus ideales, de esta manera, yo era un diablo que intentaba comerse a su madre para dejar a Lucía libre. Y al final, parece que comenzamos con esa separación.

Si bien le costó muchas sesiones, al final logró hablar de esa relación que la había absorbido y de la que debía separarse, porque aunque yo fuera el diablo por quererlas separar, también reconocía que era lo que había querido hacer por ella misma.

De la misma manera, mi persona ocupó un lugar determinante en esa relación simbiótica, como el de alguien que detiene a su madre y da oportunidad a Lucía para que salga corriendo.

Es cierto que representé a una madre suficientemente buena para Lucía, hacía las veces de mamá al resolverle dudas, al instarla a continuar con sus estudios, ofrecerle posibles soluciones respecto a lo académico, y al final, alegrarme

junto a ella por formar parte de un equipo de trabajo, del cual se mostraba muy complacida y no quedaba más que cerrar ese espacio terapéutico.

Al fungir como una figura materna para Lucía, así como recibía sus noticias que la complacían, también recibía un poco de la rabia que era destinada hacia su madre, con sus llegadas casi al finalizar la sesión, con ir y decir que quería abandonar sus estudios porque no encontraba la motivación suficiente para continuar, con ingresar al consultorio diciendo que no tenía algo de qué hablar, etc. Todas ellas muestras de la relación ambivalente que Lucía protagonizaba con su madre, y que ahora repetía con su terapeuta.

La Lucía que se despidió de mí, es otra respecto a la que ingresó por primera vez, esta Lucía hablaba con fluidez, me miraba a los ojos, mostraba alegría y goce por su noticia del empleo, pero a la vez habló del duelo por dejar este espacio momentáneamente, lo cual al inicio habría sido impensable.

Posicionada en mi rol de madre para con ella, tenía confianza en que sería exitoso su nuevo rol, me sentía satisfecha con el trabajo que habíamos realizado, pero sabía que aún quedaba mucho camino por recorrer, por lo que no me quedaba más que esperar su llamada para retomar nuestras sesiones.

Capítulo 8. Conclusiones

La adolescencia es una etapa determinante para el futuro de lo que será la persona adulta, pero cómo se transite por esta etapa estará influenciado por el pasado de cada uno. Esto es, si las etapas previas a la adolescencia fueron sufridas, ahora que se enfrentan a tantos cambios, duelos, vaivenes pulsionales y afirmación de su identidad, entre otras, sufrida también será su adolescencia, principalmente si no se tiene a un adulto que sirva de sostén y haga frente a esa avalancha de cambios que, como dice Janin (2010) puede arrasar con uno mismo.

Este es el caso de Lucía, una adolescente que fue privada de sostén y cobijo en sus primeros años de vida, de rechazos y abandonos posteriores, así como de burlas y desprecios en sus inicios adolescentes, tantos que no pudo más que dejarse arrasar por esa crisis que es la adolescencia en sí, hasta llegar a un límite en el que siente que *ya todo se salió de control*, por ende, es momento de buscar apoyo psicológico, o al menos alguien de quien sostenerse, que le garantice no dejarla arrastrar por esa crisis; y ese alguien bien pudo ser un terapeuta.

El desarrollo de este trabajo se ha desglosado a fin de responder la pregunta de investigación, es decir, describir las consecuencias de una falta de narcisismo estructurante, del que está en manos de los padres; además, fue objetivo del presente trabajo comprender cómo esa falta de narcisismo pudo desencadenar en un estado melancólico, y cómo su historia familiar da cuenta del presente de Lucía.

Para responderla se recurrió a todas las esferas que estuvieron involucradas en el desencadenamiento de su estado, tales como la carencia narcisista, un ambiente familiar hostil, y la violencia materna de que fue objeto Lucía.

Es decir, su estado melancólico estuvo determinado, en buena medida, por un sufrido pasado familiar, en el que los abandonos, las culpas y los reproches fueron protagonistas, todo caracterizado por una relación ambivalente entre ella y su madre, relación en la que predominó el odio de ambas, pero manifestado únicamente por la madre hacia Lucía.

Dicho esto, sería difícil encontrar una única causa a la situación de Lucía, ya que su estado, como el de cualquier paciente que busca un tratamiento psicoterapéutico, dista de tener un único síntoma.

Por lo que sería reduccionista intentar señalar un único condicionante de la conflictiva que envolvía a Lucía, por ende, en el presente trabajo se pretendió indicar las principales causas, desglosando cómo interfirió cada una de ellas.

Para comprender el caso de Lucía, fue necesario echar una mirada a su pasado, recordar que pertenece a una familia marcada por los abandonos, desde unos padres que tienen un pasado que los condiciona en su papel como cuidadores, hasta unos hermanos para quienes dejar el hogar es vivido como su única salvación.

Lucía es hija de una madre a quien le fue privado continuar sus estudios, y ahora no espera mejor futuro para su hija, y un padre que engañó a su esposa con su antigua pareja, con quien tuvo hijos a quienes prefiere por sobre Lucía, además de renunciar a su papel de padre para con Lucía y sus hermanos, y decide mantenerse apartado de la crianza de sus hijos.

Lucía bien puede ser el producto de un embarazo no deseado, o al menos es una verdad que no se dice, pero se actúa, llega a un matrimonio donde ya no hay amor, a una relación que ya había muerto, como muerta también aparece Lucía desde su nacimiento. Se trata de una hija que no satisfizo el deseo de completud de su madre, en caso contrario, Lucía se convirtió en el receptorio de rechazo y odio materno.

Lucía llegó a una familia que ya estaba conformada y que no pudo hacerle un espacio, no pudieron mirarla ni contenerla cuando nació, y ya que no era la hija que le daría esa sensación de grandeza, o de orgullo maternos, parecía que su madre sólo esperaba deshacerse de ella. Por esto, y otras razones, no es de sorprender que Lucía desencadenara un estado melancólico, ya que no había un yo fortalecido que pudiera hacerle frente a tanto desamparo.

Algunos podrían pensar que un estado melancólico se desarrolla en pacientes adultos, otros dirán que no puede irse gestando desde antes del

nacimiento, entre otras especulaciones; sin embargo, luego de leer el caso de Lucía, es un buen ejemplo de cómo la historia personal marca a los pacientes, y para comprender su presente es necesario remitirse hasta el pasado, incluso hasta antes del nacimiento, para así comprender el vivir actual de la psique de Lucía.

Además, un estado melancólico puede envolver a cualquier persona, incluso desde la infancia, y vivir con ello hasta llegar a la desesperanza y pensar que no hay salida porque ya todo se ha salido de control. Será tarea de los terapeutas que reciban un caso así, brindar un panorama más amplio, mirar al pasado del paciente, y juntos, vislumbrar otras salidas en el presente.

Si bien se ha hablado de los logros alcanzados dentro del espacio terapéutico, es menester también mencionar aquello que falta por responder, o al menos abordar junto a Lucía, tal es el caso de la ganancia secundaria de su sintomatología. Pues pareciera que ese estado sufriente, en el que se rebaja a sí misma, se denigra y culpa por todo lo malo que sucede a su alrededor, etc. termina siendo placentero a nivel masoquista.

No es casualidad que haya sufrido de acoso desde sus años escolares, y que continuó hasta la preparatoria, Lucía gustaba de colocarse en una posición sufriente, da la impresión de haber aprendido que a base de denigraciones y sobajamientos era como obtenía el amor de los otros; como si fuese aceptable el hecho de que, aquellos que la amaran atentarían hasta con su vida para demostrarlo, pero estas son especulaciones que quedan pendientes para pensar junto a Lucía hasta retomar el trabajo terapéutico.

Por lo pronto, su futuro parece todavía incierto, pues no ha logrado adquirir confianza en sí misma, no cree que pueda lograr algo, obtuvo un empleo pero dudó de merecerlo; como Lucía lo dijo, “*son poco motivantes*” (sic.) en casa, nadie cree que pueda conseguir algo, ni ella misma lo cree; incluso pensaron que se iba a morir, y ella lo asumió, vive, pero perseguida por la pulsión de muerte, que va tras ella para matarla al fin y, en ocasiones, simplemente se deja matar.

Por ende, el trabajo inmediato debe devolver a Lucía las ganas de vivir, de aferrarse a la vida, a la idea de lograr algo, y no pensar que morirá en cualquier momento.

Sin más que agregar, al final del tratamiento, y lo que constituye uno de los principales logros en el trabajo con Lucía fue que finalmente pudo reconocer la agresión que había dirigido en un momento hacia ella, y hacer consciente el hecho de que iba dirigida realmente hacia su madre, que el haber carecido de tanto cobijo materno lo había traducido en ira depositada en ella misma.

Además, el hecho de *marearse* en sesión por darse cuenta de una *realidad tan dura*, hizo consciente esa realidad que había querido mantener inconsciente, ver a su familia como era en realidad, y apalabrar las acciones violentas que su madre tuvo para con ella se convirtió en un parte aguas en el desarrollo de Lucía.

Y este hecho, el hacer consciente lo que había mantenido inconsciente por tanto tiempo, es apenas la punta del iceberg del trabajo junto a Lucía.

Referencias bibliográficas

Adrián Lara, L. (2015). La creatividad en el gobierno de nuestras vidas: reflexiones sobre la maternidad. En *Desafíos*, 27(2), 21-52.

Castoriadis-Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*, Buenos Aires: Amorrortu.

Bareiro, J. (2011). La problemática de la subjetividad y la clínica en Winnicott: verdadero y falso self. En *Perspectivas en psicología*, 8, 45-51.

Barón, D. y Hernández, I. (2013). Violencia intrafamiliar en hogares de adolescentes pinareños con diagnóstico de trastorno disocial. En *Revista de ciencias médicas*, 17(2), 172-186.

Bedoya, M. y Giraldo, M. (2010). Condiciones de favorabilidad al maternaje y violencia materna. En *Revista latinoamericana de ciencias sociales niñez y juventud*, 8(2), 947-959.

Bowlby, J. (1985). *Cuidado maternal y amor*, México: Fondo de cultura económica.

----- (1993a). *El vínculo afectivo*, Barcelona: Paidós.

----- (1993b). *La pérdida afectiva. Tristeza y depresión*, Barcelona: Paidós.

Cancina, P. (1999). *El dolor de existir... y la melancolía*, Argentina: Homo sapiens ediciones, 2ª ed.

Denis, P. (2016). *El narcisismo*, Madrid: Biblioteca nueva.

Flechner, S. (2013). Violencia materna. En *Revista uruguaya de psicoanálisis*, 117, 19-32.

Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras completas*, Volumen XIV, Buenos Aires: Amorrortu editores.

----- (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras completas*, Volumen XIV, Buenos Aires: Amorrortu editores.

----- (1917). Duelo y melancolía. En *Obras completas*, Volumen XIV, Buenos Aires: Amorrortu editores.

----- (1919). Lo ominoso. En *Obras completas*, Volumen XVII, Buenos Aires: Amorrortu editores.

----- (1931). Sobre la sexualidad femenina. En *Obras completas*, Volumen XXI, Buenos Aires: Amorrortu editores.

Friday, N. (1989). *Mi madre/yo misma. Las relaciones madre-hija*, Barcelona: editorial Argos Vergara S.A.

Heredia, B. (2005). *Relación madre-hijo. El apego y su impacto en el desarrollo emocional infantil*, México: Trillas.

Hornstein, L. (2000). *Narcisismo. Autoestima, identidad, alteridad*, Argentina: Paidós.

----- (2006). *Las depresiones. Afectos y humores del vivir*, Argentina: Paidós.

Janin, B. (2009). La violencia en la estructuración subjetiva. En *Cuestiones de la infancia: Revista de psicoanálisis con niños y adolescentes*, 13.

Janin, B. (2010). Patologías graves en la adolescencia. Los que desertan. En *Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente*, 50, 241-257.

Kancyper, L. (septiembre de 2002). El complejo fraterno y sus cuatro funciones. En *Fepal XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis*, Montevideo, Uruguay.

Kuras de Mauer, S. y May, N. (2015). Cortarse solo: acerca de las autolesiones en la piel. En *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 16, 1-6.

Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós.

Leader, D. (2008). *La moda negra. Duelo, melancolía y depresión*, Madrid: sexto piso.

- Minuchin, S. y Fishman, H. (1993). *Técnicas de terapia familiar*, México: Paidós.
- Moguillansky, R. (2003). Narcisismo, complejo de edipo y complejo fraterno. En *Psicoanálisis APdeBA*, 25(1), 155-173.
- Morel, G. (2012). *La ley de la madre*, México: Fondo de cultura económica.
- Nasio, J. (2000). *Los más famosos casos de psicosis*, México: Paidós.
- Quecedo, R. y Castaño, C. (2003). Introducción a la metodología de investigación cualitativa. En *Revista de psicodidáctica*, 14, 5-40.
- Ramírez, B. (2016). Los gestos de la violencia. En *Política y cultura*, 46, 55-76.
- Robles, R. (2012). Maternidad: ¿un deseo femenino en la teoría freudiana? En *Nomadías*, 16, 119-135.
- Simeone, S. (2015). Transferencia y función paterna. En *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 17, 66-74.
- Sociedad mexicana de psicología, (2007). *Código ético del psicólogo*, México: trillas, 4ª ed.
- Winnicott, D. (1965). *El proceso de maduración en el niño*, Barcelona: editorial laia.